

CAPÍTULO VII

RAZA Y BUROCRACIA

Durante las primeras décadas del imperialismo se descubrieron dos nuevos medios para la organización y la dominación de pueblos extranjeros. Uno fue la raza como un principio del cuerpo político y el otro, la burocracia, como un principio de la dominación exterior. Sin la raza como sustitutivo de la nación, la rebatiña por África y la fiebre inversionista podían haber seguido siendo la fútil «danza de la muerte y del comercio» (Joseph Conrad) de todas las fiebres del oro. Sin la burocracia, como sustitutivo del Gobierno, la posesión británica de la India podría haber quedado abandonada a la temeridad de los «violadores de la ley en la India» (Burke) sin cambiar el clima político de toda una era.

Ambos descubrimientos fueron realizados en el Continente Negro. La raza fue la explicación de urgencia para seres humanos a los que ningún hombre europeo o civilizado podía comprender y cuya humanidad tanto asustaba y humillaba a los emigrantes que ya no se preocupaban de pertenecer a la misma especie humana. La raza fue la respuesta de los bóers a la abrumadora monstruosidad de África —todo un continente poblado y superpoblado por salvajes— una explicación a la locura que se apodero de ellos y les iluminó como «un relámpago en un cielo sereno: ‘Exterminad a todos los brutos’»^[1]. Esta respuesta determinó las más terribles matanzas de la Historia reciente, el exterminio de las tribus hotentotes por los bóers, los salvajes crímenes de Carl Peters en el África alemana del Sudeste, la mortandad de la pacífica población del Congo: de 20 a 40 millones reducidos a ocho millones; y, finalmente, quizás lo peor de todo, determinó la triunfal introducción de semejantes medios de pacificación en la política exterior ordinaria y respetable. Ningún Jefe de Estado civilizado habría pronunciado anteriormente la arenga de Guillermo II al contingente expedicionario alemán contra la insurrección de los Boxers en 1900: «De la misma manera que los hunos hace mil años, bajo el mando de Atila, lograron una reputación gracias a la cual todavía viven en la Historia, el nombre alemán tiene que llegar a conocerse de tal manera en China que ni un solo chino se atreva siquiera a mirar de soslayo a un alemán»^[2].

Mientras que la raza, tanto si era una ideología de fabricación doméstica en Europa como una explicación de urgencia a terribles experiencias, atrajo siempre a los peores elementos de la civilización occidental, la burocracia atrajo primero a los mejores, y a veces a los más clarividentes estratos de la *intelligentsia* europea. El administrador que gobernaba mediante informes^[3] y decretos en un sigilo más hostil que el de cualquier déspota oriental surgía de una tradición de disciplina militar entre hombres implacables y proscritos; durante largo tiempo había vivido para los honestos, fervorosos y juveniles ideales de un moderno caballero de brillante

armadura, enviado para proteger a pueblos inermes y primitivos. Cumplió su tarea, mejor o peor, mientras que se movió en un mundo dominado por la antigua «trinidad guerra-comercio-piratería» (Goethe), y no en el complicado juego de la política de inversión a largo plazo que exigía la dominación de un pueblo no como antes por sus propias riquezas, sino por las riquezas de otro país. La burocracia era la organización del gran juego de la expansión en el que cada área era considerada un escalón de inversiones ulteriores y cada pueblo un instrumento para una conquista ulterior.

Aunque al final el racismo y la burocracia demostraron hallarse inter-relacionados en muchos aspectos, fueron descubiertos y se desarrollaron independientemente. Nadie que de una forma o de otra estuviera implicado en su perfeccionamiento llegó a comprender toda la gama de potencialidades de la acumulación de poder y de destrucción que por sí sola proporcionaba esta combinación. Lord Cromer, que en Egipto pasó de ser un ordinario encargado de negocios británico a actuar como un burócrata imperialista, no hubiera soñado con combinar la administración con la matanza («matanzas administrativas», como llanamente las denominó Carhill cuarenta años más tarde), de la misma manera que los fanáticos racistas de Sudáfrica no pensaron en organizar matanzas con objeto de establecer una comunidad política, circunscrita y racional (como hicieron los nazis en los campos de exterminio).

1. EL MUNDO FANTASMAL DEL CONTINENTE NEGRO

Hasta finales del siglo pasado las empresas coloniales de los pueblos marítimos europeos produjeron dos relevantes logros: en los territorios recientemente descubiertos y escasamente poblados, la fundación de colonizaciones que adoptaron las instituciones legales y políticas de la madre patria; y en países bien conocidos aunque exóticos, entre pueblos extranjeros, el establecimiento de bases marítimas y comerciales cuya función era facilitar el nunca muy pacífico intercambio de los tesoros del mundo. La colonización se desarrolló en América y en Australia, los dos continentes que, sin una cultura y una Historia propias, habían caído en manos de los europeos. Las bases comerciales eran características de Asia, donde durante siglos los europeos no habían mostrado ambición de dominio permanente o intenciones de conquista, mortandad de la población nativa y establecimiento permanente^[4]. Ambas formas de empresas ultramarinas evolucionaron en un largo y firme proceso que se extendió a lo largo de casi cuatro siglos durante los cuales las colonizaciones alcanzaron gradualmente la independencia y las posesiones de las bases comerciales pasaron de unas naciones a otras según su debilidad o fuerza relativas en Europa.

El único continente que Europa no tocó en el curso de su Historia colonial fue el continente negro de África. Sus costas septentrionales, pobladas por pueblos y tribus árabes, eran bien conocidas y habían pertenecido de una forma o de otra a la esfera europea de influencia desde los días de la Antigüedad. Demasiado pobladas para

atraer colonos y demasiado pobres para ser explotadas, estas regiones sufrieron todo tipo de dominación extranjera y de anárquico abandono, pero, tras la decadencia del Imperio egipcio y la destrucción de Cartago, jamás lograron curiosamente una auténtica independencia ni una organización política estable. Los países europeos, es cierto, trataron una y otra vez de ir más allá del Mediterráneo para imponer su dominio en tierras árabes y su cristianismo a los pueblos musulmanes, pero jamás intentaron considerar a los territorios de África del Norte como posesiones de ultramar. Al contrario, frecuentemente aspiraron a incorporarlas a las respectivas madres patrias. Esta antigua tradición, todavía seguida en tiempos recientes por Italia y Francia, quedó rota en la década de los años ochenta cuando Inglaterra acudió a Egipto para proteger el canal de Suez sin intención alguna de conquista ni incorporación. La realidad no es que Egipto resultara inconveniente, sino que Inglaterra (una nación que carece de costas en el Mediterráneo) no podría haberse interesado por Egipto como tal, sino que sólo lo necesitaba porque existían tesoros en la India.

Mientras que el imperialismo hizo que Egipto pasara de ser un país ocasionalmente codiciado a base militar en el camino de la India y escalón para una expansión ulterior, en África del Sur sucedió exactamente lo opuesto. Como desde el siglo XVII la significación del Cabo de Buena Esperanza había dependido de la India, centro de la riqueza, una nación, cualquier nación, que estableciera bases comerciales en la India, precisaba de una base marítima en El Cabo, que era abandonado cada vez que se liquidaba el comercio con la India. A finales del siglo XVIII, la Compañía Británica de las Indias Orientales derrotó a Portugal, Holanda y Francia y ganó un monopolio comercial en la India; la ocupación de África del Sur fue consecuencia natural de esta victoria. Si el imperialismo hubiese continuado simplemente los antiguos usos del comercio colonial (que con tanta frecuencia se confunden con el imperialismo), Inglaterra hubiera liquidado su posición en África del Sur con la apertura del canal de Suez en 1869^[5]. Aunque Sudáfrica pertenece ahora a la Commonwealth^[*], fue siempre diferente de los demás dominios: carecía de la fertilidad y su población no se hallaba dispersa, requisitos principales para un establecimiento definitivo, y a comienzos del siglo XIX resultó ser un fracaso un intento de instalar en el territorio a 5.000 ingleses sin empleo. No sólo la evitaron consistentemente las corrientes de emigrantes que procedían de las islas Británicas durante el siglo XIX, sino que África del Sur es el único dominio del que en los últimos tiempos ha tornado a Inglaterra una firme corriente de emigrantes^[6]. Sudáfrica, que llegó a ser el «campo de cultivo del imperialismo» (Damce), no fue jamás reivindicada por los más radicales defensores del «Saxondom» ni figuró en las visiones de sus más románticos soñadores en un imperio asiático. Esto muestra en sí mismo cuán pequeña fue la influencia real de la empresa colonial preimperialista y de la colonización ultramarina en el desarrollo del mismo imperialismo. Si la colonia de

El Cabo hubiera quedado dentro del marco de la política preimperialista habría sido abandonada precisamente en el mismo momento en que realmente llegó a ser absolutamente importante.

Aunque los descubrimientos de las minas de oro y de los campos diamantíferos en las décadas de los setenta y de los ochenta del pasado siglo habrían tenido escasas consecuencias por sí mismos si no hubiesen actuado como agente catalítico de las fuerzas imperialistas, resulta notable el hecho de que la afirmación de los imperialistas de haber hallado una solución permanente al problema de la superfluidad fue inicialmente motivada por una carrera hacia la más superflua de las materias primas de la Tierra. El oro difícilmente tiene un lugar en la producción humana y carece de importancia comparado con el hierro, el carbón, el petróleo y el caucho; es el más antiguo símbolo de la simple riqueza. En su futilidad dentro de la producción industrial tiene una irónica semejanza con el dinero superfluo que financió la búsqueda del oro y los hombres superfluos que realizaron las excavaciones. A la pretensión imperialista de haber hallado un permanente salvador para una sociedad decadente y una anticuada organización política añadió su propia pretensión de estabilidad aparentemente eterna e independiente de todos los determinantes funcionales. Fue significativo que una sociedad a punto de romper con todos los valores tradicionales absolutos comenzara a buscar un valor absoluto en el mundo de la economía donde, además, tal cosa no existe ni puede existir, dado que todo es funcional por definición. Esta ilusión de un valor absoluto ha hecho de la producción del oro desde los tiempos antiguos, la actividad de los aventureros, los jugadores, los delincuentes, de los elementos fuera de los límites de una sociedad normal y sana. El nuevo giro en la fiebre sudafricana del oro estribó en que allí los buscadores de la suerte no se hallaban claramente fuera de la sociedad civilizada, sino que, al contrario, eran evidentemente un subproducto de esta sociedad, un residuo inevitable del sistema capitalista e incluso los representantes de una economía que implacablemente producía una superfluidad de hombres y de capital.

Los hombres superfluos, «los bohemios de los cuatro continentes»^[7] que se precipitaron hacia El Cabo todavía tenían mucho en común con los antiguos aventureros. También sentían: «Embárcame hasta el Este de Suez, donde lo mejor es como lo peor, / Donde no hay diez mandamientos si un hombre tiene sed». La diferencia no era su moralidad o su inmoralidad, sino más bien estribaba en que ya no tenía ese deseo de unirse a esta multitud «de todas las naciones y todos los colores»^[8]; que no habían abandonado a la sociedad, sino que habían sido arrojados de ella; que no resultaban emprendedores más allá de los límites permitidos por la civilización, sino simplemente víctimas sin uso o función. Su única decisión había sido negativa, una decisión contra los movimientos obreros, en los que los mejores entre los hombres superfluos y aquellos amenazados por la superfluidad establecieron un tipo de contrasociedad a través de la cual los hombres pudieron hallar su camino de regreso a un mundo humano dotado de sentido y de camaradería. No eran nada a

su propia imagen, eran como símbolos vivos de lo que les había sucedido, abstracciones vivas y testigos de lo absurdo de las instituciones humanas. No eran individuos como los antiguos aventureros, eran las sombras de acontecimientos en los que ellos no podían influir.

Como Mr. Kurtz en «Heart of Darkness» de Conrad, se hallaban «vacíos hasta la médula», eran «temerarios sin valor, codiciosos sin audacia y crueles sin coraje». No creían en nada «ni nada podía inducirles a creer en algo». Expulsados de un mundo con valores sociales aceptados, habían sido entregados a sí mismos y no tenían nada a donde retroceder, excepto, aquí y allí, una chispa de talento que les hacía tan peligrosos como Kurtz si se les permitía regresar a su patria. Porque el único talento que posiblemente podía alentar en sus almas vacías era el don de la fascinación que podía hacer de uno de ellos «un espléndido jefe de un partido extremo». Los mejor dotados eran encarnaciones vivientes del resentimiento, como el alemán Carl Peters (posiblemente el modelo para Kurtz), que declaró francamente que «estaba harto de ser contado entre los parias y deseaba pertenecer a una raza de señores»^[9]. Pero, dotados o no, eran todos «juego para algo, desde cara y cruz al asesinato», y para ellos sus semejantes, «de una forma o de otra no eran más que esa mosca». Así llevaron consigo, o aprendieron rápidamente, el código de costumbres que se acomoda con el próximo tipo de asesino para el que el único pecado imperdonable consiste en perder los estribos.

Allí había, en realidad, auténticos caballeros, como el Mr. Jones de *Victory*, de Conrad, que llegados del tedio, deseaban pagar cualquier precio para vivir en el «mundo del azar y de la aventura», o como Mr. Heyst, que se emborrachaba con el desprecio hacia cada ser humano hasta que se vio arrastrado «como la hoja de un árbol... sin comprender siquiera nada». Se mostraban irresistiblemente atraídos por un mundo donde todo era una broma, un mundo que podía enseñarles la «Gran Broma», que consiste en el «dominio de la desesperación». El perfecto caballero y el perfecto truhán llegaron a conocerse muy bien en la «gran jungla salvaje sin ley» y se encontraron «bien hermanados en su enorme semejanza, almas idénticas con diferentes disfraces». Hemos visto el comportamiento de la alta sociedad durante el *Affaire Dreyfus* y hemos visto a Disraeli descubrir la relación social entre el vicio y el delito; aquí vemos también a la alta sociedad enamorada de su propia hampa y al sentimiento delictivo realzado cuando, por una civilizada frialdad, la evitación de un «esfuerzo innecesario» y las buenas maneras, se le permite crear una atmósfera viciosa y refinada en torno de sus delitos. Este refinamiento, verdadero contraste entre la brutalidad del delito y la forma de realizarlo, se convierte en el puente de profunda comprensión entre él mismo y el perfecto caballero. Pero lo que, al fin y al cabo, tardó décadas en lograrse en Europa, por obra del efecto de freno de los valores sociales y éticos, explotó con la rapidez de un cortocircuito en el mundo fantasmal de la aventura colonial.

Al margen de todo freno social y de toda hipocresía, contra el telón de fondo de la

vida nativa, el caballero y el delincuente sintieron no sólo la proximidad de hombres que compartían el mismo color de piel, sino el impacto de un mundo de infinitas posibilidades para los delitos cometidos en el espíritu del juego, para la combinación de horror y de risa, es decir, para la completa realización de su propia existencia espectral. La vida nativa prestaba a estos acontecimientos fantasmales una aparente garantía contra todas las consecuencias, porque, de cualquier manera, parecía a estos hombres como un «simple juego de sombras. Un juego de sombras por el que la raza dominante podía pasar sin sentirse afectada ni interesada por la prosecución de sus incomprensibles objetivos y necesidades».

El mundo de los salvajes nativos eran un escenario perfecto para hombres que habían escapado a la realidad de la civilización. Bajo un sol implacable, rodeados por una naturaleza enteramente hostil, se enfrentaban con seres humanos que, viviendo sin el futuro de un objetivo y sin el pasado de un logro, resultaban tan incomprensibles como los asilados de un manicomio. «El hombre prehistórico nos insultaba, nos alababa, nos daba la bienvenida —¿Quién podría decirlo?, Estábamos aislados de la comprensión de lo que nos rodeaba; nos deslizábamos como fantasma, sorprendidos y secretamente asustados, como estarían unos hombres cuerdos ante un repentino estallido en una casa de locos. No podíamos comprender, porque estábamos demasiado lejos, ni podíamos recordar, porque estábamos viajando por la noche de las primeras edades, de aquellas edades que se fueron, dejando apenas un signo y ningún recuerdo. La Tierra no parecía terrestre... y los hombres... no, no eran inhumanos. Bien, ya saben, esto era lo peor de todo— esa sospecha de que no eran inhumanos. Nos sobrevino lentamente. Aullaban y brincaban, se retorcían y hacían gestos horribles; pero lo que más nos estremecía era precisamente el pensamiento de su humanidad —como la de ustedes—, el pensamiento de un remoto parentesco con este salvaje y apasionado bullicio» («Heart of Darkness»).

Es extraño que, históricamente hablando, la existencia de los «hombres prehistóricos» tuviera tan escasa influencia en el hombre occidental antes de la rebatiña por África. Es bien sabido, sin embargo, que nada sucedió mientras que las tribus salvajes, superadas en número por los colonos europeos, fueron exterminadas; mientras que multitudes de negros fueron enviados como esclavos a los Estados Unidos, un mundo determinado por Europa, e incluso mientras que sólo fueron individuos aislados los que penetraron en el interior del continente negro donde los salvajes eran suficientemente abundantes como para constituir un mundo propio, un mundo de locura al que el aventurero europeo añadió la locura de la caza del marfil. Muchos de estos aventureros enloquecieron en las silenciosas asperezas de un continente superpoblado donde la presencia de seres humanos únicamente subrayaba una profunda soledad y donde una Naturaleza virgen y abrumadoramente hostil, que nadie se había tomado la molestia de convertir en paisaje humano, parecía esperar con sublime paciencia «la conclusión de la fantástica invasión» del hombre. Pero aquellas locuras siguieron siendo experiencias individuales y sin consecuencias.

Esto cambió con los hombres que llegaron durante la rebatiña por África. Ya no eran individuos aislados; «Toda Europa había contribuido a su elaboración». Se concentraron en la parte meridional del continente, donde se reunieron con los bóers, una astilla holandesa que había sido casi olvidada por Europa, pero que ahora servía como introducción natural al resto de los nuevos territorios. La respuesta de los hombres superfluos estuvo considerablemente determinada por la respuesta del único grupo europeo que, en completo aislamiento, había tenido que vivir en un mundo de negros salvajes.

Los bóers descendían de los colonos holandeses que, a mediados del siglo XVII, se instalaron en El Cabo para proporcionar verduras frescas y carne a los barcos que se dirigían a la India. En el siglo siguiente tan sólo se les unió un pequeño grupo de hugonotes franceses; únicamente la ayuda de una elevada tasa de natalidad permitió a la pequeña astilla holandesa convertirse en un pequeño pueblo. Completamente aislados de la corriente de la Historia europea, emprendieron un camino que «pocas naciones habían pisado antes que ellos y apenas una con éxito»^[10].

Los dos principales factores materiales en el desarrollo del pueblo bóer fueron el suelo extremadamente malo que sólo podía ser utilizado para una ganadería de tipo extensivo y la muy numerosa población negra, que se hallaba organizada en tribus y que vivía dedicada a la caza nómada^[11]. El suelo malo hizo imposible una colonización cerrada e impidió que los campesinos holandeses imitaran la organización aldeana de su patria. Las grandes familias, aisladas entre sí por amplios espacios silvestres, se vieron forzadas a un tipo de organización de clan y sólo la amenaza siempre presente de un enemigo común, las tribus negras que superaban con mucho a los colonos blancos, impidió que tales clanes se lanzaran a una activa guerra entre sí. La solución al doble problema de la falta de fertilidad y la abundancia de nativos fue la esclavitud^[12].

La esclavitud, empero, es una palabra inadecuada para describir lo que realmente sucedió. En primer lugar, la esclavitud, aunque domesticó a cierta parte de la población salvaje, nunca llegó a dominar a toda ella de forma tal que los bóers nunca pudieron dominar su primer horrible espanto ante especies de hombres a los que su orgullo humano y su sentido de la dignidad humana no les permitían considerar como semejantes. Este espanto ante algo que es como uno mismo y que bajo ninguna circunstancia debería ser como uno mismo, permaneció en la base de la esclavitud y se tornó en base de una sociedad racial.

La Humanidad recuerda la Historia de los pueblos, pero posee sólo un conocimiento legendario de las tribus prehistóricas. La palabra «raza» tiene un significado preciso sólo cuando y donde los pueblos se enfrentan con tales tribus de las que carecen de conocimiento histórico y que no poseen una Historia propia. Ignoramos si éstas representan al «hombre prehistórico», a los especímenes accidentalmente supervivientes de los primeros ejemplares de vida humana en la Tierra o si son los supervivientes «post-históricos» de algún desastre desconocido que

concluyó con una civilización. Realmente más parecen supervivientes de una gran catástrofe que puede haber sido seguida por desastres más pequeños hasta que la catastrófica monotonía pareció ser condición natural de la vida humana. En cualquier caso, las razas, en este sentido, fueron halladas sólo en regiones donde la Naturaleza era especialmente hostil. Lo que las hacía diferentes de otros seres humanos no era el color de su piel, sino el hecho de que se comportaban como una parte de la Naturaleza, el de que trataban a la Naturaleza como si fuera indiscutible, el de que no habían creado un mundo humano, una realidad humana y que, por eso, la Naturaleza había seguido siendo, en toda su majestad, la única realidad abrumadora — comparada con la cual ellos parecían ser espectros, irreales y fantasmales—. Eran, por así decirlo, seres humanos «naturales» que carecían del específico carácter humano, de la realidad específicamente humana, de forma tal que cuando los hombres europeos mataban, en cierto modo, no eran conscientes de haber cometido un crimen.

Además, la insensata matanza de las tribus del continente negro estaba completamente conforme con las tradiciones de las mismas tribus. El exterminio de las tribus hostiles había sido la norma en todas las guerras Africanas nativas y no era abolido cuando un dirigente negro unía a varias tribus bajo su jefatura. El rey Tcheka, que a comienzos del siglo XIX unió las tribus zulúes en una organización extraordinariamente disciplinada y belicosa, no estableció ni un pueblo ni una nación de zulúes. Sólo logró exterminar a más de un millón de miembros de las tribus más débiles^[13]. Como la disciplina y la organización militar no pueden establecer un cuerpo político por sí mismas, la destrucción siguió siendo un episodio ni siquiera registrado en un proceso irreal e incomprensible que no puede ser aceptado por el hombre y que por eso no puede ser reconocido por la Historia humana.

La esclavitud en el caso de los bóers fue una forma de ajuste de un pueblo europeo a una raza negra^[14], y sólo se asemejó superficialmente a aquellos ejemplos históricos en los que había sido resultado de la conquista o del tráfico de esclavos. Ningún cuerpo político, ninguna organización comunitaria mantenía unidos a los bóers, ningún territorio se hallaba definitivamente colonizado y los esclavos negros no servían a ninguna civilización blanca. Los bóers habían perdido su relación campesina con el suelo y su sentimiento civilizado de la solidaridad humana. «Cada hombre huía de la tiranía del humo de su vecino»^[15] era la norma del país y cada familia bóer repetía en completo aislamiento la regla general de la experiencia bóer entre los salvajes negros y les dominaba dentro de una absoluta ilegalidad, irrefrenada por «amables vecinos dispuestos a aprobarle a uno, avanzando delicadamente sobre uno a mitad de camino entre el carnicero y el policía, en el santo terror al escándalo de la horca y a los asilos de lunáticos» (Conrad). Dominando a tribus y viviendo parasitariamente de su trabajo, llegaron a ocupar una posición muy semejante a la de los jefes nativos, cuya dominación habían liquidado. Los nativos, en cualquier caso, les reconocieron como una forma superior de jefatura tribal, un tipo de deidad natural

al que tenían que someterse; de forma tal que el papel divino de los bóers fue más impuesto por sus esclavos negros que asumido libremente por ellos mismos. Para estos dioses blancos de esclavo negro cada ley significaba solamente una privación de libertad y el Gobierno suponía solamente una restricción a las salvajes arbitrariedades del clan^[16]. En los nativos, los bóers descubrieron la única «materia prima» que África proporciona en abundancia y les utilizaron no para la producción de riquezas, sino para simples cuestiones esenciales de la existencia humana.

Los esclavos negros de África del Sur se convirtieron rápidamente en la única parte de la población que trabaja. Su labor se caracterizó por todas las conocidas desventajas del trabajo de esclavos, tales como la falta de iniciativa, la pereza, el descuido de las herramientas y la ineficacia en general. Por eso su trabajo sólo servía para mantener vivos a sus dueños y jamás alcanzó la comparativa abundancia que origina la civilización. Fue esta absoluta dependencia del trabajo de otros y su completo desprecio por el trabajo y la productividad en cualquier forma lo que transformó a los holandeses en bóers y dio a su concepto de raza un significado claramente económico^[17].

Los bóers fueron el primer grupo europeo que se alienó completamente del orgullo que el hombre occidental siente en vivir en un mundo creado y fabricado por sí mismo^[18]. Trataron a los nativos como materia prima y vivieron de ellos como uno puede vivir de los frutos de los árboles silvestres. Perezosos e improductivos, accedieron a vegetar esencialmente al mismo nivel que las tribus negras habían vegetado durante miles de años. El gran horror que se apoderó de los hombres europeos en su primera confrontación con la vida nativa fue estimulado precisamente por este toque de inhumanidad entre seres humanos que aparentemente formaban parte de la Naturaleza tanto como los animales salvajes. Los bóers vivieron de sus esclavos exactamente de la misma manera en que habían vivido los nativos de una Naturaleza impreparada e inmodificada. Cuando los bóers, en su espanto y su miseria, decidieron utilizar a estos salvajes como si fueran justamente otra forma de vida animal, se embarcaron en un proceso que sólo podía acabar con su propia degeneración en una raza blanca, viviendo al lado y junto a razas negras de las que al final diferirían solamente en el color de su piel.

Los blancos pobres de África del Sur, que en 1923 formaban el 10 por 100 de la población total blanca^[19] y cuyo nivel de vida no difería mucho del de las tribus bantúes, son hoy un ejemplo de advertencia de esta posibilidad. Su pobreza es casi exclusivamente consecuencia de su desprecio por el trabajo y de su acomodación al estilo de vida de las tribus negras. Como los negros, abandonaron el suelo si el más primitivo cultivo no les proporcionaba lo poco que era necesario o si habían exterminado a los animales de la región^[20]. Junto con sus antiguos esclavos, acudieron a los centros del oro y de los diamantes, abandonando sus granjas allí donde partían los trabajadores negros. Pero en contraste con los nativos que fueron inmediatamente contratados como mano de obra barata y no calificada, exigieron y

obtuvieron caridad como el derecho de una piel blanca, habiendo perdido toda conciencia de que normalmente los hombres no se ganan la vida por el color de su piel^[21]. Su conciencia de raza es hoy violenta no sólo porque no tienen nada que perder salvo su pertenencia a la comunidad blanca, sino también porque el concepto de raza parece definir sus propias condiciones más adecuadamente que el de sus antiguos esclavos que se hallan en camino de convertirse en trabajadores, parte normal de una civilización humana.

El racismo como medio de dominación fue utilizado en esta sociedad de blancos y negros antes de que el imperialismo estallara como una gran idea política. Su base y su excusa eran todavía la misma experiencia, una horrible experiencia de algo extraño más allá de la imaginación o de la comprensión; resultaba tentador declarar simplemente que no eran seres humanos. Dado que, empero, pese a todas las explicaciones ideológicas, los hombres negros insistían tozudamente en conservar sus características humanas, los «hombres blancos» no pudieron hacer otra cosa que reconsiderar su propia humanidad y decidir que ellos eran más que humanos y obviamente escogidos por Dios para ser dioses de los hombres negros. Esta conclusión era lógica e inevitable si uno deseaba cortar radicalmente todos los lazos comunes con los salvajes; en la práctica significa que el cristianismo, por vez primera, no podía actuar como freno decisivo para las peligrosas perversiones de la autoconciencia humana, una premonición de su ineficacia esencial en otras sociedades raciales más recientes^[22]. Los bóers negaron simplemente la doctrina cristiana del origen común de los hombres y modificaron aquellos pasajes del Antiguo Testamento que no superaban los límites de la antigua religión nacional israelita hasta llegar a una superstición que ni siquiera podía denominarse herejía^[23]. Como los judíos, creían firmemente en sí mismos como pueblo elegido^[24], con la diferencia esencial de que eran los elegidos no para la salvación divina de toda la Humanidad, sino para la perezosa dominación de otras especies que eran condenadas a una tarea igualmente perezosa^[25]. Esta era la voluntad de Dios en la Tierra como afirmó la Iglesia Reformada Holandesa y lo afirma todavía hoy en contraste áspero y hostil con los misioneros de todas las demás confesiones cristianas^[26].

El racismo bóer, a diferencia de otros tipos, tenía un toque de autenticidad y, por así decirlo, de inocencia. Una completa falta de literatura y de otros logros intelectuales es la mejor prueba de esta afirmación^[27]. Era y sigue siendo una desesperada reacción ante unas desesperadas condiciones de vida, indiferenciadas e inconsecuentes mientras se las consideraba aisladamente. Los acontecimientos empezaron a sucederse sólo con la llegada de los británicos, tan poco interesados en su más nueva colonia, que en 1894 todavía era denominada estación militar (en oposición tanto a una colonia como a una plantación). Pero su simple presencia; es decir, el contraste de su actitud hacia los nativos a los que no consideraban una diferente especie animal, sus posteriores intentos (después de 1834) de abolir la

esclavitud y, sobre todo, sus esfuerzos por imponer límites fijos a la propiedad de la tierra, provocó en la estancada sociedad bóer una violenta reacción. Resulta característico de la sociedad bóer el hecho de que esta reacción siguiera a través del siglo XIX las mismas y repetidas líneas: los granjeros bóers escaparon con sus carretas de bueyes a la ley británica hacia el desolado interior del país, abandonando sin lamentarlo sus casas y sus granjas. Antes que establecer límites a sus posesiones prefirieron dejarlas^[28]. Esto no significa que los bóers no se sintieran como en casa allí donde resultaran estar. Se sentían y se sienten mucho más en su casa en África que cualesquiera emigrantes subsiguientes, pero en África y no en un territorio específicamente limitado. Sus fantásticas escapadas, que produjeron consternación en la Administración británica, mostraron claramente que se habían transformado en una tribu y que habían perdido el sentimiento del europeo por un territorio, una *patria* propia. Se comportaron exactamente igual que las tribus negras que habían vagado también durante siglos por el continente negro, sintiéndose auténticamente en su casa allí donde se hallaba la horda y huyendo, como de la muerte, de todo intento de asentamiento definitivo.

El desarraigo es una característica de todas las organizaciones raciales. Lo que los «movimientos» europeos deseaban conscientemente, la transformación del pueblo en una horda, puede ser contemplado como experiencia de laboratorio en el primero y triste intento de los bóers. Mientras que el desraizamiento como objetivo consciente estaba primariamente basado en el odio hacia un mundo que no tenía lugar para los hombres «superfluos», de forma tal que su destrucción se convertía en un supremo objetivo político, el desraizamiento de los bóers fue resultado natural de la primitiva emancipación del trabajo y de la completa ausencia de un mundo construido por el hombre. La misma sorprendente semejanza prevalece entre los «movimientos» y la interpretación de la «elegibilidad» de los bóers. Pero en tanto que la elegibilidad de los movimientos pangermanistas, pan-eslavos o polaco-mesiánicos era un instrumento más o menos consciente de dominación, la perversión del cristianismo de los bóers se hallaba sólidamente afirmada en una horrible realidad en la que los «hombres blancos» miserables eran adorados como divinidades por «hombres negros» igualmente infortunados. Viviendo en un entorno ante el que carecían de poder para transformarlo en un mundo civilizado no podían descubrir valor más elevado que ellos mismos. La realidad, sin embargo, es que, tanto si el racismo aparece como resultado natural de una catástrofe o como instrumento consciente para originarla, se encuentra siempre estrechamente ligado al desprecio por el trabajo, al odio a las limitaciones territoriales, al desraizamiento general y a una activa fe en la propia elegibilidad divina.

La primitiva dominación británica en África del Sur, con sus misioneros, soldados y exploradores, no comprendió que las actitudes de los bóers tenían alguna base en la realidad. Los británicos no entendieron que la absoluta supremacía europea —en la que al fin y al cabo ellos estaban tan interesados como los bóers— difícilmente podía

mantenerse si no era mediante el racismo, porque el asentamiento permanente europeo resultaba desesperanzadoramente superado en número^[29]; se horrorizaron de que «los europeos que se instalaban en África actuaran como los mismos salvajes porque esa fuera la costumbre del país»^[30], y a sus sencillas mentalidades utilitarias les pareció locura sacrificar la productividad y el beneficio al mundo fantasmal de los dioses blancos dominando sobre sombras negras. Solo con la instalación de ingleses y de otros europeos durante la fiebre del oro se ajustaron gradualmente a una población que no podía sentirse atraída a volver a la civilización europea aunque fuera por los motivos del beneficio, que había perdido contacto con los incentivos inferiores del hombre europeo al apartarse de sus motivos superiores, porque ambos perdían su significado y atractivo en una sociedad donde nadie desea lograr nada y donde cualquiera se convierte en dios.

2. ORO Y RAZA

Los campos diamantíferos de Kimberley y las minas de oro del Witwatersrand resultaron hallarse en este mundo fantasmal de la raza y «una tierra que había visto pasar barco tras barco cargado de emigrantes hacia Nueva Zelanda y Australia sin reparar en ella veía ahora a los hombres desparramarse por sus desembarcaderos y correr hacia las minas del interior del país. La mayoría eran ingleses, pero entre ellos había más de un puñado de individuos de Riga y Kiev, de Hamburgo y Francfort, de Rotterdam y San Francisco»^[31]. Todos ellos pertenecían a «una clase de personas que prefieren la aventura y la especulación a la industria instalada y que no trabajan bien dentro del arnés de la vida corriente... [Allí había] buscadores de América y de Australia, especuladores alemanes, comerciantes, dueños de garitos, jugadores profesionales, abogados..., ex oficiales del Ejército y de la Marina, segundones de las buenas familias..., una muchedumbre maravillosamente abigarrada cuyo dinero fluía como agua de la sorprendente productividad de la mina». Se les unieron millares de nativos que en un primer momento acudieron para «robar diamantes y gastar sus ganancias en fusiles y pólvora»^[32], pero que rápidamente empezaron a trabajar por un salario y se convirtieron en fuente aparentemente inagotable de mano de obra barata cuando «la más estancada de las regiones coloniales estallo repentinamente en actividad»^[33].

La abundancia de nativos, de mano de obra barata, fue la primera y quizás más importante diferencia entre esta fiebre del oro y otras de su género. Resultó pronto evidente que el populacho de los cuatro rincones de la Tierra ni siquiera tendría que excavar; en cualquier caso, la atracción permanente de África del Sur, el recurso permanente que tentaba a los aventureros a instalarse permanentemente, no fue el oro, sino esta materia prima humana que prometía una permanente emancipación del

trabajo^[34]. Los europeos actuaban exclusivamente como supervisores y ni siquiera produjeron obreros calificados e ingenieros, tipos ambos que tenían que ser constantemente importados de Europa.

La segunda diferencia, por su resultado definitivo, fue el hecho de que esta fiebre del oro no quedara simplemente abandonada a sí misma, sino que fuera financiada, organizada y relacionada con la economía ordinaria europea a través de la riqueza superflua acumulada y con la ayuda de los financieros judíos. Desde el mismo comienzo, «un centenar o algo así, congregados como águilas sobre su presa»^[35], actuaron como intermediarios a través de los cuales se invirtió el capital europeo en las minas de oro y en las industrias diamantíferas.

La única sección de la población sudafricana que no tuvo ni deseaba tener participación en las súbitas actividades del país fue la de los bóers. Odiaban a todos aquellos *uitlanders*, que no se preocupaban de la nacionalización, sino que necesitaban y obtenían la protección británica, reforzando por ello aparentemente la influencia del Gobierno británico en El Cabo. Los bóers reaccionaron como siempre habían reaccionado, vendieron sus tierras diamantíferas en Kimberley y sus yacimientos auríferos cerca de Johannesburgo y escaparon una vez más hacia el desierto interior. No comprendían que esta nueva oleada era diferente de la de los misioneros británicos, los funcionarios gubernamentales y los colonos ordinarios y sólo lo advirtieron cuando ya era demasiado tarde y habían perdido su parte en las riquezas de la caza del oro, que el nuevo ídolo del Oro no era en absoluto irreconciliable con su ídolo de la Sangre, que el nuevo populacho no deseaba trabajar y era tan incapaz como ellos mismos de establecer una civilización y que, por eso, les privaría de la molesta insistencia en la ley de los funcionarios británicos y el irritante concepto de la igualdad humana de los misioneros cristianos.

Los bóers temían y escapaban a lo que realmente nunca sucedió, es decir, a la industrialización del país. Tenían razón, hasta el punto de que una producción normal y una civilización habrían destruido desde luego automáticamente el estilo de vida de una sociedad racial. Un mercado normal del trabajo y de las mercancías habría liquidado los privilegios de la raza. Pero el oro y los diamantes, que pronto proporcionaron un medio de vida a la mitad de la población de Sudáfrica, no eran mercancías en el mismo sentido ni se producían de la misma manera que la lana en Australia, la carne en Nueva Zelanda o el trigo en Canadá. El lugar irracional y no funcional del oro en la economía le independizaba de los métodos racionales de producción que, evidentemente, jamás habrían tolerado las fantásticas disparidades entre los salarios de los negros y de los blancos. El oro, un objeto para la especulación y esencialmente dependiente en su valor de los factores políticos, se convirtió en la «sangre vital» de Sudáfrica^[36], pero no podía convertirse ni se convirtió en base de un nuevo orden económico.

Los bóers temían también la mera presencia de los *uitlanders*, porque les confundían con colonos británicos. Los *uitlanders*, sin embargo, llegaban

exclusivamente para enriquecerse con rapidez, y solo se quedaron aquellos que no lo lograron por completo o quienes, como los judíos, no tenían país al que retornar. Ningún grupo se preocupó considerablemente de establecerse como una comunidad según el modelo de los países europeos, como habían hecho los colonos británicos en Australia, Canadá y Nueva Zelanda. Fue Barnato el que descubrió felizmente que «el Gobierno de Transvaal no es como ningún otro Gobierno del mundo. No es en absoluto un Gobierno, sino una Compañía ilimitada de unos veinte mil accionistas»^[37]. De forma similar, fueron más o menos una serie de incomprensiones las que condujeron finalmente a la guerra entre británicos y bóers, que los bóers consideraron erróneamente como «la culminación del largo afán del Gobierno británico por una Sudáfrica unida», cuando realmente fue determinada principalmente por los intereses inversionistas^[38]. Cuando los bóers perdieron la guerra no perdieron más de lo que deliberadamente habían abandonado, es decir, su participación en las riquezas; pero definitivamente lograron de todos los demás elementos europeos, incluyendo al Gobierno británico, el asentimiento a la ilegalidad de una sociedad racial^[39]. Hoy, todas las secciones de la población, británica o afrikáneer, trabajadores sindicados o capitalistas, están de acuerdo sobre la cuestión de la raza^[40] y mientras que la ascensión de la Alemania nazi y su intento de transformar al pueblo alemán en una raza reforzó considerablemente la posición política de los bóers y la derrota de Alemania no la debilitó.

Los bóers odiaban y temían a los financieros más que a otros extranjeros. De alguna forma comprendían que el financiero era una figura clave en la combinación de la riqueza superflua y de los hombres superfluos, que su función consistía en convertir la búsqueda del oro, esencialmente transitoria, en un negocio mucho más amplio y más permanente^[41]. Además, la guerra contra los británicos pronto demostró un aspecto más decisivo; resultó completamente obvio que había sido promovida por inversionistas extranjeros que exigían la protección gubernamental para sus tremendos beneficios en lejanos países —como si los ejércitos comprometidos en guerras contra pueblos extranjeros no fuesen nada más que fuerzas de policía nativas implicadas en una guerra contra los delincuentes nativos—. Poco importaba a los bóers que los hombres que introdujeron este tipo de violencia en los turbios asuntos de la producción de oro y de diamantes ya no fueran los financieros, sino aquellos que de algún modo habían surgido del mismo populacho y que, como Cecil Rhodes, creían menos en los beneficios que en la expansión por la expansión^[42]. Los financieros, que eran principalmente judíos, y sólo los representantes, no los propietarios del capital superfluo, no tenían ni la necesaria influencia política ni el poder económico suficiente para introducir objetivos políticos y el uso de la violencia en la especulación y el juego.

Es indudable que los financieros, aunque no constituyeran finalmente el factor decisivo en el imperialismo, fueron notablemente representativos de éste en su

período inicial^[43]. Poseían la ventaja de la superproducción del capital y de su aneja y consecuente completa inversión de los valores económicos y morales. En una escala sin precedentes, el comercio del mismo capital reemplazo al simple comercio de bienes y al simple beneficio de la producción. Esto les hubiera bastado para alcanzar una posición destacada; pero, además, los beneficios de las inversiones en países extranjeros pronto aumentaron a un ritmo más rápido que los beneficios comerciales, de forma tal que los comerciantes y los mercaderes perdieron su primacía ante el financiero^[44]. La principal característica económica del financiero estriba en que obtiene sus beneficios, no de la producción y la explotación, ni del intercambio de mercancías o de la actividad bancaria normal, sino exclusivamente de comisiones. Esto es importante en nuestro contexto, porque le proporciona ese toque de irrealidad, de existencia fantasmal y de futilidad esencial incluso en una economía normal, rasgos típicos de tantos acontecimientos sudafricanos. Los financieros, desde luego, no explotaron a nadie y menos aún controlaron la marcha de las empresas económicas tanto si éstas resultaron ser estafas corrientes o compañías cuya solidez fue posteriormente confirmada.

Es también significativo que fuera precisamente el elemento del populacho entre el pueblo judío el que se consagrara a las finanzas. Es cierto que el descubrimiento de las minas de oro de África del Sur coincidió con los primeros pogromos modernos en Rusia, de forma tal que acudió a Sudáfrica un reguero de emigrantes judíos. Difícilmente hubieran desempeñado allí, sin embargo, un papel en la muchedumbre internacional de los desesperados y de los buscadores de fortuna si no les hubieran precedido unos pocos financieros judíos que tomaron un interés inmediato por los recién llegados que claramente podían representarles en la población.

Los financieros judíos procedían prácticamente de todos los países del continente, donde habían sido, en términos de clase, tan superfluos como los demás inmigrantes sudafricanos. Eran completamente diferentes de las pocas familias establecidas de notables judíos, cuya influencia descendió firmemente a partir de 1820 y en cuyas filas ya no podían ser asimilados. Pertenecían a la nueva casta de financieros judíos que, desde las décadas de los 70 y de los 80 en adelante, encontramos en todas las capitales europeas, a las que en su mayoría habían llegado, tras haber abandonado sus países de origen para probar su suerte en el juego del mercado bolsístico internacional. Y así lo hicieron para consternación de las antiguas familias judías, que eran demasiado débiles para oponerse a la falta de escrúpulos de los recién llegados y que por eso se mostraron entusiasmadas cuando estos últimos decidieron trasladar a ultramar el campo de sus actividades. En otras palabras, los financieros judíos se habían tornado tan superfluos en los legítimos negocios bancarios como superfluos se habían tornado la riqueza que representaban en el campo de las legítimas empresas industriales y los buscadores de fortunas en el mundo del trabajo legítimo. En la misma Sudáfrica, donde el mercader estaba a punto de perder en beneficio del financiero su *status* dentro de la economía del país, los recién llegados, los Barnatos,

Beits, Sammy Marks, desalojaron a los antiguos pobladores judíos de sus primitivas posiciones con mucha mayor facilidad que en Europa^[45]. En África del Sur, a diferencia de lo sucedido en otros lugares, fueron el tercer factor en la alianza entre el capital y el populacho; en buen grado establecieron el funcionamiento de la alianza; manejaron la afluencia de capital y su inversión en las minas de oro y en los campos diamantíferos y pronto se tornaron más conspicuos que cualesquiera otros.

El hecho de su origen judío añadió un indefinible y simbólico sabor al papel de los financieros —un aroma de desraizamiento esencial—, y así sirvieron para introducir un elemento de misterio tanto como para simbolizar a todo el asunto. Cabe añadir a esto sus conexiones internacionales, que, naturalmente, estimularon las quimeras relativas al poder político de los judíos en todo el mundo. Resulta muy comprensible que todas las fantásticas nociones relativas a un secreto poder judío internacional —nociones que originalmente habían sido resultado de la intimidad del capital bancario judío con la esfera económica estatal— se tornaron aquí aún más violentas que en el continente europeo. Y, además, por vez primera se vieron arrastrados al centro de una sociedad racial y casi automáticamente fueron distinguidos por los bóers de todos los demás pueblos «blancos» por su especial odio, no sólo como representantes de toda la empresa, sino como una «raza» diferente, la encarnación del principio diabólico introducido en el mundo normal de los «negros» y de los «blancos». Este odio resultaba tanto más violento cuanto que era parcialmente determinado por la sospecha de que los judíos, con su propia, antigua y más auténtica reivindicación, serían más difíciles de convencer que cualquiera de la reivindicación de la elegibilidad de los bóers. Mientras que el cristianismo simplemente negaba el principio como tal, el judaísmo parecía un reto directo y rival. Largo tiempo antes de que los nazis edificaran conscientemente un movimiento antisemita en África del Sur, el tema racial había invadido el conflicto entre los *uitlanders* y los bóers bajo la forma del antisemitismo^[46]. Y resulta tanto más notable cuanto que la importancia de los judíos en la economía sudafricana del oro y los diamantes no sobrevivió a los comienzos del siglo xx.

Tan pronto como las industrias del oro y de los diamantes alcanzaron la fase imperialista de desarrollo en la que los accionistas ausentes exigen una protección política de sus Gobiernos, resultó que los judíos no podían mantener su importante posición económica. Carecían de un Gobierno al que dirigirse, y su posición en la sociedad sudafricana se hallaba tan insegura que para ellos estaba en juego algo más que la simple disminución de su influencia. Podían preservar su seguridad económica y su establecimiento permanente en Sudáfrica, que necesitaban más que cualquier otro grupo de *uitlanders*, sólo si lograban algún *status* en la sociedad —lo que en este caso significaba la admisión en los exclusivos clubs británicos—. Se vieron obligados a negociar su influencia a cambio de la posición de un caballero, como Cecil Rhodes explicó muy brutalmente cuando compró su ingreso en el Barnato Diamond Club, tras haber fusionado la De Beers Company con la Compañía de Alfred Beit^[47]. Pero

estos judíos podían ofrecer algo más que un simple poder económico; gracias a ellos, Cecil Rhodes, tan recién llegado y tan aventurero como ellos, fue finalmente aceptado por las más respetables casas bancarias de Inglaterra, con las que los financieros judíos, después de todo, tenían mejores relaciones que cualquier otro^[48]. «Ni uno solo de los Bancos ingleses hubiera prestado un solo chelín con la garantía de las acciones auríferas. Pero la ilimitada confianza de estos hombres de los diamantes de Kimberley operó como un imán sobre sus correligionarios de Inglaterra»^[49].

La fiebre del oro se convirtió en una empresa declaradamente imperialista sólo después de que Cecil Rhodes desahuciara a los judíos, tomara en su propia mano la política inversionista de Inglaterra y llegara a ser la figura central de El Cabo. El 75 por 100 de los dividendos pagados a los accionistas escapaba al extranjero, y una gran mayoría de este dinero iba a la Gran Bretaña. Rhodes logró interesar en sus negocios al Gobierno británico, le convenció de que la protección de la expansión y la exportación de los instrumentos de violencia resultaban necesarias para la defensa de las inversiones y que semejante política constituía un deber sagrado para cada Gobierno nacional. Por otra parte, introdujo en El Cabo esa típica política económica imperialista de abandono de todas las empresas que no sean propiedad de accionistas ausentes, de forma tal que, al final, no sólo las compañías auríferas, sino el mismo Gobierno, frustraron la explotación de abundantes yacimientos de metales básicos y la producción de bienes de consumo^[50]. Con la introducción de esta política Rhodes aportó el más eficaz factor para la pacificación eventual de los bóers; el abandono de toda auténtica empresa industrial era la más sólida garantía para evitar un desarrollo capitalista normal y, en consecuencia, evitaba el final normal para una sociedad racial.

Los bóers necesitaron varias décadas para comprender que nada tenían que temer del imperialismo y que, como el país no se desarrollaría como se habían desarrollado Australia y Canadá, ni se extraerían beneficios del país en general, se contentaría con realizar amplias inversiones en un campo específico. Por eso el imperialismo se mostraba deseoso de abandonar las llamadas leyes de la producción capitalista y sus tendencias igualitarias con tal de que se hallaran a salvo los beneficios de las inversiones específicas. Esto condujo eventualmente a la ley de la mera rentabilidad, y Sudáfrica se convirtió en el primer ejemplo de un fenómeno que se produce allí donde el populacho se convierte en factor dominante de la alianza entre el mismo y el capital.

En un aspecto, el más importante, los bóers siguieron siendo dueños indiscutibles del país: allí donde el trabajo racional y la política de producción chocaban con las consideraciones raciales, ganaban éstas. Los imperativos del beneficio fueron una y otra vez sacrificados a las exigencias de una sociedad racial, frecuentemente a un precio terrorífico. La rentabilidad de los ferrocarriles quedó destruida de la mañana a la noche cuando el Gobierno despidió a 17.000 empleados bantúes y elevó los

salarios de los blancos en un 200 por 100^[51]; los gastos municipales se tornaron prohibitivos cuando los empleados nativos fueron reemplazados por blancos. La Color Bar Bill excluyó finalmente a todos los trabajadores negros de los empleos mecánicos y forzó a la fuerza empresarial industrial a un tremendo aumento en los costes de producción. El mundo racial de los bóers nada tenía que temer, y menos que de nadie de los trabajadores blancos, cuyos sindicatos se quejaron amargamente de que la Color Bar Bill no hubiera ido más allá^[52].

A primera vista es sorprendente que a la desaparición de los financieros judíos sobreviviera un violento antisemitismo, así como la eficaz difusión del racismo entre todos los sectores de la población de origen europeo. Los judíos no fueron ciertamente una excepción a esta norma. Se acomodaron al racismo tan bien como los demás, y su comportamiento con el pueblo negro no mereció reproches^[53]. Sin ser, sin embargo, conscientes de ello y bajo la presión de circunstancias especiales, rompieron, empero, con una de las más fuertes tradiciones del país.

El primer signo de un comportamiento «anormal» se produjo inmediatamente después de que los financieros judíos perdieran su posición en las minas de oro y en los campos de diamantes. No abandonaron el país, sino que se instalaron allí permanentemente^[54] en una posición singular para un grupo blanco: ni pertenecían a la «sangre vital» de África ni al grupo de «blancos pobres». En vez de ello, comenzaron inmediatamente a construir aquellas industrias y profesiones que, según la opinión sudafricana, son «secundarias» porque no están relacionadas con el oro^[55]. Los judíos se convirtieron en fabricantes de muebles y de ropas, en comerciantes y en miembros profesionales, médicos, abogados y periodistas. En otras palabras, por bien que hubieran creído haberse acomodado a las condiciones del populacho en el país y a su actitud racial, los judíos habían roto su más importante norma introduciendo en la economía sudafricana un factor de normalidad y productividad, con el resultado de que cuando Mr. Malan presentó al Parlamento una ley para expulsar a todos los judíos de la Unión, tuvo el apoyo entusiasta de todos los blancos pobres y de toda la población afrikander^[56].

Este cambio en la función económica, la transformación de la judería sudafricana, que paso de representar los más sombríos caracteres en el sombrío mundo del oro y de la raza a constituir la única parte productiva de la población, surgió como una confirmación curiosamente tardía de los temores originales de los bóers. No habían odiado tanto a los judíos como intermediarios de la riqueza superflua o como representantes del mundo del oro, sino que les habían temido y despreciado como la verdadera imagen de los *uitlanders*, que tratarían de convertir al país en parte norma productora de la civilización occidental, cuyos motivos de rentabilidad, al menos, representaban un peligro mortal para el mundo fantasmal de la raza. Y cuando los judíos quedaron finalmente aislados de la dorada corriente vital de los *uitlanders* y no

podieron abandonar el país como todos los demás extranjeros habrían hecho en circunstancias similares, desarrollando en lugar de ello industrias «secundarias», los bóers resultaron estar en lo cierto. Los judíos, enteramente por sí mismos y sin ser la imagen de algo o de alguien, se convirtieron en una amenaza real para la sociedad racial. Todavía hoy, los judíos tienen contra sí la concertada hostilidad de todos aquellos que creen en la raza o en el oro —y que constituyen prácticamente el conjunto de la población europea de Sudáfrica—. Sin embargo, no pueden hacer ni harán causa común con el otro único grupo que lenta y gradualmente está siendo recuperado de la sociedad racial: el de los trabajadores negros, cada vez más y más conscientes de su humanidad bajo el impacto del trabajo regular y de la vida urbana. Aunque ellos, en contraste con los «blancos», tienen un genuino origen racial, no poseen el fetiche de la raza y la abolición de la sociedad racial significa sólo la promesa de su liberación.

En contraste con los nazis, para quienes el racismo y el antisemitismo eran grandes armas políticas para la destrucción de la civilización y el establecimiento de un nuevo cuerpo político, el racismo y el antisemitismo son cosa corriente y consecuencia natural del *statu quo* en Sudáfrica. No necesitaron el nazismo para su nacimiento e influyeron sobre el nazismo sólo de forma indirecta.

Existieron, sin embargo, efectos de *boomerang* reales e inmediatos de la sociedad racial de Sudáfrica en el comportamiento de los pueblos europeos: como la mano de obra barata, india y china, había sido importada en África allí donde la aportación interior quedó temporalmente interrumpida^[57], se advirtió inmediatamente un cambio de actitud hacia los pueblos de color de Asia, donde, por vez primera, la gente comenzó a ser tratada de la misma manera que aquellos salvajes Africanos que literalmente habían aterrado a los europeos. La diferencia estribaba en que no podía existir una razón humanamente comprensible para tratar a los indios y a los chinos como si no fueran seres humanos. En un cierto sentido es aquí donde comenzó el auténtico crimen, porque aquí todos deberían haber sabido lo que estaban haciendo. Es cierto que la noción de raza fue hasta cierto punto modificada en Asia; los «linajes superiores e inferiores», como diría el «hombre blanco» al empezar a cargar el peso sobre sus hombros, todavía indicaban una escala y la posibilidad de un desarrollo gradual y la idea en cierto modo escapa al concepto de dos especies enteramente diferentes de la vida animal. Por otra parte, como el principio de la raza suplantó en Asia a la noción más antigua relativa a pueblos extraños y extranjeros, fue un arma mucho más consciente que en África en su aplicación a la dominación y la explotación.

Menos inmediatamente significativa, pero de mayor importancia para los Gobiernos totalitarios, fue la otra experiencia de la sociedad racial en África, la de que los motivos de la rentabilidad no son sagrados y pueden no ser aceptados, la de que las sociedades pueden funcionar según principios diferentes de los económicos y que tales circunstancias pueden favorecer a aquellos que bajo las condiciones de una

producción racionalizada y del sistema capitalista pertenecerían al grupo de los menos favorecidos. La sociedad racial de África del Sur enseñó al populacho la gran lección de la que siempre había poseído una confusa premonición, la de que a través de la pura violencia un grupo de los menos favorecidos podía crear una clase inferior a la suya, que para este propósito ni siquiera necesitaba una revolución, que podía unirse con grupos de las clases dominantes y que los pueblos extranjeros o atrasados ofrecían las mejores oportunidades para semejantes tácticas.

El impacto completo de la experiencia Africana fue advertido por vez primera por dirigentes del populacho como Carl Peters, que decidieron que también ellos tenían que pertenecer a una raza de señores. Las posesiones coloniales Africanas se convirtieron en el más fértil suelo para el florecimiento de lo que más tarde sería la élite nazi. Allí vieron con sus propios ojos cómo podían ser convertidos en razas los pueblos y cómo simplemente tomando la iniciativa en este proceso, podía uno impulsar a su propio pueblo hacia la posición de la raza de señores. Allí se curaron de la ilusión de que el proceso histórico es necesariamente «progresivo», porque si el curso de la antigua civilización conducía hacia algo, «el holandés se apartaba de todo»^[58], y si la «Historia económica enseñó una vez que el hombre había evolucionado por pasos graduales desde una vida de cazador hasta el pastoreo y finalmente hasta establecerse y hasta la iniciación de una vida agrícola», la historia de los bóers demostraba claramente que uno podía también proceder «de un país que había figurado a la cabeza del cultivo intensivo... (y) convertirse gradualmente en ganadero y cazador»^[59]. Estos dirigentes comprendieron muy bien que precisamente porque los bóers habían descendido al nivel de las tribus salvajes seguían siendo sus indiscutidos amos. Estaban perfectamente dispuestos a pagar el precio, a retroceder al nivel de la organización racial si actuando así podían comprar el dominio sobre otras «razas». Y sabían por sus experiencias con las gentes llegadas a Sudáfrica desde los cuatro rincones de la Tierra, que todo el populacho del mundo civilizado occidental estaría con ellos^[60].

3. EL CARÁCTER IMPERIALISTA

De los dos principales medios políticos de dominación imperialista, el de la raza fue descubierto en África del Sur y el de la burocracia en Argelia, Egipto y la India. La primera fue originalmente una noción apenas consciente ante tribus de cuya humanidad el hombre europeo se sentía avergonzado y asustado, mientras que la segunda fue una consecuencia de esa administración por la que los europeos habían tratado de dominar a pueblos extranjeros a los que consideraban inevitablemente inferiores y a los que estimaban al tiempo necesitados de su protección especial. La raza, en otras palabras, significaba un escape a una irresponsabilidad donde nada humano podía ya existir, y la burocracia fue el resultado de una responsabilidad que

ningún hombre puede asumir por su semejante ni ningún pueblo por otro pueblo.

El exagerado sentido de responsabilidad de los administradores británicos de la India que reemplazaron a los «violadores de la ley» de Burke tiene su base material en el hecho de que el Imperio británico se haya logrado realmente en un «momento de distracción». Por eso aquellos que se enfrentaron con el hecho consumado y con la tarea de conservar lo que había llegado a ser suyo mediante un accidente, tuvieron que hallar una interpretación que pudiera trocar el accidente en un tipo de acto voluntario. Tales cambios históricos de hecho se han operado desde los tiempos antiguos mediante las leyendas, y las leyendas concebidas por la *intelligentsia* británica desempeñaron un papel decisivo en la formación del burócrata y del agente secreto de la Administración británica.

Las leyendas han desempeñado siempre un papel poderoso en la elaboración de la Historia. El hombre, que no ha recibido el don de deshacer, que es siempre heredero forzoso de los hechos de otros hombres y que está siempre cargado con una responsabilidad que parece ser la consecuencia de una inacabable cadena de acontecimientos más bien que de actos conscientes, exige una explicación y una interpretación del pasado en la que parece hallarse oculta la clave misteriosa de su destino futuro. Las leyendas fueron la base espiritual de todas las ciudades antiguas, de todos los imperios y pueblos, prometiendo una guía segura a través de los ilimitados espacios del futuro. Sin relacionarse sólidamente con los hechos, expresando siempre su verdadero significado, ofrecían una verdad más allá de las realidades, una rememoración más allá de los recuerdos.

Las explicaciones legendarias de la Historia siempre sirvieron como correcciones confirmadas a hechos y acontecimientos reales, que se necesitaban precisamente porque la Historia en sí misma hacía al hombre responsable de logros que no eran suyos y de consecuencias que no había previsto. La verdad de las antiguas leyendas —que les proporciona su fascinante actualidad muchos siglos después de que las ciudades, los imperios y los pueblos a los que sirvieron se hayan convertido en polvo— no era más que la forma en que los acontecimientos del pasado encajaban con la condición humana en general y las aspiraciones políticas en particular. Sólo en la narración francamente inventada de los acontecimientos consentía el hombre en asumir su responsabilidad por ellos y en considerar a los hechos del pasado como *su pasado*. Las leyendas le hacían dueño de lo que él no había hecho y capaz de enfrentarse con lo que no podía deshacer. En este sentido, las leyendas no son sólo los primeros recuerdos de la Humanidad, sino realmente los auténticos comienzos de la Historia humana.

El florecimiento de las leyendas históricas y políticas tuvo un muy abrupto final con el nacimiento del cristianismo. Su interpretación de la Historia, desde los días de Adán hasta el juicio Final como un camino único hacia la salvación, ofrecía la más

poderosa e incluyente explicación legendaria del destino humano. Sólo después de que la unidad espiritual de los pueblos cristianos diera paso a la pluralidad de las naciones, cuando el camino hacia la salvación se convirtió en incierto artículo de fe individual más que en una teoría universal aplicable a todo lo que sucediera, surgieron nuevos tipos de explicaciones históricas. El siglo XIX nos brindó el curioso espectáculo del nacimiento casi simultáneo de las ideologías más diferentes y contradictorias, cada una de las cuales afirmaba conocer la verdad oculta sobre hechos que de otra forma resultaban incomprensibles. Las leyendas, sin embargo, no son ideologías; no apuntan a una explicación universal, sino que se preocupan siempre de hechos concretos. Parece más que significativo que el crecimiento de los cuerpos nacionales no fuera en lugar alguno acompañado por una leyenda fundacional y que en los tiempos modernos existiera un primero y único intento elaborado precisamente cuando ya era obvio el declive del cuerpo nacional y el imperialismo parecía ocupar el puesto del anticuado nacionalismo.

El autor de la leyenda imperialista es Rudyard Kipling. Su tema es el Imperio británico; su resultado, el carácter imperialista (el imperialismo fue la única escuela del carácter en los tiempos modernos). Y aunque la leyenda del Imperio británico tenía poco que ver con las realidades del imperialismo británico, empujó o atrajo hacia su Administración a los mejores hijos de Inglaterra. Porque las leyendas atraen a los mejores de nuestra época de la misma manera que las ideologías atraen al tipo medio y los bulos relativos a horribles potencias secretas que operan entre bastidores atraen a los peores. Sin duda, ninguna estructura política podría haber evocado más relatos y justificaciones legendarios como el Imperio británico, como el pueblo británico, partiendo de la consciente fundación de colonias hasta llegar a la dominación de pueblos extranjeros en todo el mundo.

La leyenda de la fundación, como Kipling la cuenta, parte de la realidad fundamental del pueblo de las Islas Británicas^[61]. Rodeados por el mar, necesitaron y obtuvieron la ayuda de los tres elementos, el Agua, el Viento y el Sol, a través de la invención de la Nave. La nave hizo posible la alianza siempre peligrosa con los elementos y convirtió al inglés en dueño del mundo. «Ganarás el mundo —dice Kipling— sin que nadie *sepa* cómo lo hiciste; conservarás el mundo sin que nadie *conozca* cómo lo lograste; llevarás al mundo a tus espaldas sin que nadie *vea* cómo lo hiciste. Pero ni tú ni tus hijos obtendréis nada a cambio de esa humilde tarea más que los cuatro Dones —uno del Mar, uno del Viento, uno del Sol y uno de la Nave que te lleva... Porque, ganado el mundo, conservando al mundo y llevando al mundo a tus espaldas —en la tierra, en el mar o en el aire—, tus hijos siempre tendrán los cuatro Dones. Dolicocéfalos, parcos en el hablar y de mano dura —muy dura— y siempre con ventaja frente a cada enemigo, para ser una salvaguardia de todos aquellos que crucen por los mares con legítimos propósitos».

Lo que aproxima tanto a las antiguas leyendas fundacionales a esta pequeña narración del «Primer Marinero» es que presenta a los británicos como el único

pueblo maduro, preocupado por la ley y cargado con el peso del bienestar del mundo, entre tribus bárbaras que no se preocupan ni saben qué es lo que mantiene unido al mundo. Desgraciadamente, esta presentación carecía de la verdad innata de las antiguas leyendas: el mundo se preocupaba y conocía y veía cómo actuaban, y una narración semejante no podría haber convencido al mundo de que «no obtenían nada de esa humilde tarea». Sin embargo, en la misma Inglaterra existía una cierta realidad que correspondía a la leyenda de Kipling y la hacía posible, y era la existencia de virtudes tales como el sentimiento caballeresco, la nobleza, la valentía, aunque se hallaran profundamente fuera de lugar en una realidad política dominada por Cecil Rhodes o lord Curzon.

El hecho de que la «carga del hombre blanco» sea o bien la hipocresía o bien el racismo, no ha impedido a unos pocos de los mejores ingleses asumir la carga seriamente y convertirse en los trágicos y quijotescos locos del imperialismo. Tan real en Inglaterra como la tradición de hipocresía es otra menos obvia que se siente la tentación de denominar tradición de los matadores de dragones, quienes acudieron entusiásticamente hacia lejanas y curiosas tierras, a pueblos extraños e ingenuos, para matar a los numerosos dragones que habían acosado a éstos durante siglos. Hay más de un grano de verdad en otra narración de Kipling, *La tumba de su antepasado*^[62], en la que la familia Chinn «sirve a la India generación tras generación, como los delfines avanzan en línea a través del mar abierto». Mataban al ciervo que robaba la cosecha del pobre, enseñaban los misterios de mejores métodos agrícolas, les liberaron de algunas de sus supersticiones más perjudiciales y mataron leones y tigres con gran estilo. Su único premio es, desde luego, una «tumba de antepasados» y una leyenda familiar, creída por toda la tribu india y según la cual «el reverenciado antepasado... tiene un tigre propio —un tigre de silla sobre el que cabalga todo el país siempre que lo desea». Desgraciadamente, esta cabalgada por el país es «una segura señal de guerra, pestilencia o de algo así», y en este caso particular es una señal de vacunación. De tal forma que Chinn, el más Joven, un subordinado no muy importante en la jerarquía del Ejército, pero totalmente importante por lo que a la tribu india concierne, tiene que matar al tigre de su antepasado para que el pueblo pueda ser vacunado sin temor a «guerra, pestilencia o algo así».

Tal como van los tiempos modernos, los Chinn, desde luego, «son más afortunados que la mayoría de la gente». Su suerte es que han nacido dentro de una carrera que suave y naturalmente les conduce hacia la realización de los mejores sueños de su juventud. Mientras que otros muchachos tienen que olvidar sus «nobles sueños», ellos son lo suficientemente mayores como para trasladarlos a la acción. Y cuando después de treinta años de servicio se retiren, su vapor se cruzará con «un transporte de tropas rumbo a un puerto extranjero, en el que va su hijo hacia el Este para cumplir el deber familiar», de tal manera que el poder de la existencia del viejo Mr. Chinn como matador de dragones nombrado por el Gobierno y pagado por el Ejército pueda extenderse a la siguiente generación. Sin duda, el Gobierno británico

les paga por sus servicios, pero no está completamente claro en qué servicios pueden eventualmente aterrizar. Existe una fuerte posibilidad de que sirvan realmente a esta determinada tribu india generación tras generación, y es consolador que la misma tribu esté convencida de ello. El hecho de que los servicios superiores apenas sepan nada de los extraños deberes y aventuras del pequeño teniente Chinn, de que difícilmente sean conscientes de su existencia como afortunada reencarnación de su abuelo, da a su doble existencia soñada una inalterada base en la realidad. Se encuentra simplemente como en su casa en dos mundos, separados por murallas impermeables al agua y a los chismorreos. Nacido en «el corazón de ese país despreciable y atigrado» y educado entre su pueblo en la pacífica, equilibrada y mal informada Inglaterra, está dispuesto a vivir permanentemente con dos pueblos y enraizado y bien relacionado con la tradición, el lenguaje, la superstición y los prejuicios de ambos. En cualquier momento puede pasar de la obediente subordinación de uno de los soldados de su majestad a ser una figura interesante y noble en el mundo de los nativos, un bienamado protector de los débiles, el matador de dragones de los antiguos cuentos.

La realidad es que estos estafalarios y quijotescos protectores de los débiles que desempeñaron su papel tras la escena de la dominación oficial británica no eran tanto producto de la ingenua imaginación de los pueblos primitivos como de los sueños que contenían lo mejor de las tradiciones europeas y cristianas, aunque ya se hubieran deteriorado en la futilidad de los ideales de la adolescencia. No eran el soldado de su majestad ni el oficial superior británico quienes podían enseñar a los nativos algo de la grandeza del mundo occidental. Sólo eran aptos para la tarea aquellos que nunca habían sido capaces de superar sus ideales juveniles y que por eso se habían alistado en los servicios coloniales. Para ellos el imperialismo no significaba más que una oportunidad accidental de escapar a la sociedad en la que el hombre tenía que olvidar su juventud si deseaba prosperar. A la sociedad inglesa le encantaba verles partir hacia lejanos países, una circunstancia que permitía la tolerancia e incluso el estímulo de los ideales juveniles en el sistema de las escuelas públicas. Los servicios coloniales les arrebatában de Inglaterra e impedían, por así decirlo, la conversión de los ideales juveniles en ideas de hombres maduros. Tierras extrañas y curiosas atrajeron a los mejores jóvenes de Inglaterra desde finales del siglo XIX, privaron a su sociedad de sus elementos más honrados y más peligrosos y garantizaron, además de estas ventajas, una cierta conservación, o quizá petrificación, de la nobleza juvenil que preservó e infantilizó normas morales occidentales.

Lord Cromer, secretario del virrey y encargado de la Hacienda en el Gobierno preimperialista de la India, todavía pertenecía a la categoría de los matadores de dragones británicos. Impulsado exclusivamente por «el sentido del sacrificio» respecto de las poblaciones atrasadas y el «sentido del deber»^[63] hacia la gloria de la

Gran Bretaña que «había dado nacimiento a una clase de funcionarios que poseían tanto el deseo como la capacidad de gobernar»^[64], declinó en 1864 el puesto de virrey y rechazó diez años más tarde el cargo de secretario de Estado para los Asuntos Exteriores. En vez de tales honores, que hubieran satisfecho a un hombre de menor categoría, se convirtió en el oscuro y todopoderoso cónsul general británico en Egipto desde 1883 a 1907. Allí se convirtió en el primer administrador imperialista, ciertamente «no inferior a nadie entre quienes por sus servicios han dado gloria a la raza británica»^[65]; quizá también el último en morir con un inalterado orgullo: «Que esto baste para galardón de Britannia / Jamás se ganó premio más noble / Las bendiciones de un pueblo liberado / La conciencia del deber cumplido»^[66].

Cromer fue a Egipto porque comprendió que «el inglés que se extendía para retener a su amada India (tenía que) plantar un pie firme en las orillas del Nilo»^[67]. Egipto era para él sólo un medio encaminado a un fin, una expansión necesaria para la seguridad de la India. Casi en el mismo momento resultaba que otro inglés ponía los pies en el continente Africano, aunque en su extremo opuesto y por opuestas razones: Cecil Rhodes fue a Sudáfrica y salvó a la Colonia de El Cabo después de que había perdido toda importancia para la «amada India» del inglés. Las ideas de Rhodes acerca de la expansión eran mucho más avanzadas que las de su más respetable colega del Norte; para él la expansión no necesitaba justificarse con motivos tan sensibles como la retención de lo que ya se poseía. La «expansión lo era todo», y la India, Sudáfrica y Egipto eran igualmente importantes o igualmente insignificantes como escalones de una expansión exclusivamente limitada por el tamaño de la Tierra. Existía ciertamente un abismo entre el megalómano vulgar y el hombre culto consciente de sus sacrificios y sus deberes; sin embargo, llegaron aproximadamente a resultados idénticos y fueron igualmente responsables del «Gran Juego» del siglo, que no resultaba menos insano ni menos dañoso en política que el mundo fantasmal de la raza.

La sorprendente semejanza entre la dominación de Rhodes en África del Sur y la dominación de Cromer en Egipto estribaba en que ambos consideraban a los países no como fines deseables en sí mismos, sino simplemente como medios para un objetivo supuestamente más elevado. Eran similares por eso en su indiferencia y distanciamiento, en su genuina falta de interés por sus súbditos, actitud que difería tanto de la crueldad y de la arbitrariedad de los déspotas nativos de Asia como de la explotadora negligencia de los conquistadores o de la insana y anárquica opresión de una tribu racial por otra. Tan pronto como Cromer comenzó a dominar en Egipto en favor de la India, perdió su papel de protector de «pueblos atrasados» y ya no pudo creer sinceramente que el «propio interés de las razas sometidas es la base principal de toda la fábrica imperial»^[68].

El distanciamiento se convirtió en la nueva actitud de todos los miembros de la Administración británica; era una forma de gobernar más peligrosa que el despotismo y la arbitrariedad, porque ni siquiera toleraba el último eslabón entre el déspota y sus

súbditos, que está constituido por los sobornos y las dádivas. La misma integridad de la Administración británica hacía a este Gobierno despótico más inhumano e inaccesible a sus súbditos de lo que nunca había sido el de los dominadores asiáticos o el de los conquistadores implacables^[69]. La integridad y el distanciamiento eran símbolos de una absoluta división de intereses, hasta el punto de que ni siquiera se les permitía que entraran en conflicto. En comparación, la explotación, la opresión o la corrupción aparecían como salvaguardias de la dignidad humana, porque el explotador y el explotado, el opresor y el oprimido, el corruptor y el corrompido, todavía vivían en el mismo mundo, todavía compartían los mismos ideales, luchaban entre sí por las mismas cosas; y es este *tertium comparationis* lo que fue destruido por el distanciamiento. Lo peor de todo fue el hecho de que el distante administrador era difícilmente consciente de que había inventado una nueva forma de gobierno, sino que realmente pensaba que su actitud se hallaba condicionada por «el enérgico contacto con un pueblo que vive en un plano inferior». Así, en lugar de creer en su superioridad individual con cierto grado de vanidad esencialmente inocua, sentía que pertenecía a «una nación que había alcanzado un plano comparativamente elevado de la civilización»^[70] y por eso mantenía su posición por derecho de nacimiento, al margen de cualesquiera logros personales.

La carrera de lord Cromer es fascinante, porque encarna la verdadera transformación de la antigua Administración colonial en Administración imperialista. Su primera reacción ante sus deberes en Egipto fue una marcada intranquilidad y preocupación por una situación que no era «anexión», sino una «forma híbrida de gobierno a la que no puede darse nombre alguno y para la que no existe precedente»^[71]. En 1885, después de dos años de servicio, todavía abrigaba serias dudas acerca de un sistema en el que él era cónsul general británico nominal y auténtico dominador de Egipto, y escribió que un «mecanismo extremadamente delicado (cuyo) funcionamiento eficiente depende en buena medida del criterio y de la capacidad de unos pocos individuos... puede... estar justificado (sólo) si somos capaces de mantener ante nuestros ojos la posibilidad de la evacuación... Si esta posibilidad se torna tan remota como para que no pueda tenerse en cuenta..., sería mejor para nosotros... concertarnos con las demás potencias si debemos encargarnos del gobierno del país, garantizar sus deudas, etc».^[72] Cromer tenía, sin duda, razón, y, o bien la ocupación o bien la evacuación, hubieran normalizado el asunto. Pero esta «forma híbrida de gobierno» sin precedente había de tornarse característica de toda la empresa imperialista con el resultado de que unas pocas décadas después todo el mundo había perdido ya la primera y fundada opinión de Cromer acerca de las formas de gobierno posibles e imposibles, de la misma manera que se había perdido aquella primitiva percepción de lord Selbourne según la cual una sociedad racial constituía un estilo de vida sin precedente. Nada puede caracterizar mejor esta fase del imperialismo como la combinación de estos dos criterios sobre las condiciones en África: un estilo de vida sin precedente en el Sur, un Gobierno sin precedente en el

Norte.

En los años siguientes, Cromer se reconcilió con la «forma híbrida de gobierno»; en sus cartas comenzó a justificarla y a exponer la necesidad de un Gobierno sin nombre ni precedente. Al final de su vida trazó (en su ensayo sobre «El gobierno de las razas sometidas») las líneas principales de lo que puede muy bien denominarse una filosofía del burócrata.

Cromer comenzó por reconocer que la «influencia personal» sin un tratado político legal o escrito podía ser bastante para «una supervisión suficientemente efectiva de los asuntos públicos»^[73] en países extranjeros. Este género de influencia irregular era preferible a una bien definida política, porque podía ser alterada en cualquier momento y no implicaba necesariamente al Gobierno metropolitano en caso de dificultades. Requería colaboradores muy preparados, de gran confianza y cuya lealtad y patriotismo no estuviesen relacionados con ambiciones personales ni con la vanidad, a quienes se podría exigir incluso que renunciaran a la humana aspiración de que sus nombres se unieran a sus logros. Su pasión mayor tendría que ser la del sigilo («Cuanto menos se hable de los funcionarios británicos, tanto mejor»)^[74], la de desempeñar un papel entre bastidores; su mayor desprecio tendría que estar reservado hacia la publicidad y hacia las personas que la buscaban.

El mismo Cromer poseía estas cualidades en muy alto grado; jamás se despertó su ira más intensamente como cuando fue «extraído de su oculto lugar», cuando «la realidad que hasta entonces sólo había sido conocida por unos pocos entre bastidores (se tornó) patente a todo el mundo»^[75]. Su orgullo se cifraba en «permanecer más o menos oculto (y) en tirar de los hilos»^[76]. A cambio, y para hacer perfectamente posible su trabajo, el burócrata tenía que sentirse libre del control —es decir, tanto de toda alabanza como de toda censura— de todas las instituciones públicas, bien fuera del Parlamento, los «Departamentos ingleses» o la prensa.

Cada desarrollo de la democracia o incluso el simple funcionamiento de las instituciones democráticas existentes sólo podía significar un peligro, porque es imposible gobernar a «un pueblo por un pueblo —al pueblo de la India por el pueblo de Inglaterra»^[77]. La burocracia es siempre un Gobierno de expertos, de una «experta minoría» que tiene que resistir tanto como sepa la constante presión de la «inexperta mayoría». Cada pueblo es fundamentalmente una inexperta mayoría, y por eso no pueden confiársele materias tan especializadas como los asuntos políticos y públicos. A los burócratas, además, no se les suponen ideas generales acerca de las cuestiones políticas. Su patriotismo jamás debe conducirles tan lejos como para que crean en la bondad inherente de los principios políticos en su propio país; de ello sólo resultaría una barata aplicación «imitativa» del «Gobierno de las poblaciones atrasadas», que, según Cromer, fue el defecto principal del sistema francés^[78].

Nadie pretenderá nunca que Cecil Rhodes sufría una falta de vanidad. Según Jameson, esperaba ser recordado al menos durante cuatro mil años. Sin embargo, a pesar de todo su apetito por la autoglorificación, llegó a la misma idea de dominación

mediante el secreto, que había sido característica del supermodesto lord Cromer. Extremadamente inclinado a redactar testamentos, Rhodes insistió en todos ellos (a lo largo de dos décadas de vida pública) en que su dinero fuera utilizado para la fundación de «una sociedad secreta... que realizara su plan», que tenía que ser «organizado como el de Loyola, apoyado por la acumulada riqueza de aquellos cuya aspiración es un deseo de hacer algo» para que eventualmente hubiera «entre dos y tres mil individuos en la flor de la vida, distribuidos por todo el mundo, cada uno de los cuales habría impreso en su mente en el período más susceptible de su existencia el sueño del Fundador, cada uno de los cuales, además, habría sido especialmente — matemáticamente—seleccionado conforme a la finalidad del Fundador»^[79]. Con mayor visión que Cromer, Rhodes abrió la sociedad a todos los miembros de la «raza nórdica»^[80], de forma tal que su objetivo no fuese tanto el crecimiento y gloria de la Gran Bretaña —su ocupación de «todo el continente de África, Tierra Santa, el valle del Éufrates, las islas de Chipre y Candia, la totalidad de América del Sur, las islas del Pacífico, todo el archipiélago malayo, las costas de China y de Japón (y) la definitiva recuperación de los Estados Unidos»^[81]— como la expansión de la «raza nórdica», que, organizada como sociedad secreta, establecería un Gobierno burocrático sobre todos los pueblos de la Tierra.

Lo que se impuso a la monstruosa e innata vanidad de Rhodes y le hizo descubrir los encantos del secreto fue lo mismo que se impuso al innato sentido del deber de Cromer: el descubrimiento de una expansión que no se hallaba impulsada por un específico apetito por un específico país, sino concebida como un proceso inacabable en el que cada país serviría sólo como escalón para una expansión ulterior. En la perspectiva de semejante concepto, el deseo de gloria ya no puede quedar satisfecho por el glorioso triunfo sobre un pueblo específico en beneficio del pueblo propio ni puede quedar satisfecho el sentido del deber mediante la conciencia de servicios específicos y la realización de tareas específicas. Sean cuales fueren las cualidades o los defectos individuales que un hombre pueda tener, una vez que ha penetrado en el *maelstrom* de un inacabable proceso de expansión dejará de ser lo que era y obedecerá las leyes del proceso, se identificará con las fuerzas anónimas a las que se supone que sirve para mantener en movimiento a todo el proceso; se considerará a sí mismo como una simple función y, eventualmente, considerará a semejante funcionalidad como la encarnación de la tendencia dinámica, su realización más elevada posible. Entonces, como Rhodes era lo suficientemente loco para decir, «no podría hacer nada mal, todo lo que hiciera estaría bien. Su obligación estribaría en hacer lo que deseara. Se sentiría un dios —y nada menos»^[82]. Pero lord Cromer apuntaba cuerdamente al mismo fenómeno de la autodegradación voluntaria de los hombres en simples instrumentos o simples funciones cuando llamó a los burócratas «instrumentos de incomparable valor en la ejecución de una política de imperialismo»^[83].

Es obvio que estos agentes secretos y anónimos de la fuerza de expansión no

sentían obligación alguna respecto de las leyes elaboradas por el hombre. La única «ley» que obedecían era la «ley» de la expansión, y la única prueba de su «legalidad» era el éxito. Tenían que hallarse completamente dispuestos a esfumarse en el olvido cuando quedara demostrado su fracaso, si por alguna razón ya no eran «instrumento de incomparable valor». Mientras que tuvieran éxito, el sentimiento de hallarse encarnando fuerzas mayores que ellos mismos les haría relativamente fácil la renuncia e incluso el desprecio del aplauso y la glorificación. Eran monstruos de presunción en sus éxitos y monstruos de modestia en sus fracasos.

En la base de la burocracia como forma de gobierno y de su inherente sustitución de la ley por decretos temporales y mudables se halla esta superstición de una posible y mágica identificación del hombre con las fuerzas de la Historia. El ideal de semejante cuerpo político será siempre el hombre que entre bastidores mueve los hilos de la Historia. Cromer rehuyó finalmente todo «instrumento escrito y, desde luego, todo lo que es tangible»^[84] en sus relaciones con Egipto —incluso una proclamación de la anexión— para estar libre de obedecer exclusivamente a la ley de la expansión, sin la obligación de un Tratado elaborado por el hombre. De esta manera rehúye el burócrata toda ley general, atendiendo por decreto a cada situación aislada, porque la estabilidad inherente a la ley amenaza con establecer una comunidad permanente en la que nadie pueda posiblemente ser dios porque todos tengan que obedecer a una ley.

Las dos figuras claves en este sistema, cuya verdadera esencia es el proceso sin objetivo, son el burócrata, por una parte, y el agente secreto, por otra. Ambos tipos, mientras sirvieron exclusivamente al imperialismo británico, no desmintieron que descendían de los matadores de dragones y de los protectores de los débiles y por eso nunca impulsaron a los regímenes burocráticos a sus inherentes extremos. Un burócrata británico, casi dos décadas después de la muerte de Cromer, sabía que las «matanzas administrativas» podían mantener a la India dentro del Imperio británico; pero también conocía cuán utópico sería tratar de obtener el apoyo de los odiados «departamentos ingleses» para la realización de un plan, por lo demás, completamente realista^[85]. Lord Curzon, virrey de la India, no mostró nada de la nobleza de Cromer y resultó ser un elemento completamente característico de una sociedad que se inclinaba cada vez más a aceptar las normas raciales del populacho si se le ofrecían bajo el aspecto de snobismo a la moda^[86]. Pero el snobismo es completamente incompatible con el fanatismo y por eso nunca es realmente eficiente.

Cabe decir lo mismo de los miembros del Servicio Secreto británico. Son también de ilustre origen —lo que el matador de dragones fue al burócrata lo es el aventurero al agente secreto— y pueden reivindicar también justamente una leyenda fundacional, la leyenda del Gran Juego, tal como fue contada por Rudyard Kipling en *Kim*.

Desde luego, todo aventurero sabe lo que quiere decir Kipling cuando alaba a Kim, «porque lo que él amaba era el juego por el juego». Toda persona todavía capaz de sorprenderse ante «este mundo grande y maravilloso» sabe que difícilmente constituye un argumento contra el juego el hecho de que los «misioneros y secretarios de las sociedades caritativas no puedan advertir su belleza». Aún menos derecho tienen a hablar, al parecer, quienes consideran «un pecado besar la boca de una muchacha blanca y una virtud el besar el zapato de un negro»^[87]. Como, en definitiva, la vida tiene que ser vivida y amada por sí misma, la aventura y el amor al juego pueden aparecer fácilmente como el símbolo más intensamente humano de la vida. Es esta humanidad apasionada y subyacente la que hace de *Kim* la única novela de la era imperialista en la que una genuina hermandad liga a los «linajes superiores e inferiores», en la que Kim, «un sahib, hijo de un sahib», puede hablar justamente de «nosotros» cuando se refiere a los «hombres encadenados», «todos en un alambre». Hay en este «nosotros» —extraño en la boca de un creyente en el imperialismo— algo más que el anonimato omnienvolvente de hombres que se sienten orgullosos de no tener «nombre, sino sólo un número y una letra», algo más que el común orgullo de tener «un precio sobre la cabeza (de uno)». Lo que les hace camaradas es la común experiencia de ser —a través del peligro, el miedo, la sorpresa constante, la profunda falta de hábitos, la perpetua disposición para cambiar sus identidades— símbolos de la vida misma, símbolos, por ejemplo, de los acontecimientos de toda la India, compartiendo la vida de todo lo que «corre como una lanzadera a través del Indostán», y, por eso, ya no son «una persona, en medio de todo», como si se hallara atrapada por las limitaciones de la individualidad o de la nacionalidad propias. Jugando el Gran Juego, un hombre puede sentirse como si viviera la única vida que vale la pena vivir, porque ha sido despojado de todo lo que puede considerarse accesorio. La vida en sí misma parece haber quedado en una pureza fantásticamente intensificada cuando un hombre se aparta de todos los lazos sociales ordinarios, de la familia, de una ocupación regular, de un objetivo definido, de las ambiciones y del lugar reservado en una comunidad a la que pertenece por su nacimiento. «El Gran Juego concluye cuando todo está ya muerto. Y no antes». Cuando uno está muerto, la vida ha concluido. Y no antes. No cuando uno llega a lograr lo que pudiera haber deseado. El hecho de que el juego no tenga un objetivo definido es lo que le hace tan peligrosamente semejante a la misma vida.

La carencia de objetivo es el verdadero encanto de la existencia de Kim. No acepta sus extraños deberes por Inglaterra, ni por la India, ni por ninguna otra causa valiosa o fútil. Podrían haberle convenido las nociones imperialistas como la expansión por la expansión o el poder por el poder, pero él no se preocupó particularmente de ello y ciertamente jamás hubiera llegado a construir ninguna fórmula semejante. Avanzó con su estilo peculiar de «no razonar por qué, sino hacerlo y morir» sin formularse siquiera la primera pregunta. Únicamente le tentaba la básica infinitud del juego y el secreto como tal. Y el secreto parece de nuevo como

un símbolo del misterio básico de la vida.

De alguna forma no fue culpa de los aventureros natos, de aquellos que por su verdadera naturaleza vivían al margen de la sociedad y de todos los cuerpos políticos, el hecho de que encontraran en el imperialismo un juego político que era inacabable por definición; y no se esperaba que supieran que en política un juego inacabable sólo puede acabar en catástrofe y que el secreto político difícilmente concluye en algo más noble que la vulgar duplicidad de un espía. La broma gastada a estos jugadores del Gran Juego consistió en que quienes les empleaban sabían lo que querían y utilizaban su pasión por el anonimato para el espionaje ordinario. Pero este triunfo de los inversionistas hambrientos de beneficios resultó temporal y concluyeron debidamente engañados cuando unas pocas décadas más tarde conocieron a los jugadores del juego del totalitarismo, un juego jugado sin motivos ulteriores, como el del beneficio, y por eso realizado con tal eficiencia homicida que devoró incluso a aquellos que lo habían financiado.

Antes de que esto sucediera, sin embargo, los imperialistas destruyeron al mejor de quienes pasaron de ser aventureros (con una fuerte mezcla de matador de dragones) para convertirse en agentes secretos, a Lawrence de Arabia. Jamás fue realizado el experimento de la política secreta por un hombre más decente. Lawrence experimentó temerariamente consigo mismo y luego regresó y se consideró miembro de la «generación perdida». Y pensó así porque «los viejos volvieron y nos arrebataron la victoria» para «rehacer (el mundo) a semejanza del antiguo que conocieron»^[88]. Realmente, los viejos se mostraron completamente ineficientes incluso en esto y entregaron su victoria, juntamente con su poder, a otros hombres de la misma «generación perdida», que, ni eran viejos, ni resultaban tan diferentes de Lawrence. La única diferencia estribaba en que Lawrence todavía se aferraba a una moralidad que, sin embargo, había perdido ya todas sus bases objetivas y consistía exclusivamente en un tipo de actitud particular y necesariamente quijotesca de sentimientos caballerescos.

Lawrence se sintió seducido al convertirse en un agente secreto en Arabia en razón de su fuerte deseo de abandonar el mundo de estúpida respetabilidad cuya continuidad había perdido simplemente su significado, en razón de su disgusto del mundo tanto como de sí mismo. Lo que más le atraía en la civilización árabe era su «evangelio de desnudez... (que) implica también aparentemente un tipo de desnudez moral», que «se ha refinado a sí mismo, despojándose de los bienes domésticos»^[89]. Lo que trató fundamentalmente de evitar después de volver a la civilización inglesa fue vivir una vida propia, así es que concluyó por alistarse, de una forma aparentemente incomprensible, como soldado del Ejército británico, que, obviamente, era la única institución en la que el honor de un hombre podía identificarse con la pérdida de su personalidad individual.

Cuando el estallido de la primera guerra mundial envió a T. E. Lawrence a los árabes del Oriente próximo, con la misión de alzarles en rebeldía contra sus

dirigentes turcos y lograr que lucharan en el bando británico, penetró él en el verdadero centro del Gran Juego. Sólo podía lograr su propósito si lograba provocar entre las tribus árabes un movimiento nacional que, en definitiva, había de servir al imperialismo británico. Lawrence tuvo que comportarse como si el movimiento nacional árabe fuera su principal interés, y lo hizo tan bien que llegó a creerlo él mismo. Pero como realmente no era así fue, en definitiva, incapaz de «pensar su pensamiento» y de «asumir su personaje»^[90]. Pretendiendo ser un árabe, sólo pudo ser su «personalidad inglesa»^[91] y quedó más fascinado por el completo secreto de su autoaniquilamiento que engañado por las obvias justificaciones de una benévola dominación sobre pueblos atrasados, que podría haber utilizado Lord Cromer. Miembro de una generación inmediatamente posterior a la de Cromer y más triste que la de éste, se mostró encantado con un papel que exigía un reacondicionamiento de toda su personalidad hasta que encajó en el Gran Juego, hasta que se convirtió en la encarnación de la fuerza del movimiento nacional árabe, hasta que perdió toda la vanidad natural en su misteriosa alianza con fuerzas necesariamente más grandes que él mismo, por grande que él pudiera haber sido, hasta que adquirió un mortal «desprecio no por los demás hombres, sino por todo lo que hacen» por su propia iniciativa y no en alianza con las fuerzas de la Historia.

Cuando, al final de la guerra, Lawrence tuvo que abandonar el disfraz de un agente secreto y recobró de alguna forma su «personalidad inglesa»^[92] «miró a Occidente y a sus costumbres con nuevos ojos: para mí destruyeron todo»^[93]. Del Gran Juego de incalculable magnitud, que ninguna publicidad había glorificado o limitado y que le había elevado en su veintena por encima de reyes y de primeros ministros porque «él los había creado o había jugado con ellos»^[94], Lawrence regresó a casa con un obsesivo deseo de anonimato y con la profunda convicción de que no llegaría a satisfacerle nada de lo que pudiera hacer con su vida. Dedujo esta conclusión de su perfecto convencimiento de que no había sido él quien había sido grande, sino el papel que había asumido eficazmente, que su grandeza había sido un resultado del Juego y no un producto de él mismo. Ahora ya no deseaba «volver a ser grande» y estaba resuelto a ser «respetable de nuevo» y así «curado... de cualquier deseo de hacer algo por sí mismo».^[95] Había sido el espectro de una fuerza y se convirtió en un espectro entre los vivos cuando la fuerza, la función, le fue retirada. Lo que frenéticamente buscaba era otro papel que desempeñar y éste fue incidentalmente el «juego» sobre el que George Bernard Shaw inquirió tan amable como inadvertidamente, como si hablara de otro siglo, no comprendiendo por qué un hombre de logros semejantes no quería reconocerlos^[96]. Sólo otro papel, otra función, serían lo suficientemente fuertes como para impedir que él mismo y el mundo identificaran a Lawrence con sus hazañas en Arabia, como para sustituir su antigua personalidad por una nueva. No quería convertirse en «Lawrence de Arabia» dado que, fundamentalmente, no deseaba obtener una nueva personalidad tras haber

perdido la antigua. Su grandeza estribaba en que era suficientemente apasionado como para rehusar un compromiso barato y caminos fáciles hacia la realidad y la respetabilidad, en que jamás perdió su conciencia de que había sido sólo una función y que había desempeñado un papel y que por eso «no debía beneficiarse en manera alguna de lo que había hecho en Arabia. Rehusó los honores que había ganado. Rechazó los puestos que le ofrecieron por obra de su fama y tampoco permitió explotar sus éxitos escribiendo una sola cuartilla periodística pagada bajo el nombre de Lawrence»^[97].

La historia de T. E. Lawrence, en su amargura y en su grandeza conmovedoras, no fue, sencillamente, la historia de un funcionario pagado o de un espía contratado, sino precisamente la de un agente o funcionario auténtico, de alguien que realmente creyó haber penetrado —o que había sido empujado— en la corriente de la necesidad histórica y que se convirtió en un funcionario o agente de las fuerzas secretas que dominan al mundo. «He empujado mi carretilla a favor de la corriente eterna y así fue más deprisa que las que fueron empujadas a través de la corriente o contra la corriente. No creí, finalmente, en el movimiento árabe, pero creo que fue necesario en su momento y en su lugar»^[98]. De la misma manera que Cromer había dominado a Egipto en pro de la India, o Rhodes a Sudáfrica en pro de una ulterior expansión, Lawrence había actuado en pro de una finalidad ulterior e imprevisible. La única satisfacción que pudo extraer de todo ello, careciendo de la tranquila buena conciencia de algún limitado logro, procedió del sentido del funcionamiento en sí mismo, de ser abarcado e impulsado por un gran movimiento. De regreso a Londres y desesperado, trataría de hallar un sustituto a este tipo de «autosatisfacción». y «sólo lo conseguiría en la cálida velocidad de una motocicleta»^[99]. Aunque Lawrence no fue captado por el fanatismo de una ideología de movimiento, probablemente porque estaba demasiado bien instruido para las supersticiones de su época, había experimentado ya esa fascinación basada en el abandono de toda posible responsabilidad humana que ejerce la eterna corriente y su eterno fluir. Se sumió en ella y nada quedó en él sino alguna inexplicable decencia y un orgullo por haber «empujado de la forma adecuada». «Todavía me sorprende cuánto significa el individuo; mucho, supongo, si empuja de la forma adecuada»^[100]. Esto, por consiguiente, es el final del auténtico orgullo del hombre occidental que ya no importa como fin en sí mismo; ya no hace «una cosa de sí mismo ni algo tan limpio como él mismo»^[101] dando leyes al mundo, sino que sólo tiene una oportunidad «si empuja de la forma adecuada», en alianza con las fuerzas secretas de la Historia y de la necesidad, de las cuales no es más que una función.

Cuando el populacho europeo descubrió qué «maravillosa virtud» podía ser en África una piel blanca^[102], cuando el conquistador inglés en la India se convirtió en un administrador que ya no creía en la validez universal de la ley, sino que estaba

convencido de su propia e innata capacidad para gobernar y dominar, cuando los matadores de dragones se convirtieron bien en «hombres blancos» de «castas superiores», o en burócratas y espías, jugando el Gran juego de motivos ulteriores e inacabables en un inacabable movimiento; cuando los Servicios británicos de Información (especialmente después de la primera guerra mundial) comenzaron a atraer a los mejores hijos de Inglaterra, que preferían servir a fuerzas misteriosas por todo el mundo mejor que al bien común de su país, el escenario pareció estar ya dispuesto para todos los horrores posibles. Bajo la nariz de cualquiera existían ya muchos de los elementos que, reunidos, podían formar un Gobierno totalitario sobre la base del racismo. Los burócratas de la India propusieron las «matanzas administrativas», mientras que los funcionarios de África declaraban que «no se permitiría que consideraciones éticas tales como los derechos del hombre se alzarán en el camino» de la dominación blanca^[103]

El hecho afortunado es que, aunque la dominación imperialista británica se hundió hasta cierto nivel de vulgaridad, la crueldad desempeñó entre las dos guerras un papel inferior al que había jugado antes y quedó siempre a salvo un mínimo de los derechos humanos. Esta moderación en medio de una simple locura fue la que abrió el camino para lo que Churchill denominó «la liquidación del imperio de Su Majestad» y la que eventualmente puede llegar a significar la transformación de la nación inglesa en una comunidad de pueblos ingleses.

CAPÍTULO VIII

IMPERIALISMO CONTINENTAL: LOS PAN-MOVIMIENTOS

El nazismo y el bolchevismo deben más al pangermanismo y al paneslavismo (respectivamente) que a cualquier otra ideología o movimiento político. Y ello es más evidente en política exterior, donde las estrategias de la Alemania nazi y de la Rusia soviética han seguido tan de cerca los bien conocidos programas de conquista trazados por los pan-movimientos, antes de y durante la primera guerra mundial, que los objetivos totalitarios han sido a menudo confundidos con la prosecución de algunos intereses permanentes alemanes o rusos. Aunque ni Hitler ni Stalin reconocieron nunca su deuda con el imperialismo en el desarrollo de sus métodos de dominación, ninguno dudó en admitir lo que debía a la ideología de los pan-movimientos o en imitar sus *slogans*^[1].

El nacimiento de los pan-movimientos no coincide con el nacimiento del imperialismo; hacia 1870, el paneslavismo había ya superado las teorías vagas y confusas de los eslavófilos^[2] y el sentimiento pangermánico era bien conocido en Austria en fecha tan temprana como la de mediados del siglo XIX. Ambos, empero, cristalizaron en movimientos y captaron la imaginación de más amplios estratos sólo con la triunfal expansión imperialista de las naciones occidentales en la década de los ochenta. Las naciones de la Europa central y oriental, que carecían de posesiones coloniales y cuya esperanza de expansión ultramarina era escasa, decidieron por entonces que «tenían el mismo derecho a extenderse que cualesquiera otros grandes pueblos y que, si no se les otorgaba esta posibilidad en ultramar, [se verían] forzadas a obtenerla en Europa»^[3]. Los pangermanos y los paneslavos coincidían en que, viviendo en «Estados continentales» y siendo «pueblos continentales», tenían que buscar colonias en el continente^[4], extenderse en una continuidad geográfica a partir de un centro de poder^[5], para que contra «la idea de Inglaterra... expresada por las palabras: Deseo dominar el mar [se alzara] la idea de Rusia [expresada] por las palabras: Deseo dominar la tierra»^[6] y para que, eventualmente (se tornara evidente) la «tremenda superioridad de la tierra respecto del mar..., el significado superior del poder terrestre respecto del poder marítimo...»^[7].

La importancia principal del imperialismo continental, diferenciado del de ultramar, radica en el hecho de que su concepto de la expansión cohesiva no permite distancia geográfica alguna entre los métodos e instituciones de la colonia y los de la nación, de forma tal que no son necesarios efectos de *boomerang* para que aquéllos y sus consecuencias sean experimentados en Europa. El imperialismo continental comienza verdaderamente en la patria^[8]. Aunque compartió con el imperialismo

ultramarino el desprecio por la estrechez de la Nación-Estado, opuso a ésta no tanto argumentos económicos, que al fin y al cabo expresaban frecuentemente auténticas necesidades nacionales como una «ensanchada conciencia tribal»^[9] a la que se suponía capaz de unir a todos los pueblos de origen semejante, independientemente de la Historia y sea cual fuere el lugar donde hubieran vivido^[10]. Por eso el imperialismo continental se inició con una mucho más íntima afinidad con los conceptos de raza, absorbió entusiásticamente la tradición del pensamiento racial^[11] y escasamente se apoyó en experiencias específicas. Sus conceptos raciales eran completamente ideológicos en su base y evolucionaron hasta convertirse en un arma política conveniente mucho más rápidamente que las teorías similares expresadas por las potencias imperialistas, las cuales siempre podían reivindicar una cierta base de experiencia auténtica.

Los pan-movimientos han recibido generalmente una escasa atención del estudio del imperialismo. Sus anhelos de imperios continentales fueron eclipsados por los más tangibles resultados de la expansión ultramarina y su falta de interés por la economía^[12] presentó un ridículo contraste con los tremendos beneficios del imperialismo en su primera fase. Además, en un período en el que casi todo el mundo había llegado a creer que la política y la economía eran más o menos la misma cosa, resultaba fácil pasar por alto las semejanzas tanto como las diferencias significativas entre los dos tipos de imperialismo. Los protagonistas de los pan-movimientos comparten con los imperialistas occidentales esa conciencia de todos los temas de política exterior que habían sido olvidados por los anteriores grupos dominantes de la Nación-Estado^[13]. Su influencia sobre los intelectuales fue aún más pronunciada —la intelligentsia rusa, con sólo unas pocas excepciones, era paneslava, y el pangermanismo se inició en Austria casi como un movimiento estudiantil^[14]. La diferencia principal respecto del imperialismo más respetable de las naciones occidentales fue la ausencia de un apoyo capitalista; sus intentos de expansión no fueron ni pudieron ser precedidos por la exportación de dinero superfluo y de hombres superfluos, porque Europa no ofrecía oportunidades coloniales ni para uno ni para otros. Entre sus dirigentes no hallamos, por eso, apenas algún hombre de negocios y encontramos muy pocos aventureros, pero hubo muchos miembros de las profesiones liberales, profesores y funcionarios.^[15]

Mientras que el imperialismo ultramarino, pese a sus tendencias antinacionales, logró prolongar la vida de las anticuadas instituciones de la Nación-Estado, el imperialismo continental era y siguió siendo inequívocamente hostil a todos los cuerpos políticos existentes. Su talante general, por ello, fue mucho más rebelde, y sus dirigentes, mucho más inclinados a la retórica revolucionaria. En tanto que el imperialismo ultramarino había ofrecido panaceas auténticas suficientes para los residuos de todas las clases, el imperialismo continental no tenía nada que ofrecer excepto una ideología y un movimiento. Sin embargo, esto resultó bastante en una

época que prefería una clave para la historia a la acción política, en un tiempo en que los hombres, en medio de una desintegración comunal y de una atomización social, deseaban encajarse a cualquier precio. De forma semejante, la visible distinción de una piel blanca, cuyas ventajas en un entorno negro o pardo son fácilmente comprendidas, podía ser equiparada con éxito con una distinción puramente imaginaria entre un oriental y un occidental o entre el alma aria y el alma no aria. Lo importante es que una ideología más bien complicada y una organización que no propugnaba un interés inmediato resultaron ser más atractivas que las ventajas tangibles y las convicciones corrientes.

Pese a su falta de éxito, con su proverbial atractivo para el populacho, los pan-movimientos ejercieron desde el principio una atracción mucho más fuerte que la del imperialismo de ultramar. Esta atracción popular, que soportó fracasos tangibles y constantes cambios de programa, prefiguró los ulteriores grupos totalitarios que eran similarmente vagos respecto de sus objetivos reales y que estaban sujetos a constantes cambios en sus líneas políticas. Lo que mantuvo unidos a los afiliados a los pan-movimientos era mucho más un talante general que un objetivo claramente definido. Es verdad que el imperialismo ultramarino situó a la expansión como tal por encima de cualquier programa de conquista y por ello tomó posesión de cualquier territorio que se le ofrecía como una oportunidad fácil. Sin embargo, por caprichosa que hubiera sido la exportación del dinero superfluo, sirvió para delimitar la subsiguiente expansión; los objetivos de los pan-movimientos carecían incluso de este elemento más bien anárquico de planificación humana y de limitación geográfica. Pero, aunque no tenían programas específicos para la conquista del mundo, generaron un talante completamente absorbente de predominio total, para abarcar todas las cuestiones humanas, de «pan-humanismo», como señaló Dostoievsky en una ocasión^[16]

En la alianza imperialista entre el populacho y el capital, la iniciativa estaba principalmente del lado de los representantes de éste —excepto en el caso de Sudáfrica, donde se desarrolló muy tempranamente una clara política del populacho. En los pan-movimientos, por otra parte, la iniciativa siempre descansaba exclusivamente en el populacho, que era conducido entonces (como hoy) por un cierto tipo de intelectuales. Carecían de la ambición de dominar al mundo y ni siquiera soñaban con la posibilidad de una dominación total, pero sabían cómo organizar al populacho y eran conscientes de los empleos que para la organización, y no simplemente ideológicos o propagandísticos, podían darse a los conceptos raciales. Su significado sólo es superficialmente captado en las teorías relativamente modestas de política exterior —una Europa central germanizada o una Europa oriental y meridional rusificada— que sirvieron como puntos de partida para los programas de conquista mundial del nazismo y del bolchevismo^[17]. Los «pueblos germánicos» fuera del Reich y «nuestros hermanos pequeños eslavos» fuera de la Santa Rusia generaron una confortable cortina de humo de los derechos nacionales a

la autodeterminación, fáciles escalones para una expansión ulterior. Sin embargo, mucho más esencial fue el hecho de que los Gobiernos totalitarios heredaron un aura de santidad: sólo tenían que invocar el pasado de la «Santa Rusia» o el «Sacro Imperio Romano» para despertar todo tipo de supersticiones entre los intelectuales eslavos o hermanos^[18]. Las vaciedades seudomíticas, enriquecidas por incontables y arbitrarios recuerdos históricos, proporcionaban una atracción emotiva que parecía superar, en profundidad y en anchura, las limitaciones del nacionalismo. Fuera de esto, en cualquier caso, surgió esa nueva clase de sentimiento nacionalista cuya violencia resultó ser un excelente motor para poner en movimiento a las masas del populacho y completamente adecuada para reemplazar como centro emocional a un más antiguo patriotismo nacional.

El nuevo tipo de nacionalismo tribal, más o menos característico de todas las naciones y nacionalidades de la Europa central y oriental, era completamente diferente en contenido y en significado —aunque no en violencia— de los excesos nacionalistas occidentales. El chauvinismo —usualmente concebido en relación con el *nationalisme intégral* de Maurras y Barrès en la época de comienzos de siglo, con su glorificación romántica del pasado y su morboso culto a los muertos—, incluso en sus manifestaciones más salvajemente fantásticas, no llegó a sostener que los hombres de origen francés, nacidos y educados en otro país, sin conocimiento alguno de la lengua o de la cultura francesas, fueran franceses natos gracias a algunas misteriosas cualidades del cuerpo o del alma. Sólo con «la ensanchada conciencia tribal» surgió esa peculiar identificación de la nacionalidad con el alma de cada uno, ese orgullo intimista que ya no se preocupa exclusivamente de los asuntos públicos, sino que penetra en cada fase de la vida privada hasta que, por ejemplo, «la vida privada de cada verdadero polaco... es una vida pública de polonidad»^[19].

En términos psicológicos, la principal diferencia entre el más violento chauvinismo y este nacionalismo tribal radica en que uno es extrovertido, se ocupa sólo de los visibles logros espirituales y materiales de la nación, mientras que el otro, incluso en sus formas más suaves (el movimiento juvenil alemán, por ejemplo), es introvertido, se concentra en el alma de cada individuo, que es considerada como la encarnación de las cualidades nacionales generales. La mística chauvinista todavía apunta a algo que realmente existió en el pasado (como en el caso del *nationalisme intégral*) y simplemente trata de elevarlo a un terreno más allá del control humano; el tribalismo, por su lado, parte de inexistentes elementos seudomísticos que se propone realizar completamente en el futuro. Puede ser fácilmente reconocido por su tremenda arrogancia, inherente a su concentración en sí mismo, que se atreve a medir a un pueblo su pasado y su presente por el patrón de unas exaltadas cualidades internas y que inevitablemente rechaza su existencia, tradición, instituciones y cultura visibles.

Políticamente hablando, el nacionalismo tribal insiste siempre en que su propio pueblo está rodeado por «un mundo de enemigos», «uno contra todos», en que existe

una diferencia fundamental entre este pueblo y todos los demás. Reivindica a su pueblo como único, individual e incompatible con todos los demás y niega teóricamente la simple posibilidad de una humanidad común largo tiempo antes de ser empleado para destruir la humanidad del hombre.

1. NACIONALISMO TRIBAL

De la misma manera que el imperialismo continental surgió de las frustradas ambiciones de los países que no consiguieron tomar parte en la repentina expansión de la década de los ochenta, así el tribalismo apareció como el nacionalismo de aquellos pueblos que no habían participado en la emancipación nacional y que no habían logrado la soberanía de una Nación-Estado. Allí donde se combinaron las dos frustraciones, como en la Austria-Hungría y en la Rusia multinacionales, los pan-movimientos hallaron, naturalmente, su más fértil suelo. Además, como la Monarquía Dual albergaba dos nacionalidades irredentas, la eslava y la germana, el paneslavismo y el pangermanismo se concentraron desde el comienzo en su destrucción y Austria-Hungría se convirtió en el auténtico centro de los pan-movimientos. Los paneslavos rusos afirmaban en fecha tan temprana como 1870 que el mejor punto posible de partida para un imperio panes-lavo sería la desintegración de Austria^[20], y los pangermanos austriacos eran tan violentamente agresivos contra su propio Gobierno que incluso la «Alldeutsche Verband» de Alemania se quejaba frecuentemente de las «exageraciones» del movimiento hermano austriaco^[21]. El proyecto de concepción alemana para la unión económica de la Europa central bajo dirección alemana, junto con similares proyectos de imperios continentales de los pangermanos alemanes, se trocó inmediatamente, cuando se apoderaron de ese movimiento los pangermanos austriacos, en una estructura encaminada a convertirse en «el centro de la vida alemana de toda la Tierra y que estaría aliada con los demás Estados germánicos»^[22].

Es evidente *per se* que las tendencias expansionistas del paneslavismo resultaban tan molestas al zar como lo eran para Bismarck las no solicitadas profesiones de lealtad al Reich y de deslealtad a Austria por parte de los pangermanos austriacos^[23]. Porque, por exaltados que puedan tornarse los sentimientos nacionales o ridículas las reivindicaciones nacionalistas en tiempos de emergencia, mientras que estén limitadas a un definido territorio nacional y controladas por el orgullo de una limitada Nación-Estado siguen hallándose dentro de unas lindes que el tribalismo de los pan-movimientos superó desde el primer momento.

Puede advertirse muy claramente la modernidad de los pan-movimientos a través de su posición enteramente nueva respecto del antisemitismo. Las minorías oprimidas, como los eslavos en Austria y los polacos en la Rusia zarista, en razón de sus conflictos con los respectivos Gobiernos, podían descubrir más probablemente las ocultas conexiones entre las comunidades judías y las Naciones-Estados europeas, y

ese descubrimiento podía conducir a una hostilidad más fundamental. Allí donde el antagonismo frente al Estado no era identificado con falta de patriotismo, como en Polonia, donde era un signo de lealtad polaca ser desleal al zar, o como en Austria, donde los germanos consideraban a Bismarck como su gran figura nacional, este antisemitismo asumió formas más violentas porque los judíos aparecieron entonces como agentes no sólo de una opresiva maquinaria estatal, sino de un opresor extranjero. Pero el papel fundamental del antisemitismo dentro de los pan-movimientos es tan escasamente explicado por la posición de las minorías como por las experiencias específicas que Schoenerer, el protagonista del pangermanismo austriaco, había tenido al comienzo de su carrera, cuando, miembro todavía del Partido Liberal, se enteró de las relaciones entre la monarquía de los Habsburgo y la dominación por parte de los Rothschild de la red ferroviaria austriaca^[24]. Ello por sí solo difícilmente le hubiera impulsado a declarar que «nosotros, los pangermanistas, consideramos el antisemitismo como el principal puntal de nuestra ideología nacional»^[25], ni algo similar hubiera podido inducir al escritor paneslavo ruso Rozanov a pretender que «no hay problema en la vida rusa en el que como un inciso no exista también la cuestión: ¿Cómo hacer frente al judío?»^[26].

La clave de la súbita aparición del antisemitismo como centro de toda una perspectiva de la vida y del mundo —a diferencia de su mero papel político en Francia durante el «affaire» Dreyfus o de su papel como instrumento de propaganda en el movimiento alemán de Stoecker— se halla en la naturaleza del tribalismo más que en los hechos y en las circunstancias políticos. El verdadero significado del antisemitismo de los pan-movimientos es que el odio hacia los judíos fue por vez primera aislado de toda experiencia real concerniente al pueblo judío, tanto política como social y económica, y siguió sólo la lógica peculiar de una ideología.

El nacionalismo tribal, la fuerza impulsora tras el imperialismo continental, tenía poco en común con el nacionalismo de la Nación-Estado occidental completamente evolucionada. La Nación-Estado, con su reivindicación de la representación popular y de la soberanía nacional, tal como se había desarrollado desde la Revolución Francesa y a lo largo del siglo XIX, era el resultado de la combinación de dos factores que en el siglo XVIII se hallaban todavía separados y que permanecieron separados en Rusia y en Austria-Hungría: la nacionalidad y el Estado. Las naciones entraban en la escena de la Historia y se emancipaban cuando los pueblos habían adquirido una conciencia de sí mismos como entidades culturales e históricas, y de su territorio como de un hogar permanente donde la Historia había dejado sus rastros visibles, cuyo cultivo era el producto del trabajo común de sus antepasados y cuyo futuro dependería del curso de una civilización común. Allí donde llegaron a la existencia las Naciones-Estados concluyeron las migraciones, mientras que, por otra parte, en las regiones de la Europa oriental y meridional fracasó el establecimiento de las

Naciones-Estados porque no pudieron recurrir a unas clases campesinas firmemente enraizadas^[27]. Sociológicamente, la Nación-Estado era el cuerpo político de las emancipadas clases campesinas europeas y ésta es la razón por la que los Estados nacionales pudieron mantener su posición permanente dentro de estos Estados sólo hasta finales del siglo pasado, es decir, sólo mientras que fueron verdaderamente representativos de la clase rural. «El Ejército —como Marx ha señalado— era el “punto de honor” con la asignación de tierras a los campesinos: era ellos mismos, ahora dueños de sí y defendiendo en el exterior su recientemente lograda propiedad... El uniforme era su traje nacional, la guerra era su poesía; la asignación de tierras era la patria, y el patriotismo se convirtió en la forma ideal de propiedad»^[28]. El nacionalismo occidental, que culminó en el reclutamiento general, fue el producto de las clases campesinas firmemente enraizadas y emancipadas.

Mientras que la conciencia de la nacionalidad constituye una evolución relativamente reciente, la estructura del Estado deriva de siglos de monarquía y de despotismo ilustrado. Tanto en la forma de una nueva República como en la de una reformada monarquía constitucional, el Estado heredó como su suprema función la protección de todos los habitantes de su territorio, fuera cual fuese su nacionalidad, y se estimaba que había de actuar como suprema institución legal. La tragedia de la Nación-Estado consistió en que la creciente conciencia nacional del pueblo chocó con estas funciones. En nombre de la voluntad del pueblo, el Estado se vio obligado a reconocer únicamente a los «nacionales» como ciudadanos, a otorgar completos derechos civiles y políticos sólo a aquellos que pertenecían a la comunidad nacional por derecho de origen y el hecho del nacimiento. Esto significó que el Estado pasó en parte de ser instrumento de la ley a ser instrumento de la nación.

La conquista del Estado por la nación^[29] fue considerablemente facilitada por la caída de la monarquía absoluta y el subsiguiente y nuevo desarrollo de las clases. Al monarca absoluto se le consideraba servidor de los intereses de la nación en conjunto, visible exponente y prueba de la existencia de semejante interés común. El despotismo ilustrado se basaba en la afirmación de Rohan: «Los reyes mandan a los pueblos, y los intereses mandan al rey»^[30]; con la abolición del rey y con la soberanía del pueblo, este interés común se hallaba en constante peligro de ser reemplazado por un conflicto permanente entre los intereses de las clases y la lucha por el control de la maquinaria del Estado, es decir, por una permanente guerra civil. El único nexo que subsistió entre los ciudadanos de una Nación-Estado sin un monarca que simbolizara su comunidad esencial, pareció ser el nacional, o sea, el origen común. De forma tal que en un siglo, en que cada clase y cada sector de la población se hallaban dominados por intereses de clase o de grupo, los intereses de la nación, en conjunto, estaban supuestamente garantizados por un origen común que sentimentalmente se expresaba a sí mismo en el nacionalismo.

El conflicto secreto entre el Estado y la nación surgió a la luz precisamente al nacer la moderna Nación-Estado, cuando la Revolución Francesa combinó la

Declaración de los Derechos del Hombre con la exigencia de la soberanía nacional. Los mismos derechos esenciales eran simultáneamente reivindicados como herencia inalienable de todos los seres humanos y como herencia específica de específicas naciones, la misma nación era simultáneamente declarada sujeta a las leyes que supuestamente fluirían de los Derechos del Hombre y soberana, es decir, no ligada por una ley universal y no reconocedora de nada que fuese superior sí misma^[31]. El resultado práctico de esta contradicción fue que, a partir de entonces, los derechos humanos fueron reconocidos y aplicados sólo como derechos nacionales y que la auténtica institución de un Estado, cuya suprema tarea consistía en proteger y garantizar a cada hombre sus derechos como hombre, como ciudadano y como nacional, perdió su apariencia legal y racional y pudo ser interpretado como nebuloso representante de un «alma nacional» a la que, por el mismo hecho de su existencia, se la suponía situada más allá o por encima de la ley. La soberanía nacional, en consecuencia, perdió su connotación original de libertad del pueblo y se vio rodeada de un aura pseudomística de arbitrariedad ilegal.

El nacionalismo es esencialmente la expresión de esta perversión del Estado en un instrumento de la nación y de la identificación del ciudadano con el miembro de la nación. La relación entre el Estado y la sociedad se hallaba determinada por el hecho de la lucha de clases que había suplantado al antiguo orden feudal. La sociedad estaba penetrada por el individualismo liberal, que consideraba erróneamente que el Estado dominaba sobre simples individuos cuando en realidad dominaba sobre clases y que vio en el Estado un tipo de individuo supremo ante el cual tenían que inclinarse todos los demás. Parecía ser voluntad de la nación que el Estado la protegiera de las consecuencias de su atomización social y que, al mismo tiempo, garantizara su posibilidad de seguir hallándose en un estado de atomización. Para equipararse a esta tarea, el Estado tenía que impulsar a todas las tendencias anteriores hacia la centralización; sólo una Administración fuertemente centralizada que monopolizara todos los instrumentos de violencia y las posibilidades del poder podría contrarrestar las fuerzas centrífugas constantemente producidas en una sociedad manejada por las clases. El nacionalismo, de esta manera, se convirtió en el precioso cemento que unía a un Estado centralizado y a una sociedad atomizada, y el que realmente demostró ser la única conexión activa entre los individuos de la Nación-Estado.

El nacionalismo siempre preservó la inicial e íntima lealtad hacia el Gobierno y jamás perdió su función de conservación de un precario equilibrio entre la nación y el Estado, por una parte; entre los nacionales de una sociedad atomizada, por otra. Los ciudadanos nativos de una Nación-Estado despreciaban frecuentemente a los ciudadanos nacionalizados que habían recibido sus derechos por ley y no por nacimiento, del Estado y no de la nación; pero jamás llegaron tan lejos como para proponer la distinción pangermana entre *Staatsfremde*, ajenos al Estado, y *Volksfremde*, ajenos a la nación, que había de ser más tarde incorporada a la legislación nazi. Mientras que el Estado, incluso en su forma pervertida, siguió siendo

una institución legal, el nacionalismo fue controlado por alguna ley, y mientras que surgió de la identificación de los nacionales con su territorio estuvo limitado por fronteras definidas.

Completamente diferente fue la primera reacción nacional de los pueblos en los que la nacionalidad no se había desarrollado aún más allá de la indiferenciación de la conciencia étnica, cuyas lenguas no habían superado la fase de dialecto, por la que pasaron todos los idiomas europeos antes de hallarse capacitadas para fines literarios, cuyas clases campesinas no habían echado raíces profundas en el campo ni se hallaban al borde de la emancipación, para las cuales, en consecuencia, su cualidad nacional parecía ser mucho más un asunto particular y móvil, inherente a su verdadera personalidad, que una cuestión de atención pública y de civilización^[32]. Si querían equipararse con el orgullo nacional de las naciones occidentales no tenían país, ni Estado, ni logros históricos, que exhibir, sino que sólo podían señalarse a sí mismas, y esto significaba, en el mejor de los casos, señalar a su lengua, como si el lenguaje en sí fuese ya un logro. En el peor de los casos señalaban a su alma esclava o germana o Dios sabe qué. En un siglo que supuso ingenuamente que todos los pueblos eran virtualmente naciones, apenas quedó nada para los pueblos oprimidos de Austria-Hungría, la Rusia zarista o los países balcánicos, donde no existían condiciones para la realización de la trinidad nacional occidental de pueblo-territorio-Estado, donde las fronteras habían cambiado durante muchos siglos y las poblaciones se habían encontrado en una fase de migración continua más o menos intensa. Existían masas que no tenían ni la más ligera idea del significado de la *patria* y del patriotismo, ni la más vaga noción de la responsabilidad por una comunidad corriente y limitada. Esto era lo malo del «cinturón de poblaciones mixtas» (Macartney) que se extendía del Báltico al Adriático y que halló su más clara expresión en la Monarquía Dual.

El nacionalismo tribal surgió de esta atmósfera de desarraigo. Se extendió ampliamente no sólo entre los pueblos de Austria-Hungría, sino también, aunque a un nivel más elevado, entre los miembros de la infortunada *intelligentsia* de la Rusia zarista. El desarraigo fue la verdadera fuente de esa «ensanchada conciencia tribal», que significaba realmente que los miembros de estos pueblos no tenían un hogar definido, sino que se sentían como en su casa allí donde vivieran otros miembros de su «tribu». «Nuestra distinción —dijo Schoenerer— estriba... en que no gravitamos hacia Viena, sino que gravitamos hacia cualquier lugar donde resulte que viven alemanes»^[33]. La característica de los pan-movimientos consistió en que nunca trataron de lograr una emancipación nacional, sino que, inmediatamente, en sus sueños de expansión, superaron los estrechos límites de una comunidad nacional y proclamaron una comunidad popular que seguiría siendo un factor político aunque sus miembros estuviesen dispersos por toda la Tierra. De forma similar, y en contraste con los verdaderos movimientos de liberación nacional de los pueblos pequeños, que siempre comenzaron con una exploración del pasado nacional, no

dejaron de tener en cuenta a la Historia, pero proyectaron las bases de su comunidad en un futuro hacia el que se suponía que marchaba el movimiento.

El nacionalismo tribal, extendiéndose a través de todas las nacionalidades oprimidas de la Europa oriental y meridional, se desarrolló en una nueva forma de organización, los pan-movimientos, entre aquellos pueblos que combinaban algún tipo de país nacional doméstico, Alemania y Rusia, con una amplia y dispersa masa irredenta de alemanes y de eslavos en el exterior^[34]. En contraste con el imperialismo ultramarino, que se contentaba con una relativa superioridad, con una misión nacional o con la carga del hombre blanco, los pan-movimientos se iniciaron con una absoluta reivindicación de su condición de elegidos. El nacionalismo ha sido frecuentemente descrito como un sucedáneo emocional de la religión, pero sólo el tribalismo de los pan-movimientos ofreció una nueva teoría religiosa y un nuevo concepto de la santidad. No fue la función religiosa del zar y su posición en la Iglesia griega la que condujo a los paneslavos rusos a la afirmación de la naturaleza cristiana del pueblo ruso, de su existencia, según Dostoievsky, como el «Cristóforo entre las naciones», el que lleva a Dios directamente a los asuntos de este mundo^[35]. Los paneslavos abandonaron sus primitivas tendencias liberales y, pese a su oposición al Gobierno y ocasionalmente incluso a las persecuciones, se trocaron en firmes defensores de la Santa Rusia en razón de sus reivindicaciones de ser «el pueblo verdaderamente divino de los tiempos modernos».^[36]

Los pangermanos austríacos formularon reivindicaciones semejantes de su calidad de elegidos divinos, aunque ellos, con un similar pasado liberal, siguieron siendo liberales y se tornaron anticristianos. Cuando Hitler, autodeclarado discípulo de Schoenerer, declaró durante la última guerra: «Dios Todopoderoso ha hecho a nuestra nación. Estamos defendiendo Su obra, defendiendo la existencia de ésta»^[37], la réplica del otro lado, de un seguidor del paneslavismo era verdaderamente fiel al tipo: «Los monstruos alemanes no son nuestros enemigos, sino los enemigos de Dios»^[38]. Estas formulaciones recientes no nacieron de las necesidades propagandísticas del momento, y este tipo de fanatismo no constituye simplemente un abuso del lenguaje religioso; tras él descansa una verdadera teología que proporcionó su ímpetu a los primeros pan-movimientos y que tuvo una considerable influencia en el desarrollo de los modernos movimientos totalitarios.

Los pan-movimientos predicaban el origen divino del propio pueblo contra la creencia judeo-cristiana en el origen divino del hombre. Según ellos, el hombre, perteneciendo inevitablemente a algún pueblo, recibía su origen divino sólo indirectamente a través de su pertenencia a un pueblo. El individuo, por eso, poseía su valor divino sólo mientras que perteneciera al pueblo que estaba diferenciado por su origen divino. Y quedaba desposeído de semejante valor allí donde decidía cambiar de nacionalidad, en cuyo caso cortaba todos los lazos a través de los cuales estaba dotado de un origen divino y era como si quedara sumido en un desamparo metafísico. La ventaja política de este concepto era doble. Hacía de la nacionalidad

una cualidad permanente que ya no podía ser afectada por la Historia, sea lo que le sucediere a un determinado pueblo —emigración, conquista, dispersión. De impacto más inmediato resulta, empero, el hecho de que, en absoluto contraste con el origen divino del propio pueblo y todos los demás pueblos, desaparecían todas las diferencias entre los miembros individuales del pueblo, tanto sociales como económicas o psicológicas. El origen divino transformaba al pueblo en una masa «elegida» y uniforme de arrogantes robots^[39].

La falsedad de esta doctrina es tan conspicua como su utilidad política. Dios no creó ni a los hombres —cuyo origen es claramente la procreación—ni a los pueblos, que llegaron a la existencia como resultado de la organización humana. Los hombres son desiguales según su origen natural, sus diferentes organizaciones y su destino en la Historia. Su igualdad lo es solamente de derechos, es decir, de finalidad humana; pero tras esta igualdad de finalidad humana existe, según la tradición judeo-cristiana, otra igualdad, expresada en el concepto de un origen común más allá de la Historia humana, de la naturaleza humana y de la finalidad humana —el origen común en el Hombre mítico e inidentificable que es solamente creación de Dios. Este origen es el concepto metafórico en el que puede hallarse basada la igualdad política de la finalidad de establecer la Humanidad en la Tierra. El positivismo y el progresismo del siglo XIX pervirtieron esta finalidad humana cuando trataron de demostrar lo que no puede demostrarse, es decir, que los hombres son iguales por naturaleza y que sólo difieren por la Historia y las circunstancias, de forma tal que pueden sentirse iguales no por los derechos, sino por las circunstancias y la educación. El nacionalismo y su idea de una «misión nacional» pervirtieron el concepto nacional de la Humanidad como una familia de naciones en una estructura jerárquica en donde las diferencias históricas y de organización fueron erróneamente interpretadas como diferencias entre los hombres y que residían en el origen natural de éstos. El racismo, que negaba el origen común del hombre y repudiaba la finalidad común de establecer a la Humanidad, introdujo el concepto del origen divino de un pueblo en contraste con todos los demás, cubriendo así el producto temporal y cambiante del esfuerzo humano con una nube seudomística de eternidad y de finalidades divinas.

Esta finalidad es la que opera como denominador común entre la filosofía de los pan-movimientos y los conceptos raciales y explica en términos teóricos su inherente afinidad. Políticamente, no es importante el hecho de que se considere a Dios o a la Naturaleza como origen de un pueblo; en ambos casos, sea como fuere exaltada la reivindicación del pueblo propio, los pueblos son transformados en especies animales, de tal manera que un ruso resulta tan diferente de un alemán como lo es un lobo respecto de un zorro. Un «pueblo divino» vive en un mundo en el que es el perseguidor nato de todas las especies más débiles o la víctima nata de todas las especies más fuertes. Sólo las reglas del reino animal pueden aplicarse posiblemente a sus destinos políticos.

El tribalismo de los pan-movimientos con su concepto del «origen divino» de un

pueblo debió parte de su gran atractivo a su desprecio por el individualismo liberal^[40], el ideal de Humanidad y la dignidad del hombre. No queda dignidad humana alguna si el individuo debe su valía sólo al hecho de que haya nacido alemán o ruso; pero existe, en su lugar, una nueva coherencia, un sentido de apoyo mutuo entre todos los miembros del pueblo que es, desde luego, muy capaz de calmar las legítimas aprensiones de los hombres modernos respecto de lo que puede sucederles si, como individuos aislados en una atomizada sociedad, no estuvieran protegidos por el puro número y por una coherencia uniformemente exigida. De forma similar, el «cinturón de poblaciones mixtas», más expuesto que otros sectores de Europa a las tormentas de la Historia y menos enraizados en la tradición occidental, sintió antes que otros pueblos europeos el terror al ideal de la Humanidad y a la fe judeo-cristiana en el origen común del hombre. No albergaba ilusión alguna acerca del «buen salvaje» porque sabía algo de las potencialidades del mal sin necesidad de investigar en las costumbres de los caníbales. Cuanto más saben los pueblos acerca de otros, menos desean reconocerles como sus iguales y más retroceden ante el ideal de la Humanidad.

El atractivo del aislamiento tribal y las ambiciones de la raza de señores eran parcialmente debidos a un instintivo sentimiento de que la Humanidad, tanto como ideal religioso y tanto como ideal humanista, implica una coparticipación de responsabilidad^[41]. La reducción de las distancias geográficas hizo que esta coparticipación cobrara una actualidad política de primer orden^[42]. También convirtió en cosa del pasado a todas las especulaciones idealistas acerca de la Humanidad y de la dignidad del hombre, simplemente porque todas estas elevadas y ensoñadoras nociones, con sus tradiciones honradas por el tiempo, asumieron de repente una aterradora oportunidad. Incluso la insistencia en la depravación de los hombres, ausente desde luego de la fraseología de los protagonistas liberales de la «Humanidad», no basta en manera alguna para una comprensión del hecho —que comprendió muy bien la gente— de que la idea de Humanidad, privada de todo sentimentalismo, tenía la muy seria consecuencia de que, de una forma o de otra, los hombres habían de asumir la responsabilidad por todos los crímenes cometidos por los hombres y de que, eventualmente, todas las naciones se verían obligadas a responder de los daños producidos por todas las demás.

El tribalismo y el racismo son unos medios muy realistas, aunque muy destructivos, de escapar a este compromiso de la responsabilidad común. Su desarraigamiento metafísico, que tan bien se equiparaba con el desarraigamiento territorial de las nacionalidades a las que primeramente captaron, se acomodaba igualmente muy bien a las necesidades de las cambiantes masas de las ciudades modernas, y por eso fueron inmediatamente captados por el totalitarismo. Incluso la fanática adopción por los bolcheviques de la más antinacional de las doctrinas, el marxismo, fue contrarrestada y la propaganda paneslavista se reintrodujo en la Unión Soviética en razón del valor aislante de esas teorías en sí mismas^[43].

Es cierto que el sistema de dominación en Austria-Hungría y en la Rusia zarista sirvió como una verdadera educación en nacionalismo tribal, basado como se hallaba en la opresión de las nacionalidades. En Rusia esta opresión era monopolio exclusivo de la burocracia, que también oprimía al pueblo ruso, con el resultado de que sólo la *intelligentsia* rusa llegó a ser paneslavista. La Monarquía Dual, por el contrario, dominaba a las agitadas nacionalidades, proporcionándoles simplemente libertad bastante para oprimir a otras nacionalidades, con el resultado de que éstas se convirtieron en auténtica masa básica para las ideologías de los pan-movimientos. El secreto de la supervivencia de la casa de Habsburgo en el siglo XIX descansa en el cuidadoso equilibrio y en el apoyo a una maquinaria supranacional a través del antagonismo mutuo y la explotación de los checos por los germanos, de los eslovacos por los húngaros, de los rutenos por los polacos, etc. Porque para todos ellos quedaba sobreentendido que uno podía lograr la nacionalidad a expensas de las de los demás y que uno se privaría gustosamente de la libertad si la opresión procedía del propio Gobierno nacional.

Los dos pan-movimientos se desarrollaron sin ayuda alguna de los Gobiernos ruso y alemán. Esto no impidió a sus seguidores austríacos incurrir en las delicias de la alta traición contra el Gobierno austríaco. Fue esta posibilidad de educar a las masas en el espíritu de la alta traición la que facilitó a los pan-movimientos austríacos el notable apoyo popular de que siempre carecieron en Alemania y en Rusia. Era mucho más fácil persuadir al trabajador alemán para que atacara a la burguesía alemana que convencerle de que atacara a su propio Gobierno, como resultaba más fácil en Rusia «levantar a los campesinos contra los propietarios rurales más que contra el zar»^[44]. La diferencia entre las actitudes de los obreros alemanes y de los campesinos rusos era seguramente tremenda; los primeros consideraban a un monarca no demasiado amado como el símbolo de la unidad nacional, y los últimos consideraban al jefe de su Gobierno como el verdadero representante de Dios en la Tierra. Estas diferencias, sin embargo, importaban menos que el hecho de que ni en Rusia ni en Alemania era el Gobierno tan débil como en Austria, y que ni la autoridad de los dos primeros Gobiernos había caído en descrédito tal como para que los pan-movimientos pudieran capitalizar políticamente la agitación revolucionaria. Sólo en Austria halló el ímpetu revolucionario su escape nacional en los pan-movimientos. El recurso (no muy suficientemente explotado) de *divide et impera* apenas consiguió disminuir las tendencias centrífugas de los sentimientos nacionales, pero logró muy bien inducir complejos de superioridad y un general talante de deslealtad.

La hostilidad hacia el Estado como institución fluía a través de todas las teorías de los pan-movimientos. La oposición de los eslavófilos al Estado ha sido certeramente descrita como «por completo diferente de todo lo que puede hallarse en el sistema del nacionalismo oficial»^[45]. El Estado; por su verdadera naturaleza, era

considerado extraño al pueblo. Y resultaba que se consideraba que la superioridad eslava se basaba en la indiferencia del pueblo ruso hacia el Estado, en su posición como un *corpus separatum* de su propio Gobierno. A esto es a lo que se referían los eslavófilos cuando denominaban a los rusos «un pueblo sin Estado», lo que hizo posible la reconciliación de estos «liberales» con el despotismo; se hallaba de acuerdo con la exigencia del despotismo el hecho de que el pueblo no se «inmiscuyera en el poder del Estado», es decir, con el absolutismo de ese poder^[46]. Los pangermanistas, que eran políticamente más diferenciados, siempre insistieron en la prioridad del interés nacional sobre el del Estado y afirmaban habitualmente^[47] que la política mundial trasciende el marco del Estado, que el único factor permanente en el curso de la Historia era el pueblo y no los Estados, y que por eso las necesidades nacionales, cambiantes con las circunstancias, deberían determinar en cualquier momento los actos políticos del Estado^[48]. Pero lo que en Alemania y Rusia siguió siendo exclusivamente hasta finales de la primera guerra mundial una serie de retumbantes frases, tuvo un aspecto suficientemente real en la Monarquía Dual, cuya decadencia generó un permanente y rencoroso desprecio hacia el Gobierno.

Sería un error suponer que los dirigentes de los pan-movimientos eran reaccionarios o «contrarrevolucionarios». Aunque, por regla general, no estaban demasiado interesados en las cuestiones sociales, jamás cometieron el error de alinearse con la explotación capitalista, y la mayoría de ellos había pertenecido, y unos pocos siguieron perteneciendo, a los partidos liberales y progresistas. Es completamente cierto, en un sentido, que la liga pangermanista «encarnó un intento real de control popular de los asuntos exteriores. Creía firmemente en la eficiencia de una opinión pública fuertemente mentalizada en cuestiones nacionales... y en la iniciación de una política nacional a través de la fuerza de la exigencia popular»^[49]. Pero el populacho, organizado en los pan-movimientos e inspirado en las ideologías raciales, no era en absoluto el mismo pueblo cuyas acciones revolucionarias habían conducido al Gobierno constitucional y cuyos verdaderos representantes en aquella época sólo podían hallarse en los movimientos obreros que con su «ensanchada conciencia tribal» y su conspicua falta de patriotismo se parecían mucho más a una «raza».

El paneslavismo, en contraste con el pangermanismo, fue formado e impregnado por toda la *intelligentsia* rusa. Mucho menos desarrollado en su organización y mucho menos consistente en sus programas políticos, mantuvo por un espacio de tiempo notablemente largo un elevado nivel de complejidad literaria y de especulación filosófica. Mientras que Rozanov especulaba sobre las misteriosas diferencias entre la potencia sexual de los judíos y la de los cristianos y llegaba a la sorprendente conclusión de que los judíos estaban «unidos por esa potencia y los cristianos se hallaban separados por ella»^[50], el líder de los pangermanistas austríacos descubría alegremente medios «para atraer el interés del hombre de la calle mediante canciones propagandísticas, tarjetas postales, jarros de cerveza con la efigie de

Schoenerer, bastones y cerillas»^[51]. Pero, eventualmente, los paneslavos desecharon también^[52] a «Schelling y a Hegel y recurrieron a las ciencias naturales en busca de munición teórica».

El pangermanismo, fundado por un solo hombre, Georg von Schoenerer, y apoyado principalmente por los estudiantes germano-austríacos, empleó desde el comienzo un lenguaje sorprendentemente vulgar, destinado a atraer a estratos sociales mucho más amplios y diferentes. Schoenerer fue también, consecuentemente, «el primero en percibir las posibilidades del antisemitismo como instrumento para forzar la dirección de la política exterior y para quebrar... la estructura interna del Estado»^[53]. Son obvias algunas de las razones para la elección del pueblo judío con esta finalidad: su posición muy prominente con respecto a la monarquía de los Habsburgo, junto con el hecho de que en un país multinacional eran más fácilmente reconocidos como una nacionalidad separada que en las Naciones-Estados, cuyos ciudadanos, al menos en teoría, eran de un origen más homogéneo. Todo esto, empero, aunque explica ciertamente la violencia del tipo austríaco de antisemitismo y evidencia qué astuto político fue Schoenerer al explotar el tema, no nos ayuda a comprender el papel ideológico central del antisemitismo en ambos pan-movimientos.

La «ensanchada conciencia tribal» como motor emocional de los pan-movimientos fue completamente desarrollada antes de que el antisemitismo se convirtiera en su tema central y centralizarte. El paneslavismo, con una más larga y respetable historia de especulación filosófica y una más conspicua ineficacia política, se hizo antisemita sólo en las últimas décadas del siglo XIX. Schoenerer, el pangermanista, había proclamado abiertamente su hostilidad hacia las instituciones del Estado cuando muchos judíos todavía eran miembros de su partido^[54]. En Alemania, donde el movimiento de Stoecker había demostrado la utilidad del antisemitismo como arma política propagandística, la liga pangermanista comenzó con una cierta tendencia antisemita, pero hasta 1918 no llegó tan lejos como para excluir de sus filas a los judíos^[55]. La antipatía ocasional de los esclavófilos hacia los judíos se trocó en antisemitismo en toda la *intelligentsia* rusa cuando, tras el asesinato del zar en 1881, una oleada de pogromos organizados por el Gobierno desplazó la cuestión judía hacia el foco de la atención pública.

Schoenerer, que descubrió por la misma época el antisemitismo, tuvo conciencia de sus posibilidades probablemente casi por accidente: como lo que él deseaba por encima de todo era destruir el imperio de los Habsburgo, no le fue difícil calcular el efecto que tendría la exclusión de una nacionalidad de la estructura de un Estado que descansaba en una multitud de nacionalidades. Toda la fábrica de esta constitución peculiar, el precario equilibrio de su burocracia, quedarían conmovidos si la opresión moderada, bajo la que todas las nacionalidades disfrutaban de una cierta dosis de

igualdad, quedara minada por movimientos populares. Pero este objetivo hubiera podido ser igualmente logrado por el furioso odio de los pangermanistas hacia las nacionalidades eslavas, un odio que había quedado bien afirmado mucho antes de que el movimiento se hiciera antisemita y que había sido aprobado por sus afiliados judíos.

Lo que hizo al antisemitismo de los pan-movimientos tan eficaz como para llegar a sobrevivir al declive general de la propaganda antisemita durante la engañosa tranquilidad que precedió al estallido de la primera guerra mundial fue su fusión con el nacionalismo tribal de la Europa oriental. Porque allí existía una inherente afinidad entre las teorías de los pan-movimientos acerca de los pueblos y la desarraigada existencia del pueblo judío. Parecía que los judíos constituían el único ejemplo perfecto de un pueblo en el sentido tribal, que su organización era el modelo que los pan-movimientos deseaban emular, que su supervivencia y su supuesto poder eran la mejor prueba de la veracidad de las teorías raciales.

Si otras nacionalidades de la Monarquía Dual sólo se hallaban débilmente enraizadas en el suelo y poseían un escaso sentido del significado de un territorio común, los judíos eran el ejemplo de un pueblo que, sin ningún hogar, habían sido capaces de conservar su identidad a través de los siglos y que por eso podían ser citados como prueba de que no se precisaba de un territorio para constituir una nacionalidad^[56]. Si los pan-movimientos insistieron en la importancia secundaria del Estado y la importancia radical del pueblo, organizado a través de los países y no necesariamente representado en instituciones visibles, los judíos eran un perfecto modelo de una nación sin un Estado y sin instituciones visibles^[57]. Si las nacionalidades tribales se señalaban a sí mismas como centro de su orgullo tribal, al margen de logros históricos y de una relación con acontecimientos históricos; si creían que alguna misteriosa cualidad inherente psicológica o física les convertía en la encarnación, no de Alemania, sino del germanismo, no de Rusia, sino del alma rusa, de alguna forma conocían, aunque no supieran exactamente cómo expresarlo, que la judeidad de los judíos asimilados era exactamente el mismo tipo de encarnación personal e individual del judaísmo, y que el orgullo peculiar de los judíos secularizados, que no habían renunciado a la reivindicación de pueblo elegido, significaba realmente que creían que eran diferentes y mejores tan sólo porque resultaba que habían nacido judíos, al margen de los logros y las tradiciones judíos.

Es suficientemente cierto que esta actitud judía, es decir, este tipo judío de nacionalismo tribal, había sido resultado de la posición anormal de los judíos en los Estados modernos, fuera de las lindes de la sociedad y de la nación. Pero la posición de estos cambiantes grupos étnicos, que se tornaron conscientes de su nacionalidad sólo a través del ejemplo de otras naciones —las occidentales—, y más tarde la posición de las masas desarraigadas de las grandes ciudades a las que tan eficazmente movilizó el racismo, fue en muchos aspectos muy similar. Se hallaban demasiado al margen de las fronteras de la sociedad y estaban también demasiado al margen del

cuerpo político de la Nación-Estado, que parecía ser la única organización política satisfactoria de los pueblos. En los judíos advirtieron inmediatamente a sus más afortunados y felices competidores, porque, tal como ellos lo veían, los judíos habían hallado una manera de constituir una sociedad propia que, precisamente porque carecía de una representación visible y de un escape político normal, podía convertirse en un sustitutivo de la nación.

Pero lo que empujó a los judíos hasta el centro de estas ideologías raciales más que cualquier otra cosa fue el hecho aún más obvio de que la reivindicación de los pan-movimientos a su calidad de elegidos sólo podía chocar seriamente con la reivindicación judía. No importaba que el concepto judío nada tuviera en común con las teorías tribales acerca del origen divino del propio pueblo de uno. Al populacho no le preocupaban tales primores de precisión histórica y era apenas consciente de la diferencia de una misión histórica judía para el logro del establecimiento de la Humanidad y su propia «misión» de dominar a todos los demás pueblos de la Tierra. Pero los dirigentes de los pan-movimientos sabían muy bien que los judíos habían dividido al mundo, exactamente como ellos, en dos mitades: ellos mismos y todos los demás^[58]. En esta dicotomía los judíos aparecían de nuevo como los competidores más afortunados que habían heredado algo, eran diferenciados por la posesión de algo que los gentiles tenían que construir con su propio esfuerzo^[59].

Es un lugar común, no más verdadero por mucho que se repita, que el antisemitismo es solamente una forma de envidia. Pero en relación con la calidad de elegidos de los judíos es suficientemente cierto. Allí donde los pueblos se han hallado separados de la acción y de los logros, allí donde estos lazos naturales con el mundo corriente se han roto o no han llegado a existir por una razón u otra, se han mostrado inclinados a volverse hacia sí mismos en su propia y desnuda dotación y a reivindicar la divinidad y una misión de redención de todo el mundo. Cuando esto sucede en la civilización occidental, tales pueblos hallan invariablemente en su camino la antigua reivindicación de los judíos. Esto es lo que los portavoces de los pan-movimientos advirtieron, y por esto es por lo que permanecieron despreocupados ante esta pregunta realista: ¿Son tan importantes los judíos en número y poder como para hacer del odio a los judíos el eje de una ideología? Como su propio orgullo nacional era independiente de todos los logros, así su odio a los judíos se había emancipado de todas las hazañas y fechorías específicas de los judíos. En esto coincidían completamente los pan-movimientos, aunque ninguno supiera cómo utilizar ese eje ideológico para fines de organización política.

El retraso entre la formulación de la ideología de los pan-movimientos y la posibilidad de su seria aplicación política se pone de relieve en el hecho de que «Los Protocolos de los Sabios de Sión» —elaborados hacia 1900 por agentes de la policía secreta rusa en París por indicación de Pobyedonostzev, consejero político de Nicolás II y que fue el único paneslavista que llegó a alcanzar una posición influyente— siguieron siendo un folleto medio olvidado hasta 1919, cuando comenzó su verdadero

desfile triunfal a través de todos los países y lenguas europeos^[60]. Unos treinta años después su tirada era sólo inferior a la de *Mein Kampf*, de Hitler. Ni quienes lo concibieron ni quienes lo encargaron supieron que llegaría un tiempo en que la policía sería la institución central de una sociedad y todo el poder de un país organizado según los supuestos principios judíos de los Protocolos. Quizá fue Stalin el primero en descubrir todas las potencialidades de dominio que poseía la policía; fue ciertamente Hitler quien, más astuto que Schoenerer, su padre espiritual, supo cómo utilizar el principio jerárquico del racismo, cómo explotar la afirmación antisemita de la existencia de un pueblo «peor» para organizar adecuadamente al «mejor» y a todos los conquistados y oprimidos entre ambos, cómo generalizar el complejo de superioridad de los pan-movimientos de forma tal que cada pueblo, con la necesaria excepción de los judíos, pudiera despreciar al que era aún peor que él mismo.

Aparentemente, se necesitaban unas pocas décadas más de caos oculto y de abierta desesperación antes de que amplios estratos del pueblo admitieran alegremente que iban a lograr lo que, tal como ellos creían, sólo los judíos, con su innato satanismo, habían sido capaces de conseguir hasta entonces. Los jefes del movimiento, en cualquier caso, aunque desde luego vagamente conscientes de la cuestión social, se mostraron parciales en su insistencia sobre la política exterior. Por eso fueron incapaces de ver que el antisemitismo podía formar el nexo necesario que conectara los métodos domésticos con los exteriores; no sabían todavía cómo establecer su «comunidad popular», es decir, la horda completamente desarraigada y racialmente adoctrinada.

El hecho de que el fanatismo de los pan-movimientos se concentrara sobre los judíos como centro ideológico, lo que constituyó el comienzo del fin de la judería europea, constituye uno de los más trágicos y amargos desquites que la Historia se haya tomado nunca. Porque, desde luego, hay algo de verdad en las afirmaciones «ilustradas» desde Voltaire a Renan y Taine de que el concepto judío de pueblo elegido, su identificación de la religión y de la nacionalidad, su reivindicación de una posición absoluta en la Historia y de una relación singular con Dios, aportó a la civilización occidental un elemento de fanatismo de otra forma desconocido (heredado por el cristianismo con su reivindicación de su posesión exclusiva de la Verdad), por una parte y por el otro, un elemento de orgullo que se hallaba peligrosamente próximo a su perversión racial^[61]. Políticamente carecía de consecuencia el hecho de que el judaísmo y una intacta piedad judía, siempre estuvieran notablemente libres y fueran incluso hostiles a la herética inmanencia de lo divino.

Porque el nacionalismo tribal es la perversión precisa de una religión que hace a Dios escoger a una nación, a la propia; sólo porque este antiguo mito, unido al único pueblo superviviente de la antigüedad, había echado profundas raíces en la civilización occidental pudo el moderno líder del populacho, con una cierta dosis de

plausibilidad, llegar a la desfachatez de arrastrar a Dios a los pequeños conflictos entre pueblos y de pedir Su asentimiento a una elección que el líder había ya manipulado a su antojo^[62]. El odio de los racistas contra los judíos surgió de una aprensión supersticiosa de que pudieran ser los judíos y no ellos mismos a los que Dios hubiera elegido, aquellos a quienes estaba reservado el éxito por la Divina Providencia. Existía un elemento de resentimiento imbécil contra un pueblo del que se temía que había recibido una garantía racionalmente incomprensible de que eventualmente emergería, a pesar de todas las apariencias, como el vencedor final de la historia del mundo.

Porque para la mentalidad del populacho el concepto judío de una misión divina para traer el reino de Dios sólo podía aparecer en los términos vulgares del éxito y del fracaso. El temor y el odio eran nutridos y en cierto modo racionalizados por el hecho de que el cristianismo, una religión de origen judío, había conquistado ya a la Humanidad occidental. Guiados por su propia y ridícula superstición, los dirigentes de los pan-movimientos encontraron ese pequeño diente oculto en los mecanismos de la piedad judía que hacía posibles una inversión y una perversión tan completas, de forma tal que la calidad de elegido ya no fue el mito para una definitiva realización del ideal de la Humanidad común —sino para su destrucción final.

2. EL PATRIMONIO DE LA ILEGALIDAD

El abierto desprecio por la ley y por las instituciones legales y la justificación ideológica de la ilegalidad han sido mucho más característicos del imperialismo continental que del ultramarino. Esto es parcialmente debido al hecho de que el imperialismo continental carecía de la distancia geográfica para separar la ilegalidad de su dominación en países extranjeros de la legalidad de las instituciones en los países propios. De igual importancia es el hecho de que los pan-movimientos se originaron en países que nunca habían conocido el Gobierno constitucional, de forma tal que sus dirigentes concibieron naturalmente al Gobierno y al poder en términos de decisiones arbitrarias emanadas de lo alto.

El desprecio por la ley se tornó característico de todos los movimientos. Aunque más completamente diferenciado en el paneslavismo que en el pangermanismo, reflejó las condiciones del gobierno de entonces tanto en Rusia como en Austria-Hungría. Describir estos dos despotismos, los únicos que restaban en Europa al estallar la primera guerra mundial, en términos de Estados multinacionales, es esbozar tan sólo una parte de la imagen. Tanto como por su dominación sobre territorios multinacionales, se distinguían de los demás Gobiernos en que gobernaban directamente a los pueblos (y no sólo les explotaban) mediante una burocracia. Los partidos desempeñaban funciones insignificantes, y los Parlamentos carecían de funciones legislativas; el Estado gobernaba a través de una Administración que

aplicaba decretos. El significado del Parlamento para la Monarquía Dual era poco más que el de una no muy brillante sociedad de debates. En Rusia, tanto como en la Austria de la preguerra, apenas podía hallarse una seria oposición al margen de la ejercida por grupos exteriores que sabían que su penetración en el sistema parlamentario sólo les privaría de la atención y del apoyo populares.

Legalmente, el Gobierno por la burocracia es el Gobierno por decreto, y esto significa que el poder, que en el Gobierno constitucional sólo exige el cumplimiento de la ley, se convierte en fuente directa de toda la legislación. Los decretos, además, permanecen anónimos (mientras que en las leyes cabe siempre remontarse a hombres o a asambleas específicos), y por eso parecen proceder de un poder que domina a todos y que no necesita, justificación. El desprecio de Pobyedonostzev por las «trampas» de la ley era el eterno desprecio del administrador por la supuesta falta de libertad del legislador, que se ve limitado por principios y por la inacción de los ejecutores de la ley, que quedan frenados por su interpretación. El burócrata, que administrando simplemente decretos experimenta la ilusión de la acción constante, se siente tremendamente superior a estas personas «no prácticas» que están por siempre enredadas en las «nimiedades legales» y que por eso permanecen fuera de la esfera del poder, que para él es la fuente de todo.

El administrador considera a la ley impotente porque por definición está al margen de su aplicación. El decreto, por otra parte, no existe en absoluto excepto si y cuando es aplicado; no necesita justificación excepto la aplicabilidad. Es cierto que los decretos son utilizados por todos los Gobiernos en tiempos de emergencia, pero entonces la emergencia en sí misma es una clara justificación y una limitación automática. En los Gobiernos por la burocracia los decretos aparecen en su pura desnudez como si ya no fuesen dictados por hombres poderosos, sino que constituyeran la encarnación del poder mismo y el administrador fuera exclusivamente su agente accidental. No hay principios generales que la simple razón pueda comprender tras el decreto, sino circunstancias siempre cambiantes que sólo un experto puede conocer detalladamente. Los pueblos gobernados por decreto nunca conocen quién les gobierna en razón de la imposibilidad de comprender los decretos en sí mismos y la ignorancia cuidadosamente organizada de las circunstancias específicas y de su significado práctico en la que todos los administradores mantienen a sus súbditos. El imperialismo colonial, que también regía por decreto y llegó incluso a veces a ser definido como el *régime des décrets*^[62a], era ya suficientemente peligroso; pero el simple hecho de que los administradores de las poblaciones nativas fueran importados y se consideraran usurpadores mitigó su influencia sobre los pueblos sometidos. Sólo donde, como en Rusia y en Austria, los gobernantes nativos y una burocracia nativa fueran aceptados como el Gobierno legítimo, pudo la dominación por decreto crear la atmósfera de arbitrariedad y sigilo que ocultó efectivamente su simple oportunismo.

La dominación por decreto presenta señaladas ventajas para el dominio de

territorios diseminados, con poblaciones heterogéneas y dentro de una política de opresión. Su eficiencia es superior simplemente porque ignora todas las fases intermedias entre la formulación y la aplicación y porque impide el razonamiento político del pueblo, retirándole toda la información. Puede fácilmente superar la variedad de costumbres locales y no precisa apoyarse en el proceso necesariamente lento de desarrollo de la ley general. Resulta de gran ayuda en el establecimiento de una administración centralizada, porque se impone automáticamente a todas las cuestiones de autonomía local. Si el dominio mediante buenas leyes ha sido a veces denominado el dominio de la sabiduría, el dominio mediante los decretos oportunos puede ser certeramente denominado el dominio de la destreza. Porque es diestro tener en cuenta motivos y objetivos ulteriores y es sabio comprender y crear por deducción de los principios generalmente aceptados.

El Gobierno mediante la burocracia ha de distinguirse del mero desarrollo y deformación de la Administración civil que frecuentemente acompañó al declive de la Nación-Estado, tal como sucedió especialmente en Francia. Allí la Administración había sobrevivido desde la Revolución a todos los cambios de régimen, se había atrincherado como un parásito en el cuerpo político, había desarrollado sus propios intereses de clase y convertido en un organismo inútil cuyo único objetivo resultaba ser el embrollo y la prevención de todo desarrollo económico y político normales. Existen, desde luego, muchas semejanzas superficiales entre los dos tipos de burocracia, especialmente si se otorga demasiada atención a la sorprendente semejanza psicológica de los pequeños funcionarios de uno y otro. Pero si el pueblo francés llegó a cometer el muy serio error de aceptar a su Administración como un mal necesario, jamás cometió el fatal error de permitirle que dominara el país, aunque las consecuencias fueran que no gobernara nadie. La atmósfera francesa de gobierno se cargó de ineficiencias y vejaciones, pero nunca creó un aura de seudomisticismo.

Y este seudomisticismo es el sello de la burocracia cuando se convierte en forma de gobierno. Como el pueblo al que domina nunca sabe realmente por qué está sucediendo algo y no existe una interpretación racional de las leyes, sólo resta algo que cuenta, el hecho brutal y desnudo en si mismo. Lo que le sucede a uno se convierte en tema de una interpretación cuyas posibilidades son inacabables, no limitadas por la razón ni frenadas por el conocimiento. Dentro del marco de esta inacabable especulación interpretativa, tan característica de todas las ramas de la literatura prerrevolucionaria rusa, toda la trama de la vida y del mundo asume un misterioso sigilo y una misteriosa profundidad. Existe un peligroso encanto en esta aura por obra de su riqueza aparentemente inagotable; la interpretación del sufrimiento tiene un radio más amplio que la de la acción porque la primera llega hasta el interior del alma y libera todas las posibilidades de la imaginación humana, mientras que la segunda es constantemente frenada y posiblemente llevada hasta el absurdo, por una consecuencia exterior y una experiencia controlable.

Una de las diferencias más chocantes entre la anticuada dominación de la

burocracia y el tipo totalitario moderno es que los gobernantes austríacos y rusos de la preguerra se contentaban con una ociosa irradiación del poder y se satisfacían con controlar solamente los destinos exteriores, dejando intacta toda la vida íntima del alma. La burocracia totalitaria, con una más completa comprensión del significado del poder absoluto, penetró en el individuo particular y en su vida íntima con la misma brutalidad. El resultado de esta experiencia radical consistió en que la espontaneidad íntima del pueblo bajo su dominador quedó muerta junto con sus actividades sociales y políticas, de forma tal que la simple esterilidad política bajo las antiguas burocracias fue reemplazada por la esterilidad total bajo la dominación totalitaria.

Sin embargo, la época que contempló el ascenso de los pan-movimientos todavía siguió hallándose felizmente ignorante de la esterilización total. Al contrario, para un observador inocente (como lo eran la mayoría de los occidentales) la llamada alma oriental parecía ser incomparablemente más rica, su psicología más profunda, su literatura más significativa que la de las «vacías» democracias occidentales. Esta aventura psicológica y literaria en las profundidades del sufrimiento no llegó a existir en Austria-Hungría, porque su literatura era principalmente literatura de habla alemana, que al fin y al cabo era y siguió siendo parte de la literatura alemana en general. En lugar de inspirar una profunda decepción, la burocracia austríaca más bien impulsó a su más importante escritor moderno a convertirse en humorista y crítico de todo. Franz Kafka conocía suficientemente bien la superstición del hado que posee a los pueblos que viven bajo la perpetua dominación de los accidentes, la inevitable tendencia a advertir un especial significado sobrehumano en acontecimientos cuyo significado racional está más allá del conocimiento y de la comprensión de los interesados. Era bien consciente del atractivo sobrenatural de tales pueblos, de la melancolía y tristeza de unas leyendas populares que parecían tan superiores a la literatura más ligera y brillante de pueblos más afortunados. Expuso el orgullo por la necesidad como tal, incluso la necesidad del mal y el insoportable concepto que identifica al mal y al infortunio con el destino. El milagro sólo estriba en que pudiera lograrlo en un mundo en el que los principales elementos de esta atmósfera no se hallaban completamente diferenciados; recurrió al gran poder de su imaginación para extraer todas las conclusiones necesarias, para completar lo que la realidad había en cierto modo olvidado llevar a la luz del día^[63].

Sólo el Imperio ruso de aquella época ofrecía un completo cuadro de la dominación por la burocracia. Las caóticas condiciones del país —demasiado vasto para ser gobernado, poblado por pueblos primitivos sin experiencia en organización política de ningún tipo, que vegetaban bajo el incomprensible señorío de la burocracia rusa— procuraban una atmósfera de anarquía y azar en la que las extravagancias en pugna de los pequeños funcionarios y los diarios accidentes de la incompetencia y de la inconsecuencia inspiraron una filosofía que vio en el Accidente al verdadero Señor de la Vida, a algo como la aparición de la Divina Providencia^[64].

Para el paneslavista, que siempre insistía en las condiciones mucho más «interesantes» de Rusia en comparación con el vacío tedio de los países civilizados, parecía como si la Divinidad hubiera hallado una íntima inmanencia en el alma del desgraciado pueblo ruso, sin igual en ningún lugar de la Tierra. En una inacabable corriente de variaciones literarias, los paneslavistas opusieron la profundidad y la violencia de Rusia a la banalidad superficial de Occidente, que no conocía el sufrimiento ni el significado del sacrificio y tras cuya estéril y civilizada superficie se ocultaban la frivolidad y la trivialidad^[65]. Los movimientos totalitarios debieron gran parte de su atractivo a este vago y amargo talante antioccidental que estuvo especialmente de moda en la Alemania y en la Austria prehitlerianas y que, en general, se había posesionado de la *intelligentsia* europea de los años 20. Hasta el momento de llegar a conquistar el poder pudieron utilizar esta pasión por lo profundo y por lo ricamente «irracional», y durante los años cruciales en que la *intelligentsia* exiliada rusa ejerció una no despreciable influencia en el talante espiritual de una Europa hondamente agitada, esta actitud puramente literaria resultó ser un fuerte factor emocional en la preparación del terreno para el totalitarismo^[66].

Los movimientos, en contraste con los partidos, no degeneraron simplemente en maquinarias burocráticas^[67], pero vieron en los regímenes burocráticos unos posibles modelos de organización. La admiración que inspiró la descripción de la maquinaria de la burocracia de la Rusia zarista del paneslavista Pogodin podría haber sido compartida por todos ellos: «Una tremenda máquina, construida según los más simples principios, guiada por la mano de *un* hombre... que se pone en marcha a cada instante con un solo movimiento, sean cualesquiera la dirección y la velocidad que él pueda elegir. Y ésta no es simplemente una marcha mecánica. La maquinaria está enteramente animada por emociones heredadas, que son la subordinación, la ilimitada confianza y la devoción al zar, que es su dios en la Tierra. ¿Quién se atrevería a atacarnos y a quién no podríamos forzar a la obediencia?»^[68].

Los paneslavistas se mostraban menos opuestos al Estado que sus colegas pangermanistas. A veces incluso trataron de convencer al zar para que se convirtiera en cabeza del movimiento. La razón de esta tendencia es, desde luego, que la posición del zar difería considerablemente de la de cualquier otro monarca europeo, sin excluir al emperador de Austria, y el hecho de que el despotismo ruso jamás se desarrolló hasta llegar a un Estado racional en el sentido occidental, sino que siguió siendo fluido, anárquico y desorganizado. El zarismo, por eso, a veces se apareció a los paneslavistas como el símbolo de una gigantesca fuerza en movimiento rodeada por un halo de singular santidad^[69]. El paneslavismo, en contraste con el pangermanismo, no tuvo que inventar una nueva ideología para acomodarse a las necesidades del alma eslava y de su movimiento, sino que pudo interpretar al zarismo —y hacer de éste un misterio— como la expresión antioccidental, anticonstitucional y antiestatal del mismo movimiento. Esta mixtificación del poder anárquico inspiró al paneslavismo sus más perniciosas teorías acerca de la naturaleza transcendente y de

la bondad inherente a todo poder. El poder era concebido como una emanación divina que penetraba en toda actividad natural y humana. Ya no era una serie de medios para lograr algo; simplemente, existía, los hombres se hallaban dedicados a su servicio por amor a Dios y cualquier ley que pudiera regular o restringir su «ilimitada y terrible fuerza» era claramente sacrílega. En su completa arbitrariedad, el poder como tal era considerado sagrado, tanto si se trataba del poder del zar como del poder del sexo. Las leyes no sólo eran incompatibles con ese poder, eran pecaminosas, «trampas» fabricadas por el hombre que impedían el desarrollo total de lo «divino»^[70]. El Gobierno, fuera cual fuese, seguía siendo el «Supremo Poder en acción»^[71], y el movimiento paneslavista sólo tenía que adherirse a este poder y organizar su apoyo popular, que eventualmente penetraría y por eso santificaría a todo el pueblo —un rebaño colosal, obediente a la voluntad arbitraria de un hombre, no gobernado por la ley ni por el interés, sino mantenido unido exclusivamente por la fuerza de su número y el convencimiento de su propia santidad.

Desde el comienzo, los movimientos, careciendo de la «fuerza de las emociones heredadas», tenían que diferir en dos aspectos del modelo del despotismo ruso ya existente. Tenían que hacer propaganda, que la burocracia ya establecida apenas necesitaba, y la lograron, introduciendo un elemento de violencia^[72]; y hallaron un sustitutivo para el papel de las «emociones heredadas» en las ideologías que los partidos continentales ya habían desarrollado en un grado considerable. La diferencia en su empleo de la ideología estribó en que no solamente añadieron una justificación ideológica para el logro de una representación, sino que utilizaron las ideologías como principios organizadores. Si los partidos habían sido cuerpos para la organización de los intereses de clase, los movimientos se convirtieron en encarnaciones de las ideologías. En otras palabras, los movimientos se hallaban «cargados de filosofía» y afirmaban que habían puesto en marcha «la individualización de la moral universal dentro de un colectivo»^[73].

Es cierto que la concreción de ideas había sido primeramente concebida en la teoría hegeliana del Estado y de la Historia y había sido ulteriormente desarrollada en la teoría marxista del proletariado como protagonista de la Humanidad. No es, desde luego, accidental que el paneslavismo ruso fuese tan influido por Hegel como el bolchevismo lo fue por Marx. Pero ni Marx ni Hegel supusieron que los seres humanos, los partidos o los países, fueran ideas encarnadas; ambos creían en el proceso de la Historia, en el que las ideas sólo pueden concretarse en un complejo proceso dialéctico. Era necesaria la vulgaridad de los líderes del populacho para descubrir las posibilidades de semejante concreción para la organización de las masas. Estos hombres comenzaron por decir al populacho que cada uno de sus miembros, si se unía al movimiento, podía convertirse en una sublime e importantísima encarnación ambulante de algo ideal. Ya no tendría que ser leal, o generoso, o valiente; se convertiría automáticamente en la verdadera encarnación de la Lealtad, la Generosidad o el Valor. El pangermanismo se reveló algo superior en la

teoría de la organización en cuanto astutamente privaba al individuo alemán de todas estas cualidades si no se adhería al movimiento (anticipándose con ello al rencoroso desprecio que el nazismo expresó más tarde por todos los miembros del pueblo alemán que no lo eran también del partido), mientras que el paneslavismo, profundamente absorto en sus ilimitadas especulaciones acerca del alma eslava, supuso que cada eslavo, consciente o inconscientemente, poseía semejante alma, sin que importara si se hallaba adecuadamente organizado o no lo estaba. Se necesitó de la insensibilidad de Stalin para introducir en el bolchevismo el mismo desprecio por el pueblo ruso que los nazis mostraron hacia los alemanes.

Es este sentido de lo absoluto el que más que nada separa a los movimientos de las estructuras partidistas y de su parcialidad y el que sirve para justificar su reivindicación de imponerse a todas las objeciones de la conciencia individual. La realidad particular de la persona individual aparece contra un fondo de una bastarda realidad de lo general y lo universal, disminuida en cantidades despreciables o sumida en la corriente del movimiento dinámico de lo universal. En esta corriente la diferencia entre fines y medios se evapora junto con la personalidad, y el resultado es la monstruosa inmoralidad de las políticas ideológicas. Todo lo que importa está encarnado en el mismo movimiento en marcha; cada idea, cada valor, ha desaparecido en una ciénaga de inmanencia supersticiosa y pseudocientífica.

3. PARTIDO Y MOVIMIENTO

La sorprendente y funesta diferencia entre el imperialismo continental y el ultramarino fue que sus éxitos y fracasos iniciales estuvieron en exacta oposición. Mientras que el imperialismo continental, incluso en sus comienzos, triunfó en el logro de una hostilidad imperialista hacia la Nación-Estado, organizando a amplios estratos de la población fuera del sistema de partidos, y siempre fracasó en el logro de resultados tangibles en lo que se refiere a la expansión, el imperialismo ultramarino, en su loco y victorioso anhelo de anexionarse más y más lejanos territorios, nunca tuvo mucho éxito cuando trató de cambiar las estructuras políticas de los países metropolitanos. La ruina del sistema de la Nación-Estado, preparada por su propio imperialismo ultramarino, fue eventualmente realizada por aquellos movimientos que se habían originado fuera de su propio territorio. Y cuando llegó a suceder que los movimientos comenzaron a competir con éxito con el sistema de partidos de la Nación-Estado, pudo advertirse también que esos movimientos sólo podían minar a los países con sistemas multipartidistas, que la simple atracción imperialista no bastaba para otorgarles la atracción de las masas y que la Gran Bretaña, el país clásico del régimen bipartidista, no produjo un movimiento de orientación fascista o comunista de consecuencia alguna fuera de su sistema de partidos.

El *slogan* «por encima de los partidos», la apelación a los «hombres de todos los

partidos» y la afirmación de «permanecer lejos de las luchas partidistas y de representar exclusivamente un interés nacional» fue igualmente característica de todos los grupos imperialistas^[74], en los que apareció como consecuencia natural de su interés exclusivo por la política exterior, en la que se suponía que la nación actuaba como un todo en cualquier acontecimiento, con independencia de las clases y de los partidos^[75]. Como, además, en los sistemas continentales esta representación de la nación en conjunto había sido el «monopolio» del Estado^[76], pudo parecer que los imperialistas colocaron los intereses del Estado por encima de todo lo demás, o que el interés de la nación en conjunto había hallado en ellos el apoyo popular largo tiempo buscado. Sin embargo, pese a tales reivindicaciones de la verdadera popularidad, los «partidos por encima de los partidos» siguieron siendo pequeñas sociedades de intelectuales y de personas acomodadas que, como la Liga Pangermanista, sólo en tiempos de una emergencia nacional podían esperar hallar una más amplia capacidad de atracción^[77].

Por eso, la invención decisiva de los pan-movimientos no fue el que proclamaran hallarse al margen y por encima del sistema de partidos, sino el que se denominaran ellos mismos «movimientos», aludiendo con ese mismo nombre a la profunda desconfianza hacia todos los partidos, ya difundida por Europa a comienzos de siglo y que, finalmente, se tornó tan decisiva que en los días de la República de Weimar, por ejemplo, «cada nuevo grupo creía que no podría hallar mejor legitimación ni mejor atractivo ante las masas que una clara insistencia en no ser un ‘partido’, sino un ‘movimiento’»^[78].

Es cierto que la desintegración del sistema europeo de partidos fue realizada, no por los pan-movimientos, sino por los movimientos totalitarios. Los pan-movimientos, sin embargo, a mitad de camino entre las pequeñas y comparativamente inofensivas sociedades imperialistas y los movimientos totalitarios, fueron precursores de éstos en tanto en cuanto ya habían despreciado el elemento de snobismo tan evidente en todas las ligas imperialistas, lo mismo si se trataba del snobismo de la riqueza y del nacimiento en Inglaterra como del de la educación en Alemania, y por eso podían obtener ventaja del profundo odio popular hacia aquellas instituciones que supuestamente representaban al pueblo^[79]. No es sorprendente que el atractivo de los movimientos en Europa no se viera muy afectado por la derrota del nazismo y el creciente temor al bolchevismo. Tal como están ahora las cosas, el único país de Europa en donde el Parlamento no es despreciado ni el sistema de partidos es odiado es la Gran Bretaña^[80].

Frente a la estabilidad de las instituciones políticas de las islas británicas y la simultánea decadencia de todas las Naciones-Estados del continente, difícilmente puede evitarse el deducir que la diferencia entre el sistema anglosajón de partidos y el continental debe ser un factor importante. Porque las diferencias simplemente materiales entre una Inglaterra considerablemente empobrecida y una Francia no

destruida no eran muy grandes tras el final de esta guerra; el paro, el principal factor revolucionador de la Europa de la preguerra, había alcanzado a Inglaterra aún más duramente que a muchos países continentales; y el *shock* al que se vio expuesta la estabilidad política de Inglaterra inmediatamente después de la guerra a través de la liquidación del Gobierno imperialista en la India por parte del Gobierno laborista y de sus intentos por reconstruir una política mundial inglesa a lo largo de líneas no imperialistas debe haber sido tremendo. Tampoco cabe tener en cuenta para la relativa fuerza de la Gran Bretaña la simple diferencia de su estructura social, porque las bases económicas de su sistema social habían sido profundamente alteradas por el Gobierno socialista sin ningún cambio decisivo en las instituciones políticas.

Tras la diferencia externa entre el sistema bipartidista anglosajón y el sistema multipartidista continental descansa una distinción fundamental entre la función del partido dentro del cuerpo político, que tiene grandes consecuencias en la actitud del partido respecto del poder y la posición del ciudadano en su Estado. En el sistema bipartidista un partido siempre representa al Estado y dirige al país, de forma tal que, temporalmente, el partido en el poder se identifica con el Estado. El Estado, como garantía permanente de la unidad del país, está representado solamente por la permanencia de la institución del rey^[81] (porque la Subsecretaría permanente del Foreign Office es sólo una cuestión de continuidad). Como los dos partidos están proyectados y organizados para el dominio alterno^[82], todas las ramas de la Administración están proyectadas y organizadas para ese turno. Como el dominio de cada partido está limitado en el tiempo, el partido de la oposición ejerce un control cuya eficacia se ve reforzada por la certidumbre de que será el dominador del mañana. En realidad, es la oposición, más que la posición simbólica del rey, la que garantiza la integridad del todo contra la dictadura de un partido. Las ventajas obvias de este sistema estriban en que no existe una diferencia esencial entre el Gobierno y el Estado, en que el poder tanto como el Estado permanecen al alcance de los ciudadanos organizados en el partido, que representa al poder y al Estado, ya sea de hoy o de mañana, y en que, en consecuencia, no existe ocasión para incurrir en sublimes especulaciones acerca del poder y del Estado como si fueran algo más allá del alcance humano, entidades metafísicas independientes de la voluntad y de la acción de los ciudadanos.

El sistema continental de partidos supone que cada partido se define a sí mismo conscientemente como una parte del todo, que, a su vez, está representado por un Estado por encima de los partidos^[83]. Por eso, una dominación de un partido sólo puede significar la dominación dictatorial de una parte sobre todas las demás. Los Gobiernos formados por alianzas entre los dirigentes de los partidos son siempre partidos gubernamentales, claramente diferenciados del Estado, que se halla por encima y más allá de ellos. Uno de los defectos menores de este sistema es el de que los miembros del Gabinete no pueden ser escogidos según su competencia porque se hallan representados demasiados partidos y los ministros son necesariamente elegidos

conforme a las alianzas de tales partidos^[84]; el sistema británico, por otro lado, permite una elección de los mejores hombres de las amplias filas de un partido. Mucho más importante, sin embargo, es el hecho de que el sistema multipartidista jamás permite a un solo hombre o a un solo partido asumir la completa responsabilidad, con la consecuencia natural de que ningún Gobierno formado por alianzas partidistas se llega a sentir completamente responsable. Incluso si sucede lo improbable y una mayoría absoluta de un partido domina en el Parlamento y de ello resulta la dominación de un solo partido, esto sólo puede acabar, o bien en la dictadura, porque el sistema no está preparado para semejante Gobierno, o en la mala conciencia de una jefatura que sigue siendo verdaderamente democrática y que, acostumbrada a concebirse a sí misma como parte del todo, temerá naturalmente la utilización de su poder. Esta mala conciencia operó de una forma casi ejemplar cuando, tras la primera guerra mundial, los partidos socialdemócratas alemán y austríaco aparecieron durante un breve tiempo como partidos de mayoría absoluta y, sin embargo, repudiaron el poder que acompañaba a esta posición^[85].

Desde la aparición de los sistemas de partidos ha sido habitual identificar a los partidos con intereses particulares^[86], y todos los partidos continentales, no sólo los grupos obreros, se mostraron muy dispuestos a reconocerlo mientras que pudieron tener la seguridad de que un Estado por encima de los partidos ejercía su poder más o menos en interés de todos. El partido anglosajón, al contrario, basado en algún «principio particular», al servicio del «interés nacional»^[87], es en sí mismo el Estado actual o futuro del país; los intereses particulares se hallan representados en el mismo partido como ala derecha y ala izquierda y refrenados por las mismas necesidades del Gobierno. Y como en el sistema bipartidista un partido no puede existir durante cualquier espacio de tiempo si no cobra suficiente fuerza para asumir el poder, no se necesita ninguna justificación teórica, no se desarrolla ideología alguna y el fanatismo peculiar de la lucha partidista continental, que procede no tanto de los intereses en conflicto como de las ideologías antagónicas, se halla completamente ausente^[88].

Lo malo de los partidos continentales, separados en principio del Gobierno y del poder, no fue tanto que se vieran atrapados en la angostura de los intereses particulares como que se sintieran avergonzados de tales intereses, y desarrollaron por ello aquellas justificaciones que condujeron a cada uno hacia una ideología, afirmando que sus intereses particulares coincidían con los intereses más generales de la Humanidad. El partido conservador no se contentaba con defender los intereses de la propiedad agraria, sino que necesitaba una filosofía según la cual Dios había creado al hombre para que labrara la tierra con el sudor de su frente. Lo mismo cabe decir de la ideología del progreso de los partidos de la clase media y de la afirmación de los partidos obreros de que el proletariado es el líder de la Humanidad. Esta extraña combinación de sublime filosofía y de intereses muy concretos resulta paradójica sólo a primera vista. Como estos partidos no organizaron a sus miembros

(o formaron a sus dirigentes) con el objetivo de manejar los asuntos públicos, sino que les representaron sólo como individuos particulares con particulares intereses, tuvieron que atender a todas las necesidades particulares, tanto espirituales como materiales. En otras palabras, la diferencia principal entre el partido anglosajón y el continental consiste en que el primero es una organización política de ciudadanos que necesitan «actuar concertadamente» para actuar^[89], mientras que el segundo es la organización de individuos particulares que desean que sus intereses sean protegidos de la intervención de los asuntos públicos.

Resulta consecuente con este sistema el hecho de que la filosofía del Estado continental reconociera a los hombres como ciudadanos sólo en tanto no fuesen miembros de un partido, es decir, en su relación individual y no organizada con el Estado (*Staatsbürger*) o en su entusiasmo patriótico en tiempos de emergencia (*citoyens*)^[90]. Esta fue la infortunada consecuencia de la transformación del *citoyen* de la Revolución francesa en el *bourgeois* del siglo XIX, por un lado, y del antagonismo entre el Estado y la sociedad, por otro. Los alemanes tendían a considerar al patriotismo como una sumisa renuncia a sí mismo ante las autoridades, y los franceses como una entusiástica lealtad al espectro de la «Francia eterna». En ambos casos, el patriotismo significaba un abandono del partido de cada uno y de sus intereses parciales en favor del Gobierno y del interés nacional. Lo cierto es que semejante deformación nacionalista era casi inevitable en un sistema que creaba los partidos políticos a partir de los intereses particulares, de forma tal que el bien público tenía que depender de la fuerza emanada de arriba y de un vago y generoso autosacrificio de abajo que sólo podía lograrse alentando las pasiones nacionalistas. En Inglaterra, por el contrario, el antagonismo entre el interés particular y el nacional jamás desempeñó un papel decisivo en la política. Por eso, cuanto más correspondía a los intereses de clase el sistema de partidos del continente, más urgente era la necesidad que la nación sentía del nacionalismo para obtener una cierta expresión popular y un apoyo a los intereses nacionales, apoyo que Inglaterra, con su Gobierno directo por el partido y la oposición, jamás necesitó tanto.

Si consideramos la diferencia entre el multipartidismo continental y el bipartidismo británico con respecto a su predisposición a la aparición de movimientos, parece lógico que resultara más fácil a la dictadura de un partido apoderarse de la maquinaria del Estado en países, donde el Estado está por encima de los partidos y, por ello, por encima de los ciudadanos que en aquellos donde los ciudadanos actuando «concertadamente», es decir, a través de la organización del partido, pueden ganar el poder legalmente y sentirse propietarios del Estado, bien de ahora, bien de mañana. Parece aún más lógico que la mixtificación del poder, inherente a los movimientos, se lograra tanto más fácilmente cuanto más apartados se hallaran los ciudadanos de las fuentes del poder, más fácil en los países dominados burocráticamente, donde el poder trasciende positivamente la capacidad de comprensión por parte de los dominados, que en los países gobernados

constitucionalmente, donde la ley está por encima del poder y el poder es sólo un medio para su aplicación; y más fácil aún en países donde el poder del Estado está más allá del alcance de los partidos y por eso, aunque permanezca dentro del alcance de la inteligencia del ciudadano, se encuentra más allá del alcance de su experiencia práctica y de su acción.

La alienación de las masas del Gobierno, que significó el comienzo de su eventual odio hacia el Parlamento y de su disgusto hacia éste, fue diferente en Francia y en otras democracias occidentales, por un lado, y en los países de Europa central, principalmente en Alemania, por otro. En Alemania, donde el Estado se hallaba por definición por encima de los partidos, los líderes partidistas abandonaban como norma su adhesión al partido en el momento en que se convertían en ministros y eran encargados de misiones oficiales^[91]. En Francia, dominada por las alianzas partidistas, no fue posible ningún auténtico Gobierno desde el establecimiento de la III República y su fantástica serie de Gabinetes. Su debilidad fue opuesta a la alemana; había liquidado al Estado que se hallaba por encima de los partidos y por encima del Parlamento, sin reorganizar su sistema de partidos en un cuerpo capaz de gobernar. El Gobierno se convirtió necesariamente en un ridículo exponente de los siempre cambiantes talantes del Parlamento y de la opinión pública. El sistema alemán, por otra parte, convirtió al Parlamento en un campo de batalla más o menos útil para los intereses en conflicto y para las opiniones, en un órgano cuya principal función consistía en influir sobre el Gobierno, pero cuya necesidad práctica en la gestión de los asuntos del Estado era, por decirlo suavemente, discutible. En Francia, los partidos ahogaron al Gobierno; en Alemania, el Estado castró a los partidos.

Desde el final del siglo pasado, la reputación de estos Parlamentos y partidos constitucionales ha declinado constantemente. Para el pueblo en general parecían instituciones caras e innecesarias. Sólo por esta razón, cada grupo que afirmaba presentar algo por encima de los intereses de partido y de clase y comenzaba al margen del Parlamento tenía una gran posibilidad de popularidad. Tales grupos parecían más competentes, más sinceros y más preocupados por los asuntos públicos. Esto, sin embargo, era sólo en apariencia, porque el verdadero objetivo de cada «partido por encima de los partidos» consistía en promover un interés particular hasta que hubiera devorado a todos los demás y en hacer que un grupo particular se convirtiera en dueño de la maquinaria estatal. Esto es lo que finalmente sucedió en Italia bajo el fascismo de Mussolini, que hasta 1938 no era totalitario, sino simplemente una dictadura nacionalista corriente desarrollada lógicamente a partir de una democracia multipartidista. Porque existe alguna verdad en el viejo axioma respecto de la afinidad entre la dominación de la mayoría y la dictadura, pero esta afinidad nada tiene que ver con el totalitarismo. Es obvio que, después de muchas décadas de dominación multipartidista ineficaz y confusa, la conquista del Estado en favor de un partido puede parecer un gran alivio, porque asegura al menos, aunque sólo por un tiempo limitado, alguna consistencia, alguna permanencia y un poco

menos de contradicción.

El hecho de que la conquista del poder por los nazis fuera normalmente identificada con la dictadura de un partido mostró simplemente cuán enraizado se hallaba todavía el pensamiento político en los viejos esquemas establecidos y cuán poco preparado estaba el pueblo para lo que realmente había de llegar. El único aspecto típicamente moderno de la dictadura del Partido fascista es que allí también insistía el Partido en ser un movimiento; que no era nada de ese tipo, sino que simplemente usurpaba el *slogan* de «movimiento» para atraer a las masas, se hizo evidente tan pronto como se apoderó de la maquinaria del Estado sin alterar drásticamente la estructura de poder del país, contentándose con ocupar todas las posiciones del Gobierno como miembros del Partido. Y fue precisamente a través de la identificación del Partido con el Estado, que tanto los nazis como los bolcheviques evitaron siempre cuidadosamente, cómo el Partido dejó de ser un «movimiento» y se tornó ligado a la estructura básicamente estable del Estado.

Aunque los movimientos totalitarios y sus predecesores, los pan-movimientos, no eran «partidos por encima de los partidos», aspirantes a la conquista de la maquinaria del Estado, sino movimientos encaminados a la destrucción del Estado, los nazis hallaron muy conveniente hacerse pasar por tales, es decir, pretender que seguían fielmente el modelo del fascismo italiano. Así pudieron lograr la ayuda de aquellas élites de las clases altas y empresariales que confundieron a los nazis con grupos más antiguos que ellos habían promovido frecuentemente y que tenían sólo la pretensión más bien modesta de conquistar para un partido la maquinaria del Estado^[92]. Los empresarios que impulsaron a Hitler al poder creían ingenuamente que estaban apoyando a un dictador y a un dictador que era hechura suya y que naturalmente gobernaría en ventaja de su propia clase y en desventaja de todas las demás.

Los «partidos por encima de los partidos» de inspiración imperialista jamás supieron cómo beneficiarse del odio al sistema de partidos como tal; el frustrado imperialismo alemán de la preguerra, a pesar de sus sueños de expansión continental y de su violenta denuncia de las instituciones democráticas de la Nación-Estado, jamás logró el alcance de un movimiento. Desde luego, no bastó que despreciara altivamente los intereses de clase, auténtica base del sistema de partidos de la nación, porque esto le dejaba aún con menos atractivos que los que disfrutaban todavía los partidos corrientes. De lo que evidentemente carecían, a pesar de todas sus resonantes frases nacionalistas, fue de una auténtica ideología nacionalista o de otro género. Tras la primera guerra mundial, cuando los pangermanistas alemanes, especialmente Ludendorff y su esposa, reconocieron este error y trataron de repararlo, no lo lograron, a pesar de su notable habilidad para apelar a las más supersticiosas creencias de las masas, porque se aferraban a una anticuada y no totalitaria adoración del Estado, y no pudieron comprender que el furioso interés de las masas por las llamadas «potencias supraestatales» (*überstaatliche Mächte*) —es decir, los jesuitas, los judíos y los francmasones— no procedía de la adoración a la nación o al Estado,

sino, al contrario, de la envidia y del deseo de convertirse también en una «potencia supraestatal».^[93]

Los únicos países en los que, según todas las apariencias, la idolatría del Estado y el culto a la nación no resultaban todavía anticuadas y en donde los *slogans* nacionalistas contra las fuerzas «supraestatales» constituían todavía una seria preocupación para el pueblo eran aquellos países latineuropeos como Italia y, en menor grado, España y Portugal, que habían sufrido un definido freno a su completo desarrollo nacional por obra del poder de la Iglesia. Gracias en parte a este auténtico elemento de tardío desarrollo nacional y en parte a la prudencia de la Iglesia, que muy sabiamente advirtió que el fascismo no era ni anticristiano ni antitotalitario en principio y solamente establecía una separación entre la Iglesia y el Estado que ya existía en otros países, el inicial sabor anticlerical del nacionalismo fascista se apaciguó más que rápidamente y dio paso a un *modus vivendi* como en Italia, o a una alianza positiva como en España y Portugal.

La interpretación mussoliniana del Estado corporativo fue un intento de superar los notorios peligros nacionales en una sociedad de clases con una nueva organización social integrada^[94] y de resolver el antagonismo entre el Estado y la sociedad en el que había permanecido la Nación-Estado, mediante la integración de la sociedad en el Estado^[95]. El movimiento fascista, un «partido por encima de los partidos» porque afirmaba representar el interés de la nación en conjunto, se apoderó de la maquinaria estatal, se identificó con la más alta autoridad nacional y trató de convertir a todo el pueblo en «parte del Estado». Pero no se consideró a sí mismo «por encima del Estado» y sus dirigentes no se concibieron «por encima de la nación»^[96]. Por lo que a los fascistas respecta, su movimiento había concluido con la conquista del poder, al menos en relación con la política interior. El movimiento podía seguir a partir de entonces en marcha sólo en cuestiones de política exterior, en el sentido de expansión imperialista y de aventuras típicamente imperialistas. Incluso antes de la conquista del poder, los nazis se mantuvieron claramente alejados de esta forma fascista de dictadura en la que el «movimiento» simplemente sirve para llevar al partido al poder, y conscientemente utilizaron el partido para impulsar al movimiento, que, en contra de lo que sucede con el partido, no debe tener «objetivos definidos y estrechamente determinados»^[97].

La diferencia entre los movimientos fascistas y los totalitarios queda mejor ilustrada por su actitud respecto del Ejército, es decir, de la institución nacional *par excellence*. En contraste con los nazis y con los bolcheviques, que destruyeron el espíritu del Ejército, subordinándolo a los comisarios políticos o a las formaciones totalitarias selectas, los fascistas pudieron utilizar instrumentos tan intensamente nacionalistas como el Ejército, con los que se identificaron como se habían identificado con el Estado. Deseaban un Estado fascista y un Ejército fascista, pero todavía querían un Ejército y un Estado; sólo en la Alemania nazi y en la Rusia soviética se convirtieron el Ejército y el Estado en funciones subordinadas al

movimiento. El dictador fascista —no Hitler ni Stalin— era el único usurpador verdadero en el sentido de la teoría política clásica, y su dominación unipartidista era en cierto sentido la única todavía íntimamente conectada con el sistema multipartidista. Realizaba lo que habían pretendido las ligas y sociedades de mentalidad imperialista y los «partidos por encima de los partidos», de forma tal que el fascismo italiano se convirtió en el único ejemplo de un moderno movimiento de masas organizado dentro del cuadro de un Estado existente, inspirado exclusivamente por un extremado nacionalismo y que transformó al pueblo permanentemente en *Staatsbürger* o *patriotes* tales como los que la Nación-Estado había movilizado sólo en tiempos de emergencia y de *union sacrée*^[98].

No hay movimiento sin odio al Estado, y ese odio resultó virtualmente desconocido a los pangermanistas alemanes en la relativa estabilidad de la Alemania de la preguerra. Los movimientos se originaron en Austria-Hungría, donde el odio al Estado era una expresión de patriotismo para las nacionalidades oprimidas y donde los partidos, con la excepción del socialdemócrata (próximo al cristiano social, el único sinceramente leal a Austria), se habían formado a lo largo de líneas nacionales y no de clases. Esto fue posible porque los intereses económicos y nacionales eran allí casi idénticos y porque el *status* económico y social dependía ampliamente de la nacionalidad; por eso el nacionalismo, que había sido una fuerza unificadora de las Naciones-Estados, se tornó allí automáticamente en principio de quebrantamiento interno, lo que determinó una diferencia decisiva en la estructura de los partidos en comparación con los de las Naciones-Estados. Lo que mantenía unidos a los miembros de los partidos en la Austria-Hungría multinacional no era un interés particular, como en otros sistemas de partidos continentales, o un principio particular para la acción organizada, como en el sistema anglosajón, sino principalmente el sentimiento de pertenecer a la misma nacionalidad. Estrictamente hablando, tenía que ser y fue una gran debilidad de los partidos austríacos porque no podían deducirse objetivos y programas definidos del sentimiento de pertenencia tribal. Los panmovimientos hicieron una virtud de este defecto, transformando los partidos en movimientos y descubriendo esa forma de organización que, en contraste con todas las demás, nunca necesitaba de un objetivo o de un programa, sino que podía cambiar su política de un día para otro sin que se viera afectado el número de sus miembros. Mucho tiempo antes de que el nazismo afirmara orgullosamente que aunque poseía un programa no necesitaba ninguno, el pangermanismo descubrió cuánto más importante resultaba para atraer a las masas un talante general que unas directrices y un programa político. Porque lo único que cuenta en un movimiento es precisamente que se mantiene en constante movimiento^[99]. Los nazis, por eso, acostumbraban a referirse a los catorce años de la República de Weimar como la «época del sistema» —*Systemzeit*—, implicando que este tiempo fue estéril, careció de dinamismo, no se «vio» y fue seguido por su «era del movimiento».

El Estado, aun como dictadura de un partido, era considerado un obstáculo en el

camino de las necesidades siempre cambiantes de un movimiento siempre creciente. No existía diferencia más característica entre el «grupo por encima de los partidos», imperialista en la Liga Pangermana, en la misma Alemania, y el movimiento pangermanista, en Austria, como la que había entre sus actitudes hacia el Estado^[100]: mientras que el «partido por encima de los partidos» sólo deseaba apoderarse de la maquinaria estatal, el verdadero movimiento pretendía su destrucción; mientras que el primero todavía reconocía al Estado como la autoridad suprema una vez que su representación había caído en las manos de los miembros de un partido (como en la Italia de Mussolini), el segundo reconocía al movimiento como independiente del Estado y superior en autoridad a éste.

La hostilidad de los movimientos al sistema de partidos adquirió significado práctico cuando, tras la primera guerra mundial, el sistema de partidos dejó de ser un medio eficaz y el sistema de clases de la sociedad europea se quebró bajo el peso de las crecientes masas enteramente desarraigadas de las clases por los acontecimientos. Lo que ahora surgía ya no eran simples pan-movimientos, sino sus totalitarios sucesores, que en unos pocos años determinaron la política de todos los demás partidos hasta tal grado que éstos se convirtieron, o bien en antifascistas, o bien en antibolcheviques, o en ambas cosas a la vez^[101]. Por este enfoque negativo que aparentemente les fue impuesto desde el exterior, los viejos partidos mostraron claramente que ya no eran capaces de funcionar como representantes de los intereses específicos de clase, sino que se habían convertido en meros defensores del *statu quo*. La celeridad con que se adhirieron al nazismo los pangermanistas alemanes y austríacos tiene un paralelo en la trayectoria mucho más lenta y complicada a través de la cual los paneslavistas hallaron finalmente que la liquidación de la Revolución Rusa de Lenin había sido lo suficientemente consumada como para que les fuera posible apoyar a Stalin de todo corazón. No fue culpa de los pangermanistas ni de los paneslavistas y apenas frenó su entusiasmo el hecho de que el bolchevismo y el nazismo, en la cumbre de su poder, superaran al simple nacionalismo tribal y tuvieran escasa utilidad para aquellos que todavía seguían convencidos por éste en principio más bien que como simple material de propaganda.

La decadencia del sistema continental de partidos se correspondió con un declive del prestigio de la Nación-Estado. La homogeneidad nacional se vio gravemente alterada por las migraciones, y Francia, la *nation par excellence*, se tornó en unos años profundamente dependiente de la mano de obra extranjera; seguía siendo verdaderamente «nacional» una política restrictiva de la inmigración, inadecuada a las nuevas necesidades, pero hizo aún más evidente que la Nación-Estado ya no era capaz de enfrentarse con las grandes cuestiones políticas de su tiempo.^[102]

Aún más serio fue el malhadado esfuerzo de los tratados de paz de 1919 por introducir las organizaciones del Estado nacional en la Europa oriental y meridional,

donde el grupo del Estado frecuentemente sólo tenía una relativa mayoría, que era superada en número por el conjunto de las «minorías». Esta nueva situación hubiera bastado en sí misma para mirar gravemente la base de clases del sistema de partidos. En todas partes, los partidos se hallaban ahora organizados a lo largo de líneas nacionales, como si la liquidación de la Monarquía Dual hubiese servido sólo para permitir que se iniciara una multitud de experimentos semejantes en una escala reducida^[103]. En otros países, donde la Nación-Estado y la base clasista de sus partidos no fueron afectados por las migraciones y por la heterogeneidad de la población, la inflación y el desempleo provocaron una ruptura similar; y es obvio que cuanto más rígido era el sistema de clases del país y mayor la conciencia de clase de su población, más dramática y peligrosa fue esta ruptura.

Esta era la situación entre las dos guerras mundiales, cuando cualquier movimiento tenía más posibilidades que cualquier partido, porque el movimiento atacaba a la institución del Estado y no apelaba a las clases. El fascismo y el nazismo siempre se jactaron de que su odio estaba dirigido no contra las clases individualmente, sino contra el sistema de clases como tal, al que denunciaron como una invención del marxismo. Aún más significativo fue el hecho de que también los comunistas, pese a su ideología marxista, tuvieran que abandonar la rigidez de su apelación a la clase cuando, después de 1935 y bajo el pretexto de ampliar su base de masas, formaron frentes populares en todas partes y comenzaron a recurrir a las mismas crecientes masas, fuera de todos los estratos de clases, que hasta entonces habían sido presa natural de los movimientos fascistas. Ninguno de los viejos partidos estaba preparado para recibir a estas masas ni estimaron correctamente la creciente importancia de su número ni la creciente influencia política de sus dirigentes. Este error de juicio de los viejos partidos puede ser explicado por el hecho de que su posición segura en el Parlamento y su representación segura en los organismos e instituciones del Estado les hacía sentirse mucho más próximos a las fuentes del poder que a las masas; pensaron que el Estado seguiría siendo siempre el indiscutido dueño de todos los instrumentos de violencia y que el Ejército, esa suprema institución de la Nación-Estado, continuaría siendo el elemento decisivo en todas las crisis internas. Por eso se sintieron con libertad para ridiculizar a las numerosas formaciones paramilitares que habían surgido sin ninguna ayuda oficialmente reconocida, porque cuanto más débil se tornó el sistema de partidos bajo la presión de los movimientos al margen del Parlamento y de las clases, más rápidamente desaparecieron todos los antiguos antagonismos de los partidos respecto del Estado. Los partidos, que trabajaban bajo la ilusión de un «Estado por encima de los partidos» interpretaron erróneamente esta armonía como una fuente de fuerza, como una maravillosa relación con algo de origen superior. Pero el Estado se hallaba tan amenazado como el sistema de partidos por la presión de los movimientos revolucionarios y ya no podía permitirse mantener esta posición encumbrada y necesariamente impopular por encima de las luchas internas. El Ejército había dejado

de ser ya una firme muralla contra la agitación revolucionaria no porque simpatizara con la revolución, sino porque había perdido su posición. En dos ocasiones de los tiempos modernos, y ambas en Francia, la *nation par excellence*, el Ejército había demostrado ya su esencial repugnancia o incapacidad para ayudar a los que estaban en el poder o para ocupar el poder para sí mismo: en 1850, cuando permitió al populacho de la «sociedad del 10 de diciembre» llevar a Napoleón al poder^[104], y, de nuevo, a finales del siglo XIX, durante el «affaire Dreyfus», cuando nada hubiera sido más fácil como el establecimiento de una dictadura militar. La neutralidad del Ejército, su voluntad de servir a cada dueño, dejó eventualmente al Estado en una posición de «mediación entre los intereses de los partidos organizados. Ya no estaba *sobre*, sino *entre* las clases de la sociedad»^[105]. En otras palabras, el Estado y los partidos, juntos, defendieron el *statu quo* sin comprender que esta auténtica alianza servía tanto como cualquier otra cosa a la alteración del *statu quo*.

La ruptura del sistema europeo de partidos sobrevino de una forma espectacular con la subida de Hitler al poder. Se olvida ahora a menudo y convenientemente que en el momento del estallido de la segunda guerra mundial la mayoría de los países europeos habían adoptado ya una forma de dictadura y desechado el sistema de partidos y que este cambio revolucionario en el gobierno se había efectuado en la mayoría de los países sin una alteración revolucionaria. La acción revolucionaria, muy a menudo, fue una concesión teatral a los deseos de las masas violentamente descontentas más que una batalla real por el poder. Después de todo, no significaba una gran diferencia el hecho de que unos pocos miles de personas casi desarmadas iniciaran una marcha sobre Roma y tomaran el poder en Italia o si en Polonia (en 1934) un llamado «bloque sin partidos», con un programa de apoyo a un Gobierno semifascista y unos afiliados que procedían de la nobleza y del más pobre campesinado, trabajadores y empresarios, católicos y judíos ortodoxos, consiguiera legalmente dos terceras partes de los escaños del Parlamento^[106].

En Francia, la ascensión de Hitler al poder, acompañada por un desarrollo del comunismo y del fascismo, suprimió rápidamente la relación original de los demás partidos entre sí y modificó de un día para otro las antiguas líneas partidistas. La derecha francesa, hasta entonces intensamente antigermana y belicista, a partir de 1933 se convirtió en vanguardia del pacifismo y del entendimiento con Alemania. La izquierda pasó con igual velocidad del pacifismo a cualquier precio a una firme posición contra Alemania y fue pronto acusada de ser un partido de belicistas por los mismos partidos que sólo unos pocos años antes habían denunciado su pacifismo como una traición nacional^[107]. Los años que siguieron a la subida de Hitler al poder revelaron ser aún más desastrosos para la integridad del sistema francés de partidos. En la crisis de Munich, cada partido, desde la derecha a la izquierda, se escindió interiormente sobre la única cuestión política relevante: los que estaban a favor y los que estaban en contra de una guerra con Alemania^[108]. Cada partido albergaba una facción de paz y una facción de guerra; ninguno de ellos pudo permanecer unido en

las principales decisiones políticas y ninguno soportó la prueba del fascismo y del nazismo sin escindirse, de un lado, en un grupo antifascista y, de otro, en un grupo de compañeros de viaje del nazismo. El hecho de que Hitler pudiera escoger libremente entre todos los partidos para el establecimiento de los regímenes títeres fue la consecuencia de esta situación prebélica y no de una maniobra nazi especialmente astuta. No hubo un solo partido en Europa que no produjera colaboracionistas.

Contra la desintegración de los viejos partidos se alzaba en todas partes la estricta unidad de los movimientos fascistas y comunistas. Los primeros, fuera de Alemania y de Italia, abogando lealmente por la paz, incluso al precio de la dominación extranjera, y los segundos propugnando durante cierto tiempo la guerra, incluso al precio de la ruina nacional. Lo importante, sin embargo, no era tanto que la extrema derecha hubiese abandonado en todas partes su tradicional nacionalismo en favor de la Europa de Hitler y que la extrema izquierda hubiese olvidado su pacifismo tradicional en favor de los antiguos *slogans* nacionalistas, sino que ambos movimientos pudieran contar con la lealtad de unos afiliados y de unos jefes que no se sentían preocupados por este repentino cambio de política. Este hecho se puso dramáticamente de relieve con el pacto de no agresión germano-ruso, cuando los nazis tuvieron que desprenderse de su *slogan* principal contra el bolchevismo y cuando los comunistas hubieron de retornar a un pacifismo al que siempre habían tildado de pequeño burgués. Tales cambios repentinos no les afectaron en lo más mínimo. Todavía se recuerda muy bien cuán fuertes seguían siendo los comunistas después de su segunda *volte-face*, menos de dos años después, cuando la Unión Soviética fue atacada por la Alemania nazi, y esto a pesar del hecho de que ambas líneas políticas habían implicado a los simples afiliados en actividades serias y peligrosas que exigían sacrificios reales y una constante acción.

Diferente en apariencia, pero mucho más violenta en la realidad, fue la ruptura del sistema de partidos en la Alemania prehitleriana. Este fenómeno salió a la luz pública con ocasión de las últimas elecciones presidenciales, en 1932, cuando todos los partidos adoptaron formas de propaganda de masas enteramente nuevas y complicadas.

La elección de los candidatos resultó en sí misma peculiar. Mientras que era corriente que los dos movimientos que permanecían al margen del sistema parlamentario y luchaban contra éste presentaran sus propios candidatos (Hitler por los nazis y Thälmann por los comunistas), fue más que sorprendente ver que todos los demás partidos podían de repente coincidir en un solo candidato. Que este candidato resultara ser el viejo Hindenburg, quien disfrutaba de la inigualable popularidad que, desde la época de Mac-Mahon, aguarda en su país al general derrotado, no era precisamente una broma; mostraba hasta qué punto los viejos partidos deseaban, sencillamente, identificarse con el antiguo Estado, el Estado por encima de los partidos, cuyo símbolo más potente había sido el Ejército nacional; hasta qué grado, en otras palabras, habían renunciado ya al sistema mismo de partidos. Porque frente a

los movimientos, las diferencias entre los partidos carecían ya por completo de significado; estaba en juego la existencia de todos ellos y, en consecuencia, se agruparon y esperaron mantener un *statu quo* que garantizara esa existencia. Hindenburg se convirtió en el símbolo de la Nación-Estado y del sistema de partidos, mientras que Hitler y Thälmann compitieron entre sí para convertirse en el verdadero símbolo del pueblo.

Tan significativos como la elección de candidatos fueron los carteles electorales. Ninguno de ellos alababa a su candidato por sus propios méritos; los carteles de Hindenburg proclamaban simplemente que «un voto por Thälmann es un voto por Hitler», advirtiendo a los trabajadores que no perdieran sus votos en un candidato del que se tenía la seguridad de que sería derrotado (Thälmann) y de que no favorecieran de esta manera a Hitler. Así fue como se reconciliaron los socialdemócratas con Hindenburg, que ni siquiera era mencionado. Los partidos de la derecha hicieron el mismo juego y recalcaron que «un voto por Hitler es un voto por Thälmann». Ambos, además, aludieron muy claramente a los casos en los que los nazis y los comunistas habían hecho causa común, para convencer a todos los miembros legales de cada partido, tanto de la izquierda como de la derecha, que la preservación del *statu quo* exigía a Hindenburg. En contraste con la propaganda a favor de Hindenburg, dirigida a aquellos que deseaban el *statu quo* a cualquier precio —y en 1932 éste significaba el desempleo para casi la mitad del pueblo alemán—, los candidatos de los movimientos tenían que contar con aquellos que deseaban un cambio a cualquier precio (incluso al precio de la destrucción de todas las instituciones legales). Estos eran por lo menos tan numerosos como los millones, siempre crecientes, de parados y de sus familias. Los nazis, por eso, no retrocedieron ante el absurdo de afirmar que «un voto por Thälmann es un voto por Hindenburg», y los comunistas no dudaron en replicar que «un voto por Hitler es un voto por Hindenburg», amenazando ambos a sus electores con el temor al *statu quo*, exactamente de la misma manera que sus oponentes habían amenazado a sus seguidores con el espectro de la revolución.

Tras la curiosa uniformidad del método utilizado por quienes apoyaban a los candidatos se encontraba la táctica presunción de que el electorado acudiría a las urnas porque estaba asustado —asustado por los comunistas, asustado por los nazis o asustado por el *statu quo*. Dentro de este miedo general, todas las divisiones de clase desaparecían de la escena política; mientras la alianza de partidos para la defensa del *statu quo* oscurecía la antigua estructura de clases mantenida en partidos separados, la afiliación a los movimientos era completamente heterogénea y tan dinámica y fluctuante como el mismo desempleo^[109]. Mientras que dentro del marco de las instituciones nacionales la izquierda parlamentaria se había unido a la derecha parlamentaria, los dos movimientos se hallaban ocupados conjuntamente en la organización de la famosa huelga de transportes en las calles de Berlín, en noviembre de 1932.

Cuando se considera el declive extraordinariamente rápido del sistema continental de partidos debería tenerse en cuenta el muy corto espacio de vida de toda esa institución. No existía en parte alguna antes del siglo XIX, y en la mayoría de los países europeos la formación de los partidos políticos tuvo lugar después de 1848, de forma tal que su reinado como institución indiscutida dentro de la política nacional, duró apenas cuatro décadas. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, todas las evoluciones políticas significativas en Francia, tanto como en Austria-Hungría, ya tuvieron lugar al margen y en oposición a los partidos parlamentarios, mientras que en todas partes los «partidos por encima de los partidos», más reducidos e imperialistas, desafiaban a la institución para lograr el apoyo popular a una política exterior agresiva e imperialista.

Mientras que las ligas imperialistas se colocaban por encima de los partidos, en aras de la identificación con la Nación-Estado, los pan-movimientos atacaban a esos mismos partidos como carne y hueso de un sistema general que incluía a la Nación-Estado; no aparecían tanto «sobre los partidos» como «sobre el Estado» en favor de una directa identificación con el pueblo. Eventualmente, los movimientos totalitarios se vieron conducidos a descartar también al pueblo, al que, sin embargo, siguiendo de cerca las huellas de los pan-movimientos, utilizaban con fines propagandísticos. El «Estado totalitario» es un Estado sólo en apariencia y el movimiento ya no se identifica verdaderamente ni siquiera con las necesidades del pueblo. El movimiento, para entonces, se halla sobre el Estado y sobre el pueblo, dispuesto a sacrificar a ambos en aras de su ideología. «El movimiento... es tanto el Estado como el pueblo, y ni el Estado actual..., ni el actual pueblo alemán, pueden ser concebidos sin el movimiento».^[110]

Nada prueba mejor la irreparable decadencia del sistema de partidos como los grandes esfuerzos desplegados después de esta guerra para revivirlo en el continente, sus lastimosos resultados, el acrecido atractivo de los movimientos tras la derrota del nazismo y la obvia amenaza del bolchevismo a la independencia nacional. El resultado de todos los esfuerzos por restaurar el *statu quo* ha sido sólo la restauración de una situación política en la que los movimientos destructivos son los únicos «partidos» que funcionan adecuadamente. Su jefatura ha mantenido la autoridad bajo las más difíciles circunstancias y a pesar de los constantes cambios de las líneas partidistas. Para estimar correctamente las posibilidades de supervivencia de la Nación-Estado europea sería oportuno no prestar demasiada atención a los *slogans* nacionalistas que los movimientos adoptan ocasionalmente con objeto de ocultar sus verdaderas intenciones, sino más bien considerar que para ahora cualquiera sabe que son ramas regionales de organizaciones internacionales, que el simple afiliado no se preocupa lo más mínimo cuando resulta obvio que su política sirve a los intereses de política exterior de otra potencia, incluso hostil, y que las acusaciones formuladas contra sus dirigentes como quintacolumnistas, traidores al país, etcétera, no

impresionan en un grado considerable a los afiliados. En contraste con los viejos partidos, los movimientos han sobrevivido a la última guerra y son hoy los únicos «partidos» que han permanecido con vida y que poseen un significado para sus seguidores.

CAPÍTULO IX

LA DECADENCIA DE LA NACION-ESTADO Y EL FINAL DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Es ahora casi imposible describir lo que realmente sucedió en Europa el 4 de agosto de 1914. Los días anteriores y los días posteriores a la primera guerra mundial se hallan separados no como el final de un período y el comienzo de uno nuevo, sino como el día anterior y el día posterior a una explosión. Sin embargo, esta figura retórica resulta tan imprecisa como todas las demás, porque la tranquilidad del pesar que se impone tras de una catástrofe nunca ha llegado. La primera explosión parece haber desencadenado una reacción en cadena en la que estamos envueltos desde entonces y que nadie, al parecer, es capaz de detener. La primera guerra mundial hizo estallar la comunidad europea de naciones hasta el punto de que se tornó imposible toda reparación del entuerto; fue algo que ninguna otra guerra había logrado hasta entonces. La inflación destruyó a toda la clase de pequeños propietarios más allá de cualquier esperanza de recuperación o de reconstitución, lo que ninguna crisis monetaria había logrado hasta entonces tan radicalmente. El paro, cuando sobrevino, alcanzó proporciones fabulosas y ya no quedó limitado a la clase trabajadora, sino que, con insignificantes excepciones, alcanzó a todas las naciones. Las guerras civiles que surgieron y que se desarrollaron a lo largo de veinte años de inquieta paz no sólo fueron más sangrientas y crueles que todas las que las precedieron, sino que se vieron seguidas de migraciones de grupos que, a diferencia de sus más afortunados predecesores de las guerras de religión, no fueron bien recibidos en parte alguna ni pudieron ser asimilados en ningún lugar. Una vez que abandonaron su país quedaron sin abrigo; una vez que abandonaron su Estado se tornaron apátridas; una vez que se vieron privados de sus derechos humanos carecieron de derechos y se convirtieron en la escoria de la Tierra. Nada de lo que se estaba haciendo, por estúpido que fuera y por muchos que fuesen los que lo sabían y los que preveían sus consecuencias, pudo ser deshecho o evitado. Cada acontecimiento poseía la irrevocabilidad de un juicio final, de un juicio no formulado por Dios ni por el diablo, sino considerado más bien como la expresión de una irremediable y estúpida fatalidad.

Antes de que la política totalitaria atacara conscientemente y destruyera parcialmente la auténtica estructura de la civilización europea, la explosión de 1914 y sus graves consecuencias habían conmovido suficientemente la fachada del sistema político de Europa hasta dejar al descubierto su oculto entramado. Tales exposiciones visibles eran los sufrimientos de más y más grupos de personas para quienes de repente dejaron de aplicarse las normas del mundo que les rodeaba. Fue precisamente la aparente estabilidad del mundo de su entorno la que hizo parecer a cada grupo expulsado de sus protectoras fronteras como una infortunada excepción a unas

normas por otra parte corrientes y sanas y la que impregnó con igual cinismo a víctimas y observadores de un destino aparentemente injusto y anormal. Ambos consideraron este cinismo como un creciente conocimiento de las reglas de este mundo, cuando en la realidad estaban cada vez más desconcertados y por eso se hicieron más estúpidos de lo que eran antes. El odio, que no escaseaba, ciertamente, en el mundo de la preguerra, comenzó a desempeñar un papel decisivo en todos los asuntos, de forma tal que la escena política en los años engañosamente tranquilos de la década de los 20 asumió la atmósfera sórdida y fantástica de una querrela familiar de Strindberg. Nada ilustra mejor tal vez esta desintegración de la vida política como este odio vago y penetrante hacia todos y hacia todo, sin un foco para su apasionada atención y nadie a quien responsabilizar de la situación: ni al Gobierno, ni a la burguesía, ni a una potencia exterior. Consecuentemente se volvió hacia todas las direcciones, al azar e imprevisiblemente, incapaz de asumir un aire de sana indiferencia hacia cualquier cosa bajo el sol.

La atmósfera de desintegración, aunque característica de toda Europa en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, era más visible en los países derrotados que en los victoriosos y se desarrolló por completo en los Estados recientemente establecidos tras la liquidación de la Monarquía Dual y del Imperio zarista. Los últimos restos de solidaridad entre las nacionalidades no emancipadas en el «cinturón de poblaciones mixtas» se evaporaron con la desaparición de una despótica burocracia central que había servido también para mantenerlas unidas y distraer sus odios recíprocos y sus reivindicaciones antagónicas. Ahora todo el mundo se alzaba contra todo el mundo, y especialmente contra sus más próximos vecinos —los eslovacos contra los checos, los croatas contra los serbios, los ucranianos contra los polacos, y esto no era resultado de la pugna entre nacionalidades y pueblos estatales (o minorías y mayorías); los eslovacos no sólo sabotearon constantemente al Gobierno democrático checo de Praga, sino que al mismo tiempo perseguían a la minoría húngara en su propio suelo, mientras que existía una hostilidad similar contra el pueblo estatal, por una parte, y entre ellas mismas, por otra, entre las insatisfechas minorías de Polonia.

A primera vista, estas alteraciones en el viejo foco de disturbios de Europa aparecían como pequeñas disputas nacionalistas sin consecuencia alguna para los destinos políticos del continente. Sin embargo, en estas regiones, y de la liquidación de los dos Estados multinacionales de la Europa de la preguerra, Rusia y Austria-Hungría, emergieron dos grupos de víctimas, cuyos sufrimientos difirieron de los de todos los demás en la era comprendida entre las dos guerras mundiales; estaban peor que la desposeída clase media, los parados, los pequeños *rentiers* y los pensionistas, a quienes los acontecimientos habían privado de su *status* social, de la posibilidad de trabajar y del derecho a conservar una propiedad: habían perdido aquellos derechos que habían sido concebidos e incluso definidos como inalienables, es decir, los Derechos del Hombre. Los apátridas y las minorías, adecuadamente llamados

«primos hermanos»^[1], no tenían Gobierno que les representara y les protegiera y por eso se vieron forzados a vivir, o bien bajo la ley de excepción de los tratados para las minorías, que todos los Gobiernos (excepto Checoslovaquia) firmaron bajo protestas y jamás reconocieron como ley, o bajo la condición de una absoluta ilegalidad.

Con la emergencia de las minorías en Europa oriental y meridional y con los apátridas empujados a la Europa central y occidental, se introdujo en la Europa de la postguerra un elemento completamente nuevo de desintegración. La desnacionalización se convirtió en arma poderosa de la política totalitaria y la incapacidad constitucional de las Naciones-Estados europeas para garantizar los derechos humanos a aquellos que habían perdido los derechos nacionalmente garantizados, permitió a los Gobiernos perseguidores imponer su norma de valores incluso a sus oponentes. Aquellos a quienes el perseguidor había singularizado como la escoria de la Tierra —judíos, trotskistas, etc.— fueron recibidos en todas partes como escoria de la Tierra; aquellos a quienes la persecución había calificado de indeseables se convirtieron en los *indésirables* de Europa. El periódico oficial de las SS, *Die Schwarze Korps*, declaró explícitamente en 1938 que, si el mundo no estaba todavía convencido de que los judíos eran la escoria de la tierra, pronto lo estaría, cuando mendigos no identificados, sin nacionalidad, sin dinero ni pasaporte, cruzaran sus fronteras^[2]. Y es cierto que este tipo de propaganda *de facto* funcionó mejor que la retórica de Goebbels no solamente porque estableció al judío como escoria de la Tierra, sino también porque la increíble condición de un grupo siempre creciente de personas inocentes era como una demostración práctica de las cínicas afirmaciones de los movimientos totalitarios, según las cuales no existía nada tal como los derechos humanos inalienables y que las declaraciones en contrario de las democracias constituían un simple prejuicio, hipocresía y cobardía frente a la majestad cruel de un nuevo mundo. El mismo término de «derechos humanos» se convirtió para todos los implicados, víctimas, perseguidores y observadores en prueba de un idealismo sin esperanza o de hipocresía chapucera y estúpida.

1. LA «NACIÓN DE MINORÍAS» Y LOS APÁTRIDAS

Las condiciones del poder moderno que hacen de la soberanía nacional una burla excepto por lo que se refiere a los Estados gigantescos, al auge del imperialismo y los pan-movimientos minaron desde el exterior la estabilidad del sistema de la Nación-Estado. Ninguno de estos factores, sin embargo, había brotado directamente de la tradición y de las instituciones de las mismas Naciones-Estados. La desintegración interna de éstas comenzó solamente después de la primera guerra mundial, con la aparición de minorías creadas por los tratados de paz y de un movimiento constantemente creciente de refugiados, consecuencia de las revoluciones.

La imperfección de los tratados de paz ha sido explicada a menudo por el hecho

de que quienes los elaboraron pertenecían a una generación formada por las experiencias de la era de la preguerra, de forma tal que nunca comprendieron perfectamente todo el impacto de la guerra cuya paz tenían que lograr. No hay mejor prueba de ello que su intento de regular el problema de la nacionalidad en la Europa oriental y meridional mediante el establecimiento de Naciones-Estados y la introducción de los tratados de minorías. Si resultaba discutible extender una forma de Gobierno que, incluso en países con antiguas y afirmadas tradiciones nacionales, no podía atender a los nuevos problemas de la política mundial era aún más que dudoso el que pudiera ser importada a una zona que carecía de las auténticas condiciones para el auge de la Nación-Estado: la homogeneidad de la población y su enraizamiento en el suelo. Pero suponer que las Naciones-Estados podían ser establecidas por los métodos de los tratados de paz era simplemente absurdo. Desde luego: «Una mirada al mapa de Europa bastaría para mostrar que el principio de la Nación-Estado no podía ser introducido en la Europa oriental»^[3]. Los tratados amontonaron a muchos pueblos en cada uno de los Estados, denominaron «estatales» a algunos de estos pueblos y les confiaron el Gobierno, suponiendo tácitamente que los restantes (como los eslovacos en Checoslovaquia o los croatas y los eslovenos en Yugoslavia) estarían igualmente asociados en ese Gobierno, lo que, desde luego, no era cierto^[4], y con una arbitrariedad igual crearon de lo que restaba un tercer grupo de nacionalidades denominadas «minorías», añadiendo así a las abundantes cargas de los nuevos Estados el inconveniente de tener que observar regulaciones especiales para una parte de la población^[5]. El resultado fue que aquellos pueblos a quienes no les fueron otorgados Estados, tanto si eran minorías oficiales o sólo nacionalidades, consideraron los tratados como un juego arbitrario que entregaba a unos el mando y a otros la servidumbre. Por otra parte, los Estados recientemente creados, a los que se les prometieron iguales derechos que las naciones occidentales en lo que se refería a su soberanía nacional, consideraron a los tratados de minorías como un claro quebrantamiento de la promesa y como una clara discriminación porque sólo los nuevos Estados, y ni siquiera la derrotada Alemania, se hallaban ligados por tales tratados.

El sorprendente vacío de poder que resultó de la disolución de la Monarquía Dual y de la liberación de Polonia y de los países bálticos del despotismo zarista no fue el único factor que tentó a los políticos a realizar este desastroso experimento. Mucho más fuerte fue la imposibilidad de desoír a los 100 millones de europeos que jamás habían alcanzado la fase de libertad nacional y de autodeterminación a la que ya aspiraban los pueblos coloniales y que se les seguía negando. Era desde luego cierto que el papel del proletariado de la Europa occidental y central, el grupo históricamente oprimido y cuya emancipación fue una cuestión de vida o muerte para todo el sistema social europeo, estuvo desempeñado en el Este por «pueblos sin Historia»^[6]. Los movimientos de liberación nacional del Este eran revolucionarios en la misma forma que los movimientos obreros de Occidente; ambos representaban a

los estratos «ahistóricos» de la población europea y ambos se esforzaban por lograr un reconocimiento y una participación en los asuntos públicos. Como el objeto era conservar el *statu quo* europeo, la concesión de la autodeterminación nacional y de la soberanía a todos los pueblos europeos parecía desde luego inevitable. La alternativa hubiera sido condenarles implacablemente al *status* de los pueblos coloniales (algo que los pan-movimientos habían propuesto siempre) e introducir los métodos coloniales en los asuntos europeos^[7].

El hecho es, desde luego, que no pudo ser preservado el *statu quo* europeo y que sólo tras la caída de los últimos restos de la autocracia europea se hizo evidente que Europa había estado gobernada por un sistema que jamás había tenido en cuenta o respondido a las necesidades de por lo menos el 25 por 100 de su población. Este mal, sin embargo, no se remedió con el establecimiento de los Estados sucesores porque alrededor del 30 por 100 de unos 100 millones de habitantes eran reconocidos oficialmente como excepciones que habían de ser especialmente protegidas por los tratados de minorías. Además, esta cifra en manera alguna cuenta toda la Historia; sólo indica la diferencia entre pueblos con un Gobierno propio y aquellos que, supuestamente, eran demasiado pequeños y se hallaban demasiado dispersos para alcanzar la nacionalidad completa. Los tratados de minorías se aplicaban exclusivamente a aquellas nacionalidades de las que existía considerable número de habitantes en, por lo menos, dos de los Estados sucesores, pero apartaban de su consideración a todas las demás nacionalidades sin un Gobierno propio, de forma tal que en algunos de los Estados sucesores los pueblos nacionalmente frustrados constituían el 50 por 100 de la población total^[8]. El peor factor de esta situación no fue siquiera que resultara corriente entre las nacionalidades el ser desleales al Gobierno que se les había impuesto y entre los Gobiernos oprimir a sus nacionalidades tan eficazmente como fuera posible, sino el que la población nacionalmente frustrada se hallaba firmemente convencida, como lo estaba todo el mundo, de que la verdadera libertad, la verdadera emancipación y la verdadera soberanía popular sólo podían lograrse con una completa emancipación nacional; de que el pueblo, sin un Gobierno nacional propio, se hallaba privado de derechos humanos. En esta convicción, que podía basarse en el hecho de que la Revolución Francesa había combinado la Declaración de los Derechos del Hombre con la soberanía nacional, les confirmaban los mismos tratados de minorías, que no confiaban a los Gobiernos la protección de las diferentes nacionalidades, sino que encargaban a la Sociedad de Naciones la salvaguardia de los derechos de aquellos que, por razones de asentamiento territorial, habían quedado sin Estados nacionales propios.

Y no es que las minorías confiaran en la Sociedad de Naciones más de lo que habían confiado los pueblos estatales. Al fin y al cabo, la sociedad se hallaba integrada por políticos nacionales cuyas simpatías sólo podían ser para los desafortunados nuevos Gobiernos, que se veían obstaculizados y que contaban en

principio con la oposición de un 25 a un 50 por 100 de sus habitantes. Por eso, los creadores de los tratados de minorías pronto se vieron forzados a interpretar sus verdaderas intenciones más estrictamente y a señalar los «deberes» que las minorías tenían respecto de los nuevos Estados^[9]; así llegó a deducirse que los tratados habían sido concebidos simplemente como un método indoloro y humano de asimilación, interpretación que, naturalmente, exasperó a las minorías^[10]. Pero no cabía esperar ninguna otra cosa dentro de un sistema de Naciones-Estados soberanas; si los tratados de minorías hubieran sido concebidos para ser algo más que un remedio temporal a una trastornada situación, entonces, las restricciones que implicaban a la soberanía nacional tendrían que haber afectado a la soberanía nacional de las antiguas potencias europeas. Los representantes de las grandes naciones sabían que las minorías en el seno de las Naciones-Estados tendrían más pronto o más tarde que ser, o bien asimiladas, o bien liquidadas. Y no importaba si se hallaban movidos por consideraciones humanitarias para proteger las nacionalidades diferentes o si las consideraciones políticas les impulsaban a oponerse a los tratados bilaterales entre los Estados implicados y los países donde cada una de esas minorías era mayoría (después de todo, los alemanes eran la más fuerte de todas las minorías oficialmente reconocidas, tanto por su número como por su posición económica); ni querían ni podían acabar con las leyes mediante las cuales existía la Nación-Estado^[11].

Ni la Sociedad de Naciones ni los tratados de minorías habrían impedido a los Estados recientemente establecidos asimilar más o menos a la fuerza a sus minorías. El factor más fuerte contra la asimilación fue la debilidad numérica y cultural de los llamados pueblos estatales. La minoría rusa o la minoría judía, en Polonia, no consideraban la cultura polaca superior a la propia ni se sentían particularmente impresionadas por el hecho de que los polacos constituyeran aproximadamente el 60 por 100 de la población de Polonia.

Las nacionalidades amargadas, prescindiendo por completo de la Sociedad de Naciones, pronto decidieron hacer frente al problema por sus propios medios. Se integraron en un Congreso de Minorías que resultó notable en más de un aspecto. Contradecía la idea misma tras la que se habían establecido los tratados de la Sociedad, denominándose a sí mismo oficialmente «Congreso de los Grupos Nacionales Organizados en Estados Europeos», anulando así la gran labor realizada durante las negociaciones de paz para evitar la ominosa palabra «nacional»^[12]. Esto tuvo la importante consecuencia de que se unieran todas las «nacionalidades» y no simplemente las «minorías» y de que el número de las «naciones de minorías» creciera tan considerablemente que las nacionalidades combinadas en los Estados sucesores superaron en número a los pueblos estatales. Pero en otro aspecto, el «Congreso de los Grupos Nacionales» asestó un golpe decisivo a los tratados de la Sociedad. Uno de los aspectos más desconcertantes del problema de la nacionalidad en Europa oriental (más desconcertante que el pequeño tamaño y el gran número de pueblos implicados o el «cinturón de poblaciones mixtas»)^[13] fue el carácter

interregional de las nacionalidades, que, en caso de colocar sus intereses nacionales por encima de los intereses de sus Gobiernos respectivos, se convertían en un riesgo obvio para la seguridad de sus países^[14]. Los tratados de la Sociedad habían tratado de ignorar el carácter interregional de las minorías estableciendo un tratado separado con cada país, como si no hubiese minoría judía o minoría alemana más allá de las fronteras de los respectivos Estados. El «Congreso de los Grupos Nacionales» no sólo esquivó el principio territorial de la Sociedad; fue dominado naturalmente por las dos nacionalidades que estaban representadas en todos los Estados sucesores y que se hallaban por eso, si lo deseaban, en posición de hacer sentir su peso en toda la Europa oriental y meridional. Estos dos grupos eran los alemanes y los judíos. Las minorías alemanas de Rumania y de Checoslovaquia votaron, desde luego, con las minorías alemanas de Polonia y de Hungría, y nadie podía esperar que los judíos polacos, por ejemplo, permanecieran indiferentes ante las medidas discriminatorias del Gobierno rumano. En otras palabras, los intereses nacionales y no los intereses comunes de las minorías como tales fueron los que formaron la verdadera base de afiliación al Congreso^[15], y sólo los mantuvo unidos la relación armoniosa entre los judíos y los alemanes (la República de Weimar había desempeñado con éxito el papel de protectora especial de las minorías). Por eso en 1933, cuando la delegación judía exigió una protesta contra el trato que recibían los judíos en el III Reich (una acción que no tenía derecho a emprender porque los judíos alemanes no eran una minoría) y los alemanes anunciaron su solidaridad con Alemania y fueron apoyados por una mayoría (el antisemitismo se hallaba en sazón en todos los Estados sucesores), el Congreso, después de que la delegación judía lo abandonara para siempre, se hundió en una completa insignificancia.

El verdadero significado de los tratados de minorías descansa no en su aplicación práctica, sino en el hecho de que estuvieran garantizados por un organismo internacional, la Sociedad de Naciones. Las minorías habían existido antes^[16], pero la minoría como institución permanente, el reconocimiento de que millones de personas vivían al margen de la protección legal normal y necesitaban una garantía adicional de un organismo exterior para sus derechos elementales, y la presunción de que su situación no era temporal, sino que se necesitaban los tratados para establecer un *modus vivendi* duradero —todo esto era algo nuevo, ciertamente, en tal escala, en la historia europea. Los tratados de minorías expresaban en un lenguaje claro lo que hasta entonces sólo habíase hallado implicado en el sistema de funcionamiento de las Naciones-Estados, es decir, que sólo los nacionales podían ser ciudadanos, que sólo las personas del mismo origen nacional podían disfrutar de la completa protección de las instituciones legales, que las personas de nacionalidad diferente necesitaban de una ley de excepción hasta, o a menos que, fueran completamente asimiladas y divorciadas de su origen. Los discursos interpretativos de los tratados de la Sociedad, pronunciados por políticos de países sin obligaciones respecto de las minorías, hablaban en un lenguaje aún más claro: daban por supuesto que la ley de un país no

puede responsabilizarse de las personas que insisten en tener una nacionalidad diferente^[17]. Por eso admitían —y tuvieron rápidamente la oportunidad de demostrarlo en la práctica con el aumento del número de apátridas— que había quedado completada la transformación del Estado en un instrumento de la ley, en un instrumento de la nación; la nación había conquistado al Estado; el interés nacional tenía prioridad sobre la ley mucho tiempo antes de que Hitler pudiera declarar «justo es lo que resulta bueno para el pueblo alemán». Una vez más, el lenguaje del populacho era solamente el lenguaje de la opinión pública, desprovisto de hipocresía y de cortapisas.

Desde luego, el peligro de esta evolución había sido inherente a la estructura de la Nación-Estado desde el comienzo de ésta. Pero mientras que el establecimiento de las Naciones-Estados coincidió con el establecimiento de un Gobierno constitucional, siempre habían representado y se habían basado en el imperio de la ley contra el imperio de la administración arbitraria y del despotismo. Así sucedió que, cuando quedó roto el precario equilibrio entre la nación y el Estado, entre el interés nacional y las instituciones legales, la desintegración de esta forma de Gobierno y de organización de los pueblos sobrevino con una aterradora rapidez. Su desintegración, bastante curiosamente, se inició precisamente en el momento en que era reconocido en toda Europa el derecho a la autodeterminación nacional y cuando su convicción esencial, la supremacía de la voluntad de la nación sobre todas las instituciones legales y «abstractas», era universalmente aceptada.

En la época de los tratados de minorías pudo afirmarse y se afirmó, tanto en su favor como en su excusa, que las antiguas naciones disfrutaban de constituciones que, implícita o explícitamente (como en el caso de Francia, la *nation par excellence*), se hallaban fundadas en los Derechos del Hombre; que, aunque hubiera incluso otras nacionalidades dentro de sus fronteras, no precisaban de una ley adicional, y que sólo en los Estados sucesores recientemente establecidos resultaba necesaria una aplicación temporal de los derechos humanos como un compromiso y una excepción^[18]. La llegada de los apátridas acabó con esta ilusión.

Las minorías eran sólo medio apátridas; *de jure* pertenecían a un cuerpo político, aunque necesitaran una protección adicional en forma de tratados y de garantías especiales; algunos derechos secundarios, tales como el de hablar la lengua propia y el de permanecer en el propio ambiente cultural y social, se hallaban en peligro y eran protegidos de mala gana por un organismo marginal; pero otros derechos más elementales, tales como el derecho de residencia y el derecho al trabajo, jamás se vieron afectados. Los elaboradores de los tratados de minorías no previeron la posibilidad de los traslados de poblaciones completas o el problema de las personas que se habían tornado «indeportables» porque no existía país en la Tierra en el que disfrutaran del derecho de residencia. Las minorías podían seguir siendo consideradas como un fenómeno excepcional, peculiar de ciertos territorios que se desviaban de la norma. Este argumento era siempre tentador porque dejaba inalterado al sistema en sí

mismo; en cierto modo ha sobrevivido a la segunda guerra mundial, cuyos pacificadores, convencidos de la imposibilidad práctica de los tratados de minorías, comenzaron a repatriar «nacionalidades», tanto como les fue posible, en un esfuerzo por poner orden en el «cinturón de poblaciones mixtas»^[19]. Este intento de repatriación en gran escala no fue resultado de las catastróficas experiencias que siguieron a los tratados de minorías; más bien se creía que semejante paso resolvería finalmente un problema que en las décadas precedentes había asumido proporciones aún mayores y para el que no existía simplemente un procedimiento reconocido y aceptado internacionalmente, el problema de los apátridas.

Mucho más tenaz, de hecho, y mucho más penetrante en sus repercusiones fue el caso de los apátridas, el más nuevo fenómeno de masas en la Historia contemporánea, y la existencia de un nuevo pueblo, siempre creciente, integrado por apátridas y el grupo más sintomático de la política contemporánea^[20]. Su existencia difícilmente puede atribuirse a un solo factor; pero, si consideramos los diferentes grupos de apátridas, parece que cada acontecimiento político a partir del final de la primera guerra mundial añadió una nueva categoría al grupo de los que vivían al margen del redil de la ley, mientras que ninguna de las categorías, por mucho que se transformara la configuración original, pudo siquiera ser normalizada^[21].

Entre ellas hallamos al más antiguo grupo de apátridas, los *Heimatlosen*, originados por los tratados de paz de 1919, la disolución de Austria-Hungría y el establecimiento de los Estados bálticos. A veces no pudo ser determinado su verdadero origen, especialmente si al final de la guerra no residían en su ciudad natal^[22]. En otras ocasiones, su lugar de origen había cambiado de mano tantas veces en las turbulencias que la nacionalidad de sus habitantes cambiaba de año en año (como en Vilna, a la que un funcionario francés calificó una vez de *la capitale des apatrides*); más a menudo de lo que cabría suponer, las gentes se refugiaban en el Estado de apátrida para permanecer en donde se hallaban y evitar ser deportados a una «patria» en la que resultarían extraños (como en el caso de muchos judíos polacos y rumanos en Francia y Alemania, afortunadamente ayudados por la actitud antisemita de sus respectivos consulados),

Carente de importancia en sí mismo, aparentemente tan sólo una rareza legal, el *apatride* recibió una atención y una consideración tardías cuando se le unieron en su *status* legal los refugiados de la postguerra que se habían visto obligados a salir de sus países por revoluciones y que fueron inmediatamente desnacionalizados por los victoriosos Gobiernos de sus respectivas patrias. A este grupo pertenecen, en orden cronológico, millones de rusos, centenares de miles de armenios, miles de húngaros, centenares de millares de alemanes y más de medio millón de españoles, por enumerar sólo a las más importantes categorías. El comportamiento de estos Gobiernos puede parecer hoy como la consecuencia natural de una guerra civil; pero

en la época, la desnacionalización en masa era algo enteramente nuevo e imprevisto. Presuponía una estructura estatal que, si todavía no era completamente totalitaria, al menos no toleraba oposición alguna y prefería perder a sus ciudadanos que albergar a personas con diferentes puntos de vista. Revelaba además lo que había estado oculto, a través de la Historia, de la soberanía nacional, el que las soberanías de los países vecinos chocarían en conflicto mortal no sólo en la guerra, sino en la paz. Ahora resultaba claro que la soberanía nacional completa sólo era posible mientras que existiera la comunidad de naciones europeas; porque eran este-espíritu de solidaridad no organizada y ese acuerdo los que impedían a cualquier Gobierno el ejercicio de su completo poder soberano. Teóricamente, en la esfera de la ley internacional había sido siempre cierto que la soberanía en ningún lugar resultaba más absoluta como en cuestiones de «emigración, nacionalización, nacionalidad y expulsión»^[23]; el hecho, sin embargo, es que la consideración práctica y el tácito reconocimiento de los intereses comunes restringieron la soberanía nacional hasta el auge de los regímenes totalitarios. Casi se siente la tentación de medir el grado de infección totalitaria por la medida en la que los Gobiernos implicados utilizan su derecho de soberanía para la desnacionalización (y sería muy interesante descubrir que la Italia de Mussolini se mostraba más que remisa a tratar a sus refugiados de esta manera)^[24]. Pero debe tenerse en cuenta al mismo tiempo que apenas hubo un solo país en el continente, entre las dos guerras mundiales, que no promulgara una nueva legislación, que, aunque no ejercitara este derecho extensamente, estaba expresada para desembarazarse de un gran número de sus habitantes en cualquier momento oportuno^[25].

Ninguna paradoja de la política contemporánea se halla penetrada de tan punzante ironía como la discrepancia entre los esfuerzos de idealistas bien intencionados que insistieron tenazmente en considerar como «inalienables» aquellos derechos humanos que eran disfrutados solamente por los ciudadanos de los países más prósperos y civilizados y la situación de quienes carecían de tales derechos. Su situación empeoró intensamente, hasta que el campo de internamiento —que antes de la segunda guerra mundial era la excepción más que la norma para los apátridas— se convirtió en la solución rutinaria para el problema del predominio de las «personas desplazadas».

Se deterioró incluso la terminología aplicada a los apátridas. El término «apátrida» reconocía al menos el hecho de que estas personas habían perdido la protección de sus Gobiernos y requería acuerdos internacionales para la salvaguardia de su *status* legal. El término de postguerra «personas desplazadas» fue inventado durante la contienda con el expreso propósito de liquidar de una vez para siempre el estado de apátrida, ignorando su existencia. El no reconocimiento del estado de apátrida significa siempre la repatriación, es decir, la deportación a un país de origen que, o bien se niega a reconocer como ciudadano al repatriado en potencia, o, por el contrario, desea que vuelva urgentemente para castigarle. Como los países no totalitarios, a pesar de sus malas intenciones, inspiradas por el *clima* bélico,

rehuyeron generalmente las repatriaciones en masa, el número de apátridas —doce años después del final de la guerra— es mayor que nunca. La decisión de los políticos de resolver el problema del estado de apátrida ignorándolo queda aún más de relieve por la ausencia de cualquier estadística fidedigna sobre el terna. Sin embargo, se sabe esto: mientras hay un millón de apátridas «reconocidos», existen más de diez millones de los llamados apátridas *de facto*. Y mientras que el problema relativamente inocuo de los apátridas *de jure* surge a veces a la luz con ocasión de las conferencias internacionales, el meollo del estado de apátrida, que es idéntico a la cuestión de los refugiados, simplemente no se menciona. Peor aún, el número de apátridas potenciales se halla en aumento constante. Antes de la última guerra sólo las dictaduras totalitarias o semitotalitarias recurrían al arma de la desnacionalización con respecto a aquellos que eran ciudadanos por su nacimiento; ahora hemos alcanzado el punto en que incluso las democracias libres, como, por ejemplo, los Estados Unidos, han llegado seriamente a considerar la privación de nacionalidad a americanos por su nacimiento que sean comunistas. El aspecto siniestro de estas medidas estriba en que están siendo consideradas con toda inocencia. Sin embargo, basta sólo recordar el extremo cuidado de los nazis, que insistieron en que todos los judíos de nacionalidad alemana «deberían ser privados de su ciudadanía, bien antes, o bien en el día de su deportación»^[25a] (para los judíos alemanes no se necesitaba tal decreto porque en el III Reich existía una ley según la cual todos los judíos que habían abandonado el territorio —incluyendo desde luego los deportados a un campo polaco— perdían automáticamente su ciudadanía) para comprender las verdaderas implicaciones del estado de apátrida.

El primer gran golpe asestado a las Naciones-Estados con la llegada de centenares de miles de apátridas fue que el derecho de asilo, único derecho que había llegado a figurar como símbolo de los Derechos del Hombre en la esfera de las relaciones internacionales, comenzó a ser abolido. Su larga y sagrada historia se remonta a los auténticos comienzos de la vida política regulada. Desde los tiempos antiguos había protegido tanto al refugiado como a la tierra de refugio de situaciones en las que las personas se veían forzadas a quedar al margen de la ley a través de circunstancias que escapaban a su control. Era el único vestigio moderno del principio medieval según el cual *quid est in territorio est de territorio*, porque en todos los demás casos los Estados modernos tendían a proteger a sus ciudadanos más allá de sus propias fronteras y a garantizarles, por medio de tratados recíprocos, el que siguieran sometidos a las leyes de su país. Pero aunque el derecho de asilo continuó funcionando en un mundo organizado de Naciones-Estados y, en casos individuales, sobrevivió incluso a las guerras mundiales, era considerado un anacronismo, en conflicto con los derechos internacionales del Estado. Por eso no puede hallarse en la ley escrita, en ninguna constitución o en acuerdo internacional alguno, y el pacto de la Sociedad de Naciones ni siquiera llegó a mencionarlo^[26]. Comparte, en este aspecto, el destino de los derechos del hombre, que tampoco llegaron nunca a ser ley,

sino que conocieron una existencia en cierto modo oscura como apelación en casos individuales y excepcionales, para los que no proveían las instituciones legales normales^[27].

El segundo gran choque que sufrió el mundo europeo por obra de la llegada de los refugiados^[28] fue la comprensión de que era imposible desembarazarse de ellos o transformarles en nacionales del país en el que se habían refugiado. Desde el comienzo, todo el mundo estuvo de acuerdo en que sólo existían dos maneras de resolver el problema: repatriación o nacionalización^[29]. Cuando el ejemplo de las primeras oleadas rusas y armenias demostró que ningún sistema daba resultados tangibles, los países de refugio simplemente se negaron a reconocer el estado de apátridas a los últimos en llegar, haciendo por eso aún más intolerable la situación de los refugiados^[30]. Desde el punto de vista de los Gobiernos implicados era bastante comprensible que siguieran recordando a la Sociedad de Naciones «que [su] obra de refugiados tenía que ser liquidada con la más intensa rapidez»^[31]. Tenían muchas razones para temer que aquellos que habían sido expulsados de la antigua trinidad del Estado-pueblo-territorio, que todavía formaba la base de la organización europea y de la civilización política, fueran sólo el comienzo de un creciente movimiento, las primeras gotas de un pantano cada vez más grande. Era obvio, y así se reconoció en la Conferencia de Evian de 1938, que todos los judíos alemanes y austríacos resultaban apátridas en potencia; y era también natural que los países con minorías se sintieran animados por el ejemplo alemán a tratar de emplear los mismos métodos para desembarazarse de algunas de sus poblaciones minoritarias^[32]. Entre las minorías, judíos y armenios eran quienes corrían los mayores riesgos y pronto revelaron constituir la más alta proporción entre los apátridas; pero demostraron también que los tratados de minorías no ofrecían necesariamente una protección, sino que podían servir también como un instrumento para singularizar a ciertos grupos con objeto de expulsarlos eventualmente.

Casi tan aterrador como estos nuevos peligros surgidos de los antiguos focos de perturbación de Europa fue el género de conducta de todas las naciones europeas en sus luchas «ideológicas». No sólo las personas expulsadas del país y de la nacionalidad, sino más y más personas de todos los países, incluyendo las democracias occidentales, se presentaban ahora voluntarias para luchar en guerras civiles en otros lugares (lo que hasta entonces sólo habían hecho algunos idealistas y aventureros), incluso cuando ello significaba la separación de sus comunidades nacionales. Esta fue la lección de la guerra civil española y una de las razones por las que los Gobiernos se sintieron tan aterrados ante las Brigadas Internacionales. El problema no hubiera sido tan malo si ello hubiera significado que los hombres ya no se aferraban tan estrechamente a su nacionalidad y estaban eventualmente dispuestos a ser asimilados a otra comunidad nacional. Pero éste no era el caso. Los apátridas habían demostrado ya poseer una fuerte tenacidad en la conservación de su nacionalidad; en cualquier sentido, los refugiados representaban minorías extranjeras

separadas que frecuentemente no se preocupaban de ser nacionalizadas y que nunca se unían, como habían hecho temporalmente las minorías, para la defensa de sus intereses comunes^[33]. Las Brigadas Internacionales estaban organizadas en batallones nacionales, en los que los alemanes sentían que luchaban contra Hitler y los italianos contra Mussolini, de la misma manera que unos años más tarde, en la Resistencia, los refugiados españoles sentían que luchaban contra Franco cuando ayudaban a los franceses contra Vichy. Lo que los Gobiernos europeos temían tanto en este proceso era que ya no podía decirse de los nuevos apátridas que eran de nacionalidad dudosa o equívoca (*de nationalité indéterminée*). Aunque habían renunciado a su ciudadanía, no tenían relación con, o lealtad hacia, su país de origen ni identificaban su nacionalidad con un Gobierno visible y totalmente reconocido, conservaban una fuerte adhesión a su nacionalidad. Los grupos nacionales y las minorías, escindidos, sin profundas raíces en su territorio y sin lealtad hacia el Estado o en relación con éste, dejaron de ser exclusivamente característicos del Este. Estaban ya infiltrados, como refugiados y apátridas, en las antiguas Naciones-Estados de Occidente.

El verdadero mal comenzó tan pronto como se probaron los dos remedios reconocidos, la repatriación y la nacionalización. Las medidas de repatriación fracasaron, naturalmente, ya que no existía país alguno al que pudieran ser deportadas estas personas. Fallaron no por consideración a los apátridas (como puede parecer hoy cuando la Rusia soviética reclama a sus antiguos ciudadanos y los países democráticos tienen que protegerles contra una repatriación que no desean), ni por obra de los sentimientos humanitarios de los países que inundaban los refugiados, sino porque ni el país de origen ni ningún otro aceptaban al apátrida. Parecía que la misma indeportabilidad del apátrida debería haber impedido a un Gobierno el expulsarle; pero como el hombre sin Estado era «una anomalía para la que no existe espacio apropiado en el marco de la ley general»^[34] —un fuera de ley por definición—, se hallaba completamente a merced de la policía, que no se preocupaba demasiado de tener que cometer unos pocos actos ilegales con tal de disminuir la carga de *indésirables* del país^[35]. En otras palabras, el Estado, insistiendo en su derecho soberano a la expulsión, se vio forzado, por la naturaleza ilegal del apátrida, a la realización de actos reconocidamente ilegales^[36]. Introdujo subrepticamente en los países vecinos a los apátridas expulsados con el resultado de que tales países respondieron de la misma manera. La solución ideal de la repatriación, la devolución subrepticia del refugiado a su país de origen, tuvo sólo éxito en muy pocos destacados casos, en parte porque una policía no totalitaria siempre se sentía frenada por unas cuantas consideraciones éticas rudimentarias, en parte porque tan posible era introducir subrepticamente al apátrida en su país natal como en cualquier otro, y, en fin, aunque no fuera la causa menos importante, porque todo este tráfico sólo era posible con los países vecinos. Las consecuencias de estas introducciones subrepticias fueron pequeñas guerras entre las policías fronterizas que no

contribuyeron precisamente a las buenas relaciones internacionales y una acumulación de penas de cárcel para los apátridas que, con la ayuda de la policía de un país, habían pasado «ilegalmente» al territorio de otro.

Cada intento de las conferencias internacionales para establecer algún estatuto legal para los apátridas fracasó porque ningún acuerdo podía sustituir al territorio al que un extranjero, dentro del marco de la ley existente, debía ser deportado. Todas las discusiones acerca del problema de los refugiados giraron en torno de una sola cuestión. ¿Cómo puede ser otra vez deportado el refugiado? No fueron necesarios la segunda guerra mundial y los campos de personas desplazadas para mostrar que el único sustitutivo práctico de una patria inexistente era un campo de internamiento. Desde luego, en fecha tan temprana como la década de los años 30 éste era el único «país» que el mundo podía ofrecer al apátrida^[37].

Por otra parte, la nacionalización también demostró ser un fracaso. Todo el sistema de nacionalización de los países europeos se vino abajo cuando tuvo que enfrentarse con los apátridas. Y ello por la misma razón por la que había sido abandonado el derecho de asilo. Esencialmente, la nacionalización era un apéndice a la legislación de la Nación-Estado que sólo tenía en cuenta a los «nacionales», a las personas nacidas en su territorio y ciudadanos por derecho de nacimiento. La nacionalización resultaba necesaria en casos excepcionales para individuos aislados cuyas circunstancias podían haberles impulsado a un territorio extranjero: Todo el proceso se quebró cuando hubo que atender a masivas peticiones de nacionalización^[38]: incluso desde el punto de vista puramente administrativo, ninguna Administración civil europea podría haber abordado el problema. En lugar de nacionalizar al menos a una pequeña proporción de los recién llegados, los países comenzaron a cancelar sus anteriores nacionalizaciones, en parte por obra del pánico general y en parte porque la aparición de grandes masas de recién llegados alteró realmente la siempre precaria posición de los ciudadanos nacionalizados del mismo origen^[39]. La cancelación de la nacionalización o la introducción de nuevas leyes que obviamente abrieron el camino para las desnacionalizaciones masivas^[40] acabaron con la escasa confianza que los refugiados pudieran haber tenido en la posibilidad de acomodarse a una nueva vida normal; si la asimilación a un nuevo país pareció antes un poco sucia o desleal, ahora era simplemente ridícula. La diferencia entre un ciudadano nacionalizado y un residente apátrida no era lo suficientemente grande como para justificar el tomarse molestia alguna, porque el primero se hallaba frecuentemente privado de importantes derechos civiles y amenazado en cualquier momento con el destino del segundo. Las personas nacionalizadas fueron frecuentemente asimiladas al *status* de los extranjeros corrientes, y como el nacionalizado había perdido ya su anterior ciudadanía, estas medidas amenazaban simplemente con el estado de apátrida a otro grupo considerable.

Fue casi patético ver cuán desesperados se hallaban los Gobiernos europeos, a pesar de su conciencia del peligro del estado de apátrida para sus instituciones legales

y políticas y a pesar de todos sus esfuerzos para resistir a la marea. Ya no eran necesarios acontecimientos explosivos. Una vez que cierto número de apátridas eran admitidos en un país por lo demás normal, el estado de apátrida se extendía como una enfermedad contagiosa. No sólo estaban los ciudadanos nacionalizados en peligro de volver al estado de apátrida, sino que se habían deteriorado notablemente las condiciones de vida de todos los extranjeros. En la década de los 30 se tornó cada vez más difícil distinguir claramente entre refugiados apátridas y residentes extranjeros normales. Una vez que el Gobierno trataba de usar de su derecho y repatriar a un residente extranjero contra su voluntad, éste haría todo cuanto le fuera posible para hallar refugio en el estado de apátrida. Durante la primera guerra mundial los extranjeros enemigos descubrieron ya las grandes ventajas del estado de apátrida. Pero lo que entonces fue astucia de individuos que encontraban un resquicio en la ley, se había convertido ahora en reacción instintiva de las masas. Francia, la más importante zona europea de recepción de inmigrantes^[41] porque había regulado el caótico mercado de trabajo recurriendo a obreros extranjeros en tiempos de necesidad y deportándoles en tiempo de desempleo y de crisis, enseñó a sus extranjeros una lección acerca del estado de apátrida que ellos no olvidaron fácilmente. Después de 1935, el año de las repatriaciones en masa decretadas por el Gobierno de Laval y de las que sólo se salvaron los apátridas, los llamados «inmigrantes económicos» y otros grupos de anterior procedencia —balcánicos, italianos, polacos y españoles— se mezclaron con las oleadas de refugiados en una maraña que nunca pudo ser desenredada.

Mucho peor que lo que el estado de apátrida hizo a las distinciones necesarias y tradicionales entre nacionales y extranjeros y al derecho soberano de los Estados en cuestiones de nacionalidad y de expulsión fue el daño sufrido por la estructura misma de las instituciones nacionales legales, cuando un creciente número de residentes tuvo que vivir al margen de la jurisdicción de estas leyes y sin ser protegido por ninguna otra. La persona apátrida, sin derecho a residencia y sin derecho al trabajo, tenía, desde luego, que transgredir constantemente la ley. Podía sufrir una sentencia de cárcel sin haber llegado siquiera a cometer un delito. Más aún, en su caso quedaba invertida toda la jerarquía de valores que corresponde a los países civilizados. Como él era la anomalía para la que no había nada previsto en la ley general, le resultaba mejor convertirse en una anomalía a la que atendía la ley, es decir, a la del delincuente.

El mejor criterio por el que decidir si alguien se ha visto expulsado del recinto de la ley es preguntarle si se beneficiará de la realización de un delito. Si un pequeño robo puede mejorar, al menos temporalmente, su posición legal, se puede tener la seguridad de que ese individuo ha sido privado de sus derechos humanos. Porque entonces un delito ofrece la mejor oportunidad de recobrar algún tipo de igualdad humana, aunque sea como reconocida excepción a la norma. El único factor importante es que esta excepción es proporcionada por la ley. Como delincuente,

incluso un apátrida no será peor tratado que otro delincuente, es decir, será tratado como cualquier otro. Sólo como violador de la ley puede obtener la protección de ésta. Mientras que dure su proceso y su sentencia estará a salvo de la norma policial arbitraria, contra la que no existen abogados ni recursos. El mismo hombre que ayer se hallaba en la cárcel por obra de su simple presencia en este mundo, que no tenía derecho alguno y que vivía bajo la amenaza de la deportación, que podía ser enviado sin sentencia ni proceso a algún tipo de internamiento porque había tratado de trabajar y de ganarse la vida, podía convertirse en un ciudadano casi completo por obra de un pequeño robo. Aunque no tenga un céntimo, puede contar ahora con un abogado, quejarse de sus carceleros y ser atentamente escuchado. Ya no es la escoria de la Tierra, sino suficientemente importante como para ser informado de todos los detalles de la ley conforme a la cual será procesado. Se ha convertido en una persona respetable^[42].

Un medio mucho menos seguro y mucho más difícil para elevarse desde una posición de anomalía no reconocida al *status* de excepción reconocida sería el de convertirse en un genio. De la misma manera que la ley sólo conoce una diferencia entre los seres humanos, la diferencia entre el no criminal normal y el criminal anómalo, así una sociedad conformista ha reconocido exclusivamente una forma de individualismo determinado, el genio. La sociedad burguesa europea quería que el genio permaneciese al margen de las leyes humanas, que fuera un género de monstruo cuya principal función social fuese la de crear interés, y no importaba el que realmente estuviera fuera de la ley. Además, la pérdida de la nacionalidad privaba a las personas no sólo de protección, sino también de toda identidad claramente establecida y oficialmente reconocida, un hecho del cual eran muy exacto símbolo los febriles esfuerzos por obtener al menos un certificado de nacimiento del país que les desnacionalizó; uno de sus problemas quedaba resuelto cuando lograban el grado de distinción que rescataba a un hombre de la amplia multitud innominada. Sólo la fama respondería eventualmente a la repetida queja de los refugiados de todos los estratos sociales de que «aquí nadie sabe quién soy yo»; y es cierto que las posibilidades de un refugiado famoso mejoran de la misma manera que un perro con un nombre tiene más probabilidades de sobrevivir que un simple perro callejero que es tan sólo un perro.^[43]

La Nación-Estado, incapaz de proporcionar una ley a aquellos que habían perdido la protección de un Gobierno nacional, transfirió todo el problema a la policía. Esta fue la primera vez que la policía de Europa occidental recibió autoridad para actuar por su cuenta, para gobernar directamente a las personas; en una esfera de la vida pública ya no era un instrumento para afirmar el cumplimiento de la ley, sino que se convirtió en una autoridad dominadora, independiente del Gobierno y de los Ministerios^[44]. Su fuerza y su emancipación de la ley y del Gobierno crecieron en proporción directa a la afluencia de refugiados. Cuanto mayor era la proporción de apátridas efectivos y de apátridas en potencia con respecto a la población en general

—en la Francia de la preguerra había alcanzado un 10 por 100 del total—, mayor era el peligro de una transformación gradual en un Estado policía.

No es necesario decir que los regímenes totalitarios, donde la policía se había elevado hasta la cumbre del poder, se hallaban especialmente ansiosos de consolidar su poder a través de la dominación de amplios grupos de personas que, al margen de cualquier delito cometido por algunos individuos, se hallaran en cualquier caso fuera del redil de la ley. En la Alemania nazi las Leyes de Nüremberg, con su distinción entre ciudadanos del Reich (ciudadanos completos) y nacionales (ciudadanos de segunda clase sin derechos políticos), habían abierto el camino para una evolución en la que, eventualmente, todos los nacionales de «sangre extranjera» podían perder su nacionalidad por decreto oficial; sólo el estallido de la guerra impidió que entrara en vigor la correspondiente legislación, que había sido detalladamente preparada^[44a]. Por otra parte, los crecientes grupos de apátridas en los países no totalitarios se vieron conducidos a una forma de ilegalidad organizada por la policía que determinó prácticamente una coordinación del mundo libre con la legislación de los países totalitarios. El hecho de que en definitiva se organizaran campos de concentración para los mismos grupos en todos los países, aunque existieran considerables diferencias en el trato a los internados, fue tan característico como el que la selección de los grupos se confiara exclusivamente a la iniciativa de los países totalitarios: si los nazis metían a una persona en un campo de concentración y ésta lograba escapar, digamos, a Holanda, los holandeses la metían en un campo de internamiento. Así, mucho tiempo antes del estallido de la guerra, la policía de cierto número de países occidentales, bajo el pretexto de la «seguridad nacional», había establecido por su propia iniciativa íntimas relaciones con la Gestapo y la GPU, de forma tal que existía una independiente política exterior de la policía. Esta política exterior dirigida por la policía funcionó al margen por completo de los Gobiernos oficiales: las relaciones entre la Gestapo y la policía francesa nunca fueron tan cordiales como en la época del Gobierno del Frente Popular de León Blum, que era guiado por una política decididamente antialemana. En contra de los Gobiernos, las diferentes organizaciones policíacas nunca se sintieron abrumadas por los «prejuicios» respecto de ningún régimen totalitario; la información y las denuncias enviadas por los agentes de la GPU eran tan bien recibidas como las de los agentes fascistas y de la Gestapo. Conocían el destacado papel del aparato policíaco en todos los países totalitarios, conocían su elevado *status* social y su importancia política, y jamás se molestaron en ocultar sus simpatías. El hecho de que eventualmente hallaran los nazis tan escasa resistencia en la policía de los países que ocuparon y que fueran capaces de organizar el terror como lo organizaron con la ayuda de estas fuerzas policíacas locales fue debido, al menos en parte, a la poderosa posición que la policía había logrado a lo largo de los años en su irrefrenada y arbitraria dominación de los apátridas y los refugiados.

Tanto en la historia de la «nación de minorías» como en la formación del pueblo apátrida, los judíos desempeñaron un papel significativo. Se hallaban a la cabeza del llamado movimiento de minorías por obra de su gran necesidad de protección (que sólo podía compararse con la necesidad de los armenios) y de sus excelentes relaciones internacionales, pero, por encima de todo, porque no formaban mayoría en ningún país y por eso podían ser considerados como la *minorité par excellence*, es decir, la única minoría cuyos intereses sólo podían ser defendidos mediante una protección internacionalmente garantizada^[45].

Las necesidades especiales del pueblo judío eran el mejor pretexto posible para negar que los Tratados fuesen un compromiso entre la forzosa tendencia de las nuevas naciones a asimilar a los pueblos extranjeros y las nacionalidades que por razones de oportunidad no podían obtener el derecho a la autodeterminación nacional.

Un incidente semejante hizo destacar a los judíos en la discusión del problema de los refugiados y de los apátridas. Los primeros *Heinatzlose o apatrides*, tal como fueron creados por los primeros Tratados de paz, eran en su mayoría judíos que procedían de los Estados sucesores y no podían o no querían colocarse bajo la nueva protección de minorías en sus patrias. Pero no constituyeron una considerable proporción de apátridas hasta que Alemania obligó a la judería alemana a la emigración y a pasar al estado de apátrida. Mas en los años que siguieron a la activa persecución hitleriana de los judíos alemanes, todos los países con minorías comenzaron a pensar en expatriar a éstas, y era natural que empezaran con la *minorité par excellence*, la única nacionalidad que realmente no tenía más protección que un sistema de minorías, convertido para entonces en una completa burla.

La noción de que el estado de apátrida es primariamente un problema judío^[46] fue un pretexto utilizado por todos los Gobiernos que trataron de acabar con el problema ignorándolo. Ninguno de los políticos fue consciente de que la solución hitleriana del problema judío, reduciendo primero a los judíos alemanes a la categoría de una minoría no reconocida en Alemania, empujándoles como apátridas al otro lado de la frontera y, finalmente, recogiénolos en todas partes para enviarles a los campos de exterminio, era para el resto del mundo una demostración elocuente de la forma de «liquidar» realmente todos los problemas relativos a las minorías y los apátridas. Después de la guerra resultó que la cuestión judía, que había sido considerada la única insoluble, estaba, desde luego, resuelta —principalmente gracias a un territorio primero colonizado y luego conquistado—, pero esto no resolvió el problema de las minorías y de los apátridas. Al contrario, como virtualmente todos los demás acontecimientos de nuestro siglo, la solución de la cuestión judía produjo simplemente una nueva categoría de refugiados, los árabes, aumentando por ello el número de apátridas y fuera de la ley con otras 700.000 u 800.000 personas. Y lo que sucedió en Palestina dentro de un pequeño territorio y en términos de centenares de

miles de personas, se repitió después en la India a escala aún mayor, implicando a muchos millones. Desde los Tratados de Paz de 1919 y 1920 los refugiados y los apátridas se han adherido como un anatema a los Estados de reciente creación creados a la imagen de la Nación-Estado.

Para estos nuevos Estados el anatema aporta los gérmenes de una enfermedad mortal. Porque la Nación-Estado no puede existir una vez que ha quedado roto su principio de igualdad ante la ley. Sin esta igualdad legal que originalmente estaba concebida para sustituir a las antiguas leyes y a las normas de la sociedad feudal, la nación se disuelve en una masa anárquica de individuos privilegiados y de individuos desfavorecidos. Las leyes que no son iguales para todos revierten al tipo de los derechos y privilegios, algo contradictorio con la verdadera naturaleza de las Naciones-Estados. Cuanto más clara es la prueba de su incapacidad para tratar a los apátridas como personas legales y mayor la extensión de la dominación arbitraria mediante normas policíacas, más difícil es a los Estados resistir a la tentación de privar a todos los ciudadanos de *status* legal y de gobernarles mediante una policía omnipotente.

2. LAS PERPLEJIDADES DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

La Declaración de los Derechos del Hombre a finales del siglo XVIII fue un momento decisivo en la Historia. Significaba nada más ni nada menos que a partir de entonces la fuente de la Ley debería hallarse en el Hombre y no en los mandamientos de Dios o en las costumbres de la Historia. Independiente de los privilegios que la Historia había conferido a ciertos estratos de la sociedad o a ciertas naciones, la declaración señalaba la emancipación del hombre de toda tutela y anunciaba que había llegado a su mayoría de edad.

Más allá de esto existía otra implicación de la que los formuladores de la declaración sólo fueron conscientes a medias. La proclamación de los derechos humanos tenía que significar también una protección muy necesitada en la nueva era, en la que los individuos ya no estaban afianzados en los territorios en los que habían nacido o seguros de su igualdad ante Dios como cristianos. En otras palabras, en la nueva sociedad secularizada y emancipada, los hombres ya no estaban seguros de esos derechos humanos y sociales que hasta entonces se habían hallado al margen del orden político y no garantizados por el Gobierno o la Constitución, sino por fuerzas sociales, espirituales y religiosas. Por eso, a lo largo del siglo XIX, la opinión general era que los derechos humanos habían de ser invocados allí donde los individuos necesitaban protección contra la nueva soberanía del Estado y la nueva arbitrariedad de la sociedad.

Como los Derechos del Hombre eran proclamados «inalienables», irreducibles e indeductibles de otros derechos o leyes, no se invocaba a autoridad alguna para su

establecimiento; el Hombre en sí mismo era su fuente tanto como su objetivo último. Además, no se estimaba necesaria ninguna ley especial para protegerlos, porque se suponía que todas las leyes se basaban en ellos. El Hombre aparecía como el único soberano en cuestiones de la ley de la misma manera que el pueblo era proclamado como el único soberano en cuestiones de Gobierno. La soberanía del pueblo (diferente de la del príncipe) no era proclamada por la gracia de Dios, sino en nombre del Hombre; así es que parecía natural que los derechos «inalienables» del hombre hallaran su garantía y se convirtieran en parte inalienable del derecho del pueblo al autogobierno soberano.

En otras palabras, apenas apareció el hombre como un ser completamente emancipado y completamente aislado, que llevaba su dignidad dentro de sí mismo, sin referencia a ningún orden circundante y más amplio, cuando desapareció otra vez como miembro de un pueblo. Desde el comienzo, la paradoja implicada en la declaración de los derechos humanos inalienables consistió en que se refería a un ser humano «abstracto» que parecía no existir en parte alguna, porque incluso los salvajes vivían dentro de algún tipo de orden social. Si una comunidad tribal o «atrasada» no disfrutaba de derechos humanos, era obviamente porque como conjunto no había alcanzado todavía esa fase de civilización, la fase de soberanía popular y nacional, sino que era oprimida por déspotas extranjeros o nativos. Toda la cuestión de los derechos humanos se vio por ello rápida e inextricablemente mezclada con la cuestión de la emancipación nacional; sólo la soberanía emancipada del pueblo, del propio pueblo de cada uno, parecía ser capaz de garantizarlos. Como la Humanidad, desde la Revolución francesa, era concebida a imagen de una familia de naciones, gradualmente se hizo evidente en sí mismo que el pueblo, y no el individuo, era la imagen del hombre.

La completa implicación de esta identificación de los derechos del hombre con los derechos de los pueblos en el sistema de la Nación-Estado europea surgió a la luz sólo cuando aparecieron repentinamente un creciente número de personas y de pueblos cuyos derechos elementales se hallaban tan escasamente salvaguardados por el funcionamiento ordinario de las Naciones-Estados en el centro de Europa como lo habrían sido en el corazón de África. Los Derechos del Hombre, después de todo, habían sido definidos como «inalienables» porque se suponía que eran independientes de todos los Gobiernos; pero resultó que en el momento en que los seres humanos carecían de su propio Gobierno y tenían que recurrir a sus mínimos derechos no quedaba ninguna autoridad para protegerles ni ninguna institución que deseara garantizarlos. O cuando, como en el caso de las minorías, un organismo internacional se arrogaba una autoridad no gubernamental, su fracaso era evidente aun antes de que se hubieran llevado a cabo totalmente sus medidas. No sólo los Gobiernos se mostraban opuestos más o menos abiertamente a esta usurpación de su soberanía, sino que las mismas nacionalidades implicadas no reconocían una garantía no nacional, desconfiaban de todo lo que no fuera un claro apoyo a sus derechos

«nacionales» (en oposición a sus simples derechos «lingüísticos, religiosos y étnicos») y preferían, o bien, como los alemanes y los húngaros, volverse en busca de la protección de la madre patria «nacional», o como los judíos, hacia algún tipo de solidaridad interterritorial^[47].

Los apátridas estaban tan convencidos como las minorías de que la pérdida de los derechos nacionales se identificaba con la pérdida de los derechos humanos como de que aquéllos garantizaban a éstos. Cuanto más eran excluidos del Derecho en cualquier forma, más tendían a buscar una reintegración en lo nacional, en su propia comunidad nacional. Los refugiados fueron sólo los primeros en insistir en su nacionalidad y en defenderse contra los intentos de unirles con otros apátridas. Desde entonces ni un solo grupo de refugiados o de personas desplazadas ha dejado jamás de desarrollar una furiosa y violenta conciencia de grupo y de clamar por sus derechos como —y sólo como— polacos o judíos, alemanes, etc.

Aún peor fue el hecho de que todas las sociedades constituidas para la protección de los Derechos del Hombre, todos los intentos para llegar a una nueva Carta de los derechos humanos, estuvieran patrocinados por figuras marginales, por unos pocos juristas internacionales sin experiencia política o por filántropos profesionales apoyados por inciertos sentimientos de idealistas profesionales. Los grupos que constituyeron, las declaraciones que formularon, mostraban una incómoda semejanza en su lenguaje y composición con las sociedades para la prevención contra la crueldad con los animales. Ningún político, ninguna figura política de importancia alguna, podía posiblemente tomarles en serio; y ninguno de los partidos radicales de Europa consideró necesario incorporar a su programa ninguna nueva declaración de los derechos humanos. Ni antes ni después, de la segunda guerra mundial invocaron las mismas víctimas estos derechos fundamentales, que de forma tan evidente les eran negados, en sus muchos intentos de hallar una salida al laberinto de alambradas al que les habían empujado los acontecimientos. Al contrario, las víctimas compartían el desdén y la indiferencia de las potencias por cualquier intento de las sociedades marginales por exigir una aplicación de los derechos humanos en un sentido elemental o general.

El fracaso de todas las personas responsables en hacer frente a la calamidad de un cuerpo siempre creciente de personas forzadas a vivir al margen del alcance de cualquier ley tangible con la proclamación de una nueva Carta de derechos, no fue ciertamente debido a mala voluntad. Jamás habían sido antes tema político práctico los Derechos del Hombre, solemnemente proclamados por las Revoluciones francesa y americana como nuevo fundamento de las sociedades civilizadas. Durante el siglo XIX estos derechos fueron invocados de una forma más bien superficial para defender a los individuos contra el creciente poder del Estado y para mitigar la nueva inseguridad social provocada por la revolución industrial. Entonces el significado de los derechos humanos adquirió una nueva connotación: se convirtieron en el *slogan* habitual de los protectores de los menos privilegiados, en un tipo de ley adicional, de

un derecho de excepción para aquellos que no tenían nada mejor a lo que recurrir.

La razón por la que el concepto de los derechos humanos fue tratado como una especie de hijastro por el pensamiento político del siglo XIX y por la que ningún partido liberal o radical del siglo XX, incluso cuando surgió una urgente necesidad de exigir la aplicación de los derechos humanos, consideró conveniente incluirlos en su programa, parece obvia: los derechos civiles —es decir, los diversos derechos de los ciudadanos en diferentes países— eran estimados como encarnación y expresión en forma de leyes tangibles de los eternos Derechos del Hombre, que por sí mismos eran considerados independientes de la ciudadanía y de la nacionalidad. Todos los seres humanos eran ciudadanos de algún tipo de comunidad política; si las leyes de su país no atendían a las exigencias de los Derechos del Hombre, se esperaba que fueran cambiadas, por la legislación en los países democráticos o mediante la acción revolucionaria en los despóticos.

Los Derechos del Hombre, supuestamente inalienables, demostraron ser inaplicables —incluso en países cuyas Constituciones estaban basadas en ellos— allí donde había personas que no parecían ser ciudadanas de un Estado soberano. A este hecho, suficientemente preocupante en sí mismo, debe añadirse la confusión creada por los muchos intentos recientes para elaborar una nueva Carta de los derechos humanos, intentos que han demostrado que nadie parece ser capaz de definir con alguna seguridad cómo son tales derechos, diferenciados de los derechos del ciudadano. Aunque todo el mundo parece dispuesto a aceptar que la condición de estas personas consiste precisamente en su falta de los Derechos del Hombre, nadie parece saber qué derechos han perdido cuando pierden esos derechos humanos.

La primera pérdida que sufrieron los fuera de la ley fue la pérdida de sus hogares, y esto significaba la pérdida de todo el entramado social en el que habían nacido y en el que habían establecido para sí mismos un lugar diferenciado en el mundo. Esta calamidad distaba de carecer de precedentes; en la larga memoria de la Historia, las migraciones forzadas de individuos o de grupos de personas, por razones políticas o económicas, parecen sucesos cotidianos. Lo que carece de precedentes no es la pérdida de un hogar, sino la imposibilidad de hallar uno nuevo. Repentinamente ya no había un lugar en la Tierra al que pudieran ir los emigrantes sin encontrar las más severas restricciones, ningún país al que pudieran asimilarse, ningún territorio en el que pudieran hallar una nueva comunidad propia. Esto, además, no tenía nada que ver con ningún problema material de superpoblación. Era un problema, no de espacio, sino de organización política. Nadie había sido consciente de que la Humanidad, considerada por tanto tiempo bajo la imagen de una familia de naciones, había alcanzado una fase en la que todo el que era arrojado de una de estas comunidades cerradas y estrechamente organizadas, se hallaba al mismo tiempo arrojado de la familia de naciones^[48].

La segunda pérdida que sufrieron los fuera de la ley fue la pérdida de la protección del Gobierno, y esto no implicaba solamente la pérdida del *status* legal en

su propio país, sino en todos. Los Tratados de reciprocidad y los acuerdos internacionales habían tejido una red en torno de la Tierra que permitía al ciudadano de cada país llevar su *status* legal a cualquier parte (así, por ejemplo, un ciudadano alemán, bajo el régimen nazi, podía no ser capaz de contraer un matrimonio mixto en el extranjero, en razón de las Leyes de Nüremberg). Sin embargo, cualquiera que no se viera comprendido en esa red, se hallaba al mismo tiempo fuera de la legalidad (así, durante la última guerra, los apátridas estuvieron invariablemente en peor posición que los extranjeros enemigos que todavía seguían indirectamente protegidos por sus Gobiernos a través de los acuerdos internacionales).

En sí misma, la pérdida de la protección del Gobierno tiene tantos precedentes como la pérdida del hogar. Los países civilizados ofrecían el derecho de asilo a aquellos que, por razones políticas, habían sido perseguidos por sus Gobiernos, y esta práctica, aunque nunca oficialmente incorporada a Constitución alguna, había funcionado bastante bien a través del siglo XIX e incluso en nuestro siglo. El mal surgió cuando se vio que las nuevas categorías de perseguidos eran demasiado numerosas para que se les atendiera mediante una práctica no oficial destinada a casos excepcionales. Además, la mayoría difícilmente podía estar calificada para el derecho de asilo, que implícitamente presuponía convicciones políticas o religiosas que no estuvieran fuera de la ley en el país de refugio. Los nuevos refugiados eran perseguidos, no por lo que habían hecho o pensado, sino porque eran de una forma incambiable: nacidos dentro del tipo inadecuado de raza o del tipo inadecuado de clase o alistados por el tipo inadecuado de Gobierno, como en el caso del Ejército republicano español.^[49]

Cuanto más aumentaba el número de los fuera de la ley, mayor se tornaba la tentación de conceder menos atención a los hechos de los Gobiernos perseguidores que al *status* de los perseguidos. Y el primer hecho deslumbrante fue que estas personas, aunque perseguidas bajo algún pretexto político, ya no eran, como habían sido los perseguidos a lo largo de la Historia, un compromiso y una imagen vergonzosa para los perseguidores; el hecho de que no fueran considerados y de que difícilmente pretendieran ser enemigos activos (los pocos millares de ciudadanos soviéticos que voluntariamente abandonaron la Rusia soviética tras la segunda guerra mundial y hallaron asilo en los países democráticos, dañaron más al prestigio de la Unión Soviética que los millones de refugiados de la década de los 20, que pertenecían a la clase inadecuada), sino que eran y parecían ser nada más que seres humanos cuya misma inocencia —desde cualquier punto de vista y especialmente desde el del Gobierno perseguidor— era su mayor desgracia. La inocencia, en el sentido de completa falta de responsabilidad, era la marca de su estado de fuera de la ley, tanto como la sanción de la pérdida de su *status* político.

Sólo en apariencia por eso afectaba al destino del auténtico refugiado político la necesidad de un reforzamiento de los derechos humanos. Los refugiados políticos, necesariamente pocos en número, todavía disfrutaban del derecho de asilo en muchos

países, y este derecho actúa, de una forma irregular, como sustitutivo genuino de la ley nacional.

Uno de los sorprendentes aspectos de nuestra experiencia con los apátridas que se benefician legalmente de la realización de un delito ha sido el hecho de que parezca más fácil privar de la legalidad a una persona completamente inocente que a alguien que haya cometido un delito. La famosa frase de Anatole France: «Si me acusan de robar las torres de Notre Dame, sólo me resta huir del país», ha asumido una horrible realidad. Los juristas están tan acostumbrados a pensar en la ley en términos de castigo, que nos priva desde luego siempre de ciertos derechos, que les puede resultar aún más difícil que al profano el reconocer que la privación de la legalidad, es decir, de todos los derechos, ya no tiene relación alguna con delitos específicos.

Esta situación ilustra las numerosas perplejidades inherentes al concepto de los derechos humanos. Sea como fuere su definición (vida, libertad y prosecución de la felicidad, según la fórmula americana, o, como igualdad ante la ley, libertad, protección para la propiedad y soberanía nacional, según la francesa); sea como fuere como se pueda intentar mejorar una ambigua formulación como la prosecución de la felicidad o una anticuada como el no calificado derecho a la propiedad, la situación real de aquellos a quienes el siglo xx ha empujado fuera del redil de la ley, muestra que éstos son derechos del ciudadano cuya pérdida no acarrea un estado de absoluta existencia fuera de la ley. El soldado, durante la guerra, se ve privado del derecho a la vida; el delincuente, de su derecho a la libertad; todos los ciudadanos, durante una emergencia, de su derecho a la prosecución de la felicidad; pero nadie afirmaría que en cualquiera de estos casos ha tenido lugar una pérdida de los derechos humanos. Estos derechos, por otra parte, pueden ser garantizados (aunque difícilmente disfrutados) incluso bajo las condiciones de una ilegalidad fundamental.

La calamidad de los fuera de la ley no estriba en que se hallen privados de la vida, de la libertad y de la prosecución de la felicidad, o de la igualdad ante la ley y de la libertad de opinión —fórmulas que fueron concebidas para resolver problemas *dentro* de comunidades dadas—, sino que ya no pertenecen a comunidad alguna. Su condición no es la de no ser iguales ante la ley, sino la de que no existe ley alguna para ellos. No es que sean oprimidos, sino que nadie desea incluso oprimirles. Sólo en la última fase de un proceso más bien largo queda amenazado su derecho a la vida; sólo si permanecen siendo perfectamente «superfluos», si no hay nadie que los «reclame», pueden hallarse sus vidas en peligro. Incluso los nazis comenzaron su exterminio de los judíos privándoles de todo *status* legal (el *status* de ciudadanía de segunda clase) y aislándoles del mundo de los vivos mediante su hacinamiento en *ghettos* y en campos de concentración; y antes de enviarles a las cámaras de gas habían tanteado cuidadosamente el terreno y descubierto a su satisfacción que ningún país reclamaría a estas personas. El hecho es que antes de que se amenazara el derecho a la vida se había creado una condición de completa ilegalidad.

Lo mismo es cierto hasta un grado irónico respecto del derecho a la libertad que a

veces es considerado como la verdadera esencia de los derechos humanos. No se trata aquí de que los que se encuentren fuera de la ley puedan tener más libertad de movimientos que un delincuente legalmente encarcelado o de que disfruten de mayor libertad de opinión en los campos de internamiento que la que tendrían en cualquier despotismo corriente, por no mencionar a un país totalitario^[50]. Pero ni la seguridad física —estando alimentados por algún organismo benéfico estatal o privado— ni la libertad de opinión alteran en lo más mínimo su situación fundamental de fuera de la ley. La prolongación de sus vidas es debida a la caridad y no al derecho, porque no existe ley alguna que pueda obligar a las naciones a alimentarles; su libertad de movimientos, si la tienen, no les da el derecho de residencia, del que disfruta corrientemente incluso el delincuente encarcelado; y su libertad de opinión es la libertad del loco, porque nada de lo que piense puede importar a nadie.

Estos últimos puntos son cruciales. La privación fundamental de los derechos humanos se manifiesta primero y sobre todo en la privación de un lugar en el mundo que haga significativas a las opiniones y efectivas a las acciones. Algo mucho más fundamental que la libertad y la justicia, que son derechos de los ciudadanos, se halla en juego cuando la pertenencia a la comunidad en la que uno ha nacido ya no es algo corriente y la no pertenencia deja de ser una cuestión voluntaria, o cuando uno es colocado en una situación en la que, a menos de que cometa un delito, el trato que reciba de los otros no depende de lo que haga o de lo que no haga. Este estado extremo, y nada más, es la situación de las personas privadas de derechos humanos. Se hallan privados, no del derecho a la libertad, sino del derecho a la acción; no del derecho a pensar lo que les plazca, sino del derecho a la opinión. Los privilegios en algunos casos, las injusticias en la mayoría de éstos, los acontecimientos favorables y desfavorables, les sobrevienen como accidentes y sin ninguna relación con lo que hagan, hicieron o puedan hacer.

Llegamos a ser conscientes de la existencia de un derecho a tener derechos (y esto significa vivir dentro de un marco donde uno es juzgado por las acciones y las opiniones propias) y de un derecho a pertenecer a algún tipo de comunidad organizada, sólo cuando emergieron millones de personas que habían perdido y que no podían recobrar estos derechos por obra de la nueva situación política global. Lo malo es que esta calamidad surgió no de ninguna falta de civilización, del atraso o de la simple tiranía, sino, al contrario, que no pudo ser reparada porque ya no existía ningún lugar «civilizado» en la Tierra, porque, tanto si nos gustaba como si no nos gustaba, empezamos a vivir realmente en Un Mundo. Sólo en una Humanidad completamente organizada podía llegar a identificarse la pérdida del hogar y del *status* político con la expulsión de la Humanidad.

Antes de esto, lo que llamamos hoy un «derecho humano» hubiera sido considerado como una característica general de la condición humana que ningún tirano podía arrebatar. Su pérdida significa la pérdida de la relevancia de la palabra (y el hombre, desde Aristóteles, ha sido definido como un ser que domina el poder de la

palabra y del pensamiento) y la pérdida de toda relación humana (y el hombre, también desde la época de Aristóteles, ha sido considerado como el «animal político», el que por definición vive en una comunidad), la pérdida, en otras palabras, de algunas de las más esenciales características de la vida humana. Esta era, hasta cierto punto, la condición de los esclavos, a quienes por eso Aristóteles no incluyó entre los seres humanos. La ofensa fundamental de la esclavitud contra los derechos humanos no estribaba en que significara una privación de la libertad (que puede suceder en muchas otras ocasiones), sino en que excluyera a una cierta categoría de personas incluso de la posibilidad de luchar por la libertad —una lucha posible bajo la tiranía e incluso bajo las desesperadas condiciones del terror moderno (pero no bajo las condiciones de la vida del campo de concentración)—. El crimen de la esclavitud contra la Humanidad no comenzó cuando un pueblo derrotó y esclavizó a sus enemigos (aunque, desde luego, esto era suficientemente malo), sino cuando la esclavitud se convirtió en una institución en la que algunos hombres «nacían» libres y otros «nacían» esclavos, cuando se olvidaba que era el hombre quien había privado a sus semejantes de la libertad y cuando la sanción por este crimen era atribuida a la Naturaleza. Sin embargo, a la luz de los recientes acontecimientos, es posible decir que incluso los esclavos todavía pertenecían a algún tipo de comunidad humana; su trabajo era necesitado, utilizado y explotado, y esto les mantenía dentro de la Humanidad. Ser un esclavo significaba, después de todo, poseer un carácter distintivo, un lugar en la sociedad —más que la abstracta desnudez de ser humano y nada más que humano—. La calamidad que ha sobrevenido a un creciente número de personas no ha consistido entonces en la pérdida de derechos específicos, sino en la pérdida de una comunidad que quiera y pueda garantizar cualesquiera derechos. El Hombre, así, puede perder todos los llamados Derechos del Hombre sin perder su cualidad esencial como hombre, su dignidad humana. Sólo la pérdida de la comunidad misma le arroja de la Humanidad.

El derecho que corresponde a esta pérdida y que no fue siquiera mencionado nunca entre los derechos humanos no pudo ser expresado entre las categorías del siglo XVIII porque éstas suponen que los derechos proceden directamente de la «naturaleza» del hombre —y por ello apenas importa relativamente si la naturaleza es concebida en términos de ley natural o en términos de un ser criado a la imagen de Dios, si concierne a los derechos «naturales» o a los mandamientos divinos—. El factor decisivo es que estos derechos y la dignidad humana que confieren tendrían que seguir siendo válidos aunque sólo existiera un ser humano en la Tierra; son independientes de la pluralidad humana y han de seguir siendo válidos aunque el correspondiente ser humano sea expulsado de la comunidad humana.

Cuando fueron proclamados por vez primera los Derechos del Hombre eran considerados como independientes de la Historia y de los privilegios que la Historia había conferido a ciertos estratos de la sociedad. La nueva independencia constituyó la recientemente descubierta dignidad del hombre. Desde el comienzo, esta nueva

dignidad fue de una naturaleza más bien ambigua. Los derechos históricos fueron reemplazados por los derechos naturales, la «Naturaleza» ocupó el lugar de la Historia y se supuso tácitamente que la Naturaleza resultaba menos extraña que la Historia a la esencia del hombre. El mismo lenguaje de la Declaración de Independencia, al igual que el de la *Déclaration des Droits de l'Homme* —«inalienables», «otorgados por su nacimiento», «verdades evidentes por sí mismas»—, implica la creencia en un tipo de «naturaleza» humana que estaría sujeta a las mismas leyes de crecimiento que las del individuo y de la que podrían deducirse derechos y leyes. Hoy estamos quizá mejor calificados para juzgar exactamente lo que vale esta naturaleza «humana»; en cualquier caso, nos ha mostrado potencialidades que no eran conocidas ni siquiera sospechadas por la filosofía y la religión occidentales, que durante más de tres mil años definieron y redefinieron esta «naturaleza». Pero no es solamente el aspecto humano de esa naturaleza el que nos ha resultado discutible. Desde que el hombre aprendió a dominarla hasta tal punto de que la destrucción de toda la vida orgánica de la Tierra con instrumentos fabricados por el hombre se ha tornado concebible y técnicamente posible, se ha alienado de la Naturaleza. Desde que un más profundo conocimiento de los procesos naturales introdujo serias dudas acerca de la existencia de leyes naturales, la misma Naturaleza asumió un aspecto siniestro. ¿Cómo cabría deducir leyes y derechos de un Universo que aparentemente no conoce ni una ni otra categoría?

El hombre del siglo xx ha llegado a emanciparse de la Naturaleza hasta el mismo grado que el hombre del siglo xviii se emancipó de la Historia. La Historia y la Naturaleza se han tornado igualmente extrañas a nosotros, principalmente en el sentido de que la esencia del hombre ya no puede ser comprendida en términos de una u otra categoría. Por otra parte, la Humanidad, que en el siglo xviii, en la terminología kantiana, no era más que una idea ordenadora, se ha convertido hoy en un hecho ineludible. Esta nueva situación, en la que la «Humanidad» ha asumido efectivamente el papel atribuido antaño a la Naturaleza o a la Historia, significa en este contexto que el derecho a tener derechos o el derecho de cada individuo a pertenecer a la Humanidad tendría que ser garantizado por la misma Humanidad. No es en absoluto seguro que ello pueda ser posible. Porque, contra los intentos humanitarios mejor intencionados de obtener de las organizaciones internacionales nuevas declaraciones de los derechos humanos, tendría que comprenderse que esta idea trasciende la idea actual de la ley internacional que todavía opera en términos de acuerdos recíprocos y de Tratados entre Estados soberanos; y, por el momento, no existe una esfera que se halle por encima de las naciones. Además, este dilema no podría ser en manera alguna eliminado mediante el establecimiento de un «Gobierno mundial». Semejante Gobierno se halla, desde luego, dentro del terreno de las posibilidades, pero cabe sospechar que, en realidad, podría diferir considerablemente de la versión promovida por las organizaciones idealistas. Los crímenes contra los derechos humanos, que se han convertido en una especialidad de los regímenes

totalitarios, pueden ser siempre justificados por el pretexto que lo justo equivale a lo bueno o útil para el conjunto diferenciado de sus partes. (El lema de Hitler de que «justo es lo que es bueno para el pueblo alemán» es sólo la fórmula vulgarizada de una concepción de la ley que puede encontrarse en todas partes y que en la práctica sólo será ineficaz mientras que pervivan en las constituciones tradiciones más antiguas.) Una concepción de la ley que identifique lo que es justo con la noción de lo que es útil —para el individuo, para la familia, para el pueblo o para una mayoría— llega a ser inevitable una vez que pierden su autoridad las medidas absolutas y trascendentes de la religión o de la ley de la Naturaleza. Y este predicamento no queda en manera alguna resuelto aunque la unidad a la que se aplique «lo útil para» sea tan amplia como la misma Humanidad. Porque resulta completamente concebible, y se halla incluso dentro del terreno de las posibilidades políticas prácticas, que un buen día una Humanidad muy organizada y mecanizada llegue a la conclusión totalmente democrática —es decir, por una decisión mayoritaria— de que para la Humanidad en conjunto sería mejor proceder a la liquidación de algunas de sus partes. Aquí, en el problema de la realidad de hecho, nos enfrentamos con una de las más antiguas perplejidades de la filosofía política, que pudo permanecer inadvertida sólo mientras una teología cristiana estable proporcionó el marco de todos los problemas políticos y filosóficos, pero que hace largo tiempo obligó a decir a Platón: «No es el hombre, sino Dios, quien debe ser la medida de todas las cosas».

Estos hechos y reflexiones ofrecen lo que parece ser una irónica, amarga y tardía confirmación de los famosos argumentos con los que Edmund Burke se opuso a la Declaración de los Derechos del Hombre. Parecen remachar su afirmación de que los derechos humanos eran una «abstracción», de que resultaba mucho más práctico apoyarse en la «herencia vinculante» de los derechos que uno transmite a sus propios hijos como la misma vida y reclamar los derechos propios como «derechos de un inglés» más que como derechos inalienables del hombre^[51]. Según Burke, los derechos de que disfrutamos proceden «de dentro de la nación», de forma tal que no se necesitan como fuente de la ley ni la ley natural, ni los mandamientos divinos, ni ningún concepto de la Humanidad, tal como el de la «raza humana» de Robespierre^[52].

La solidez pragmática del concepto de Burke parece hallarse más allá de toda duda a la luz de nuestras múltiples experiencias. Porque no sólo la pérdida de los derechos nacionales entrañó en todos los casos la pérdida de los derechos humanos; la restauración de los derechos humanos, como lo prueba el reciente caso del Estado de Israel, sólo ha sido lograda hasta ahora a través de la restauración o del establecimiento de los derechos nacionales. La concepción de los derechos humanos, basada en la supuesta existencia de un ser humano como tal, se quebró en el momento en que quienes afirmaban creer en ella se enfrentaron por vez primera con

personas que habían perdido todas las demás cualidades y relaciones específicas — excepto las que seguían siendo humanas. El mundo no halló nada sagrado en la abstracta desnudez del ser humano. Y a la vista de las condiciones políticas objetivas es difícil señalar cómo podrían haber contribuido a hallar una solución al problema los conceptos del hombre en que se habían basado los derechos humanos —que está creado a la imagen de Dios (en la fórmula americana), o que es el representante de la Humanidad, o que alberga dentro de sí mismo las sagradas exigencias de la ley natural (en la fórmula francesa).

Los supervivientes de los campos de exterminio, los encerrados en los campos de concentración y de internamiento, e incluso los apátridas relativamente afortunados podrían ver sin los argumentos de Burke que la abstracta desnudez de ser nada más que humanos era su mayor peligro. Por obra de ello eran considerados como salvajes y, temerosos de acabar por ser considerados como bestias, insistieron en su nacionalidad, el último signo de su antigua ciudadanía, como el único vestigio de su relación con la Humanidad. Su desconfianza hacia los derechos naturales, su preferencia por los derechos nacionales, proceden precisamente de su comprensión de que los derechos naturales son concedidos incluso a los salvajes. Burke había temido ya que los derechos naturales «inalienables» confirmarían sólo el derecho del «salvaje desnudo»^[53] y por eso reducirían a las naciones civilizadas al estado de salvajismo. Porque únicamente los salvajes no tienen algo a lo que recurrir que no sea el hecho mínimo de su origen humano, las personas se aferran aún más desesperadamente a su nacionalidad cuando han perdido los derechos y la protección que tal nacionalidad les daba. Sólo su pasado con su «herencia vinculante» parece confirmar el hecho de que todavía pertenecen al mundo civilizado.

Si un ser humano pierde su *status* político, según las implicaciones de los derechos innatos e inalienables del hombre, llegaría exactamente a la situación para la que están concebidas las declaraciones de semejantes derechos generales. En la realidad, el caso es necesariamente opuesto. Parece como si un hombre que no es nada más que un hombre hubiera perdido las verdaderas cualidades que hacen posible a otras personas tratarle como a un semejante. Esta es una de las razones por las que resulta mucho más difícil destruir la personalidad legal de un delincuente, la de un hombre que ha asumido la responsabilidad de un acto cuyas consecuencias determinan ahora su destino, que la de aquel a quien se le han denegado todas las responsabilidades humanas comunes.

Por ello los argumentos de Burke cobran un significado suplementario si examinamos únicamente la condición general humana de aquellos que han sido expulsados de todas las comunidades políticas. Al margen del trato que han recibido, con independencia de las libertades o de la opresión, de la justicia o de la injusticia, han perdido todas aquellas partes del mundo y todos aquellos aspectos de la existencia humana que son resultado de nuestro trabajo común, producto del artificio humano. Si la tragedia de las tribus salvajes es que viven en una naturaleza inalterada

que ne pueden dominar, de cuya abundancia o frugalidad dependen para ganarse la vida, que viven y mueren sin dejar ningún rastro, sin haber contribuido en nada a un mundo común, entonces esas personas fuera de la ley resultan arrojadas a un estado de naturaleza peculiar. Desde luego, no son bárbaros; algunos, además, pertenecen a los estratos más cultos de sus países respectivos; pero, en un mundo que ha liquidado casi por completo el salvajismo, aparecen como las primeras señales de una posible regresión de la civilización.

Cuanto más desarrollada está una civilización, más evolucionado el mundo que ha producido y más a gusto se sienten los hombres dentro del artificio humano, más hostiles se sentirán respecto de todo lo que no han producido, de todo lo que es simplemente y que misteriosamente se les ha otorgado. El ser humano que ha perdido su lugar en una comunidad, su *status* político en la lucha de su época y la personalidad legal que hace de sus acciones y de parte de su destino un conjunto consistente, queda abandonado con aquellas cualidades que normalmente sólo pueden destacar en la esfera de la vida privada y que deben permanecer indiferenciadas, simplemente existentes, en todas las cuestiones de carácter público. Esta simple existencia, es decir, todo lo que nos es misteriosamente otorgado por el nacimiento y que incluye la forma de nuestros cuerpos y el talento de nuestras mentes, sólo puede referirse adecuadamente a los imprevisibles azares de la amistad y de la simpatía, o a la enorme e incalculable gracia del amor, como dijo Agustín: *Volo ut sis* («Quiero que seas»), sin ser capaz de dar una razón particular para semejante afirmación suprema e insuperable.

Desde los griegos sabemos que una vida política muy evolucionada alberga una enraizada suspicacia hacia esta esfera privada, una profunda hostilidad contra el inquietante milagro contenido en el hecho de que cada uno de nosotros esté hecho como es —singular, único, incambiable—. Toda esta esfera de lo simplemente otorgado, relegada a la vida privada en la sociedad civilizada, constituye una amenaza permanente a la esfera pública porque la esfera pública está tan consecuentemente basada en la ley de la igualdad como la esfera privada está basada en la ley de la diferencia y de la diferenciación universales. La igualdad, en contraste con todo lo que está implicado en la simple existencia, no nos es otorgada, sino que es el resultado de la organización humana, en tanto que resulta guiada por el principio de la justicia. No nacemos iguales; llegamos a ser iguales como miembros de un grupo por la fuerza de nuestra decisión de concedernos mutuamente derechos iguales.

Nuestra vida política descansa en la presunción de que podemos producir la igualdad a través de la organización, porque el hombre puede actuar en un mundo común, cambiarlo y construirlo, junto con sus iguales y sólo con sus iguales. El fondo oscuro de lo simplemente otorgado, el fondo constituido por nuestra naturaleza incambiable y única, penetra en la escena política como un extraño que en sus diferencias totalmente obvias nos recuerda las limitaciones de la actividad humana, que son idénticas a las limitaciones de la igualdad humana. La razón por la que las

comunidades políticas muy desarrolladas, tales como las antiguas Ciudades-Estados o las modernas Naciones-Estados, insistieron tan a menudo en la homogeneidad étnica era la de que esperaban eliminar en cuanto fuera posible aquellas diferencias y diferenciaciones naturales y omnipresentes que por sí mismas provocan un odio, una desconfianza y una discriminación latentes porque denotan demasiado claramente la existencia de aquellas esferas en las que los hombres no pueden actuar y que no pueden cambiar a voluntad, es decir, las limitaciones del artificio humano. El «extranjero» es un símbolo pavoroso del hecho de la individualidad como tal, y denota aquellos terrenos a los que el hombre no puede cambiar y en los que no puede actuar y a los que, por eso, tiende claramente a destruir. Si un negro en una comunidad blanca es considerado nada más que un negro, pierde, junto con su derecho a la igualdad, esa libertad de acción que es específicamente humana; todas sus acciones son ahora explicadas como consecuencias «necesarias» de algunas cualidades «negras»; se ha convertido en un espécimen de una especie animal llamada hombre. En gran parte sucede lo mismo con aquellos que han perdido todas las cualidades políticas distintivas y se han convertido en seres humanos y en nada más que seres humanos. Es indudable que allí donde la vida pública y su ley de igualdad se imponen por completo, allí donde una civilización logra eliminar o reducir al mínimo el oscuro fondo de la diferencia, esa misma vida pública concluirá en una completa petrificación, será castigada, por así decirlo, por haber olvidado que el hombre es sólo el dueño y no el creador del mundo.

El mayor peligro derivado de la existencia de personas obligadas a vivir al margen del mundo corriente es el de que, en medio de la civilización, son devueltas a lo que se les otorgó naturalmente, a su simple diferenciación. Carecen de esa tremenda igualación de diferencias que surge del hecho de ser ciudadanos de alguna comunidad y, como ya no se les permite tomar parte en el artificio humano, comienzan a pertenecer a la raza humana de la misma manera que los animales pertenecen a una determinada especie animal. La paradoja implicada en la pérdida de los derechos humanos es que semejante pérdida coincide con el instante en el que una persona se convierte en un ser humano en general —sin una profesión, sin una nacionalidad, sin una opinión, sin un hecho por el que identificarse y especificarse— y diferente en general, representando exclusivamente su propia individualidad absolutamente única, que, privada de expresión dentro de un mundo común y de acción sobre éste, pierde todo su significado.

El peligro de la existencia de tales personas es doble: en primer lugar, y más obviamente, su número siempre creciente amenaza nuestra vida política, nuestro artificio humano, el mundo que es resultado de nuestro esfuerzo común y coordinado, de la misma manera, o quizá aún más aterradoramente, que los elementos salvajes de la Naturaleza amenazaron una vez la existencia de las ciudades y de los campos constituidos por el hombre. Ya no es probable que surja para cualquier civilización ese peligro mortal desde el exterior. La Naturaleza ha sido dominada y ya no hay

bárbaros que amenacen con destruir lo que no pueden comprender, como los mongoles amenazaron a Europa durante siglos. Incluso la aparición de Gobiernos totalitarios es un fenómeno interior, no exterior, a nuestra civilización. El peligro estriba en que una civilización global e interrelacionada universalmente pueda producir bárbaros en su propio medio, obligando a millones de personas a llegar a condiciones que, a pesar de todas las apariencias, son las condiciones de los salvajes^[54].